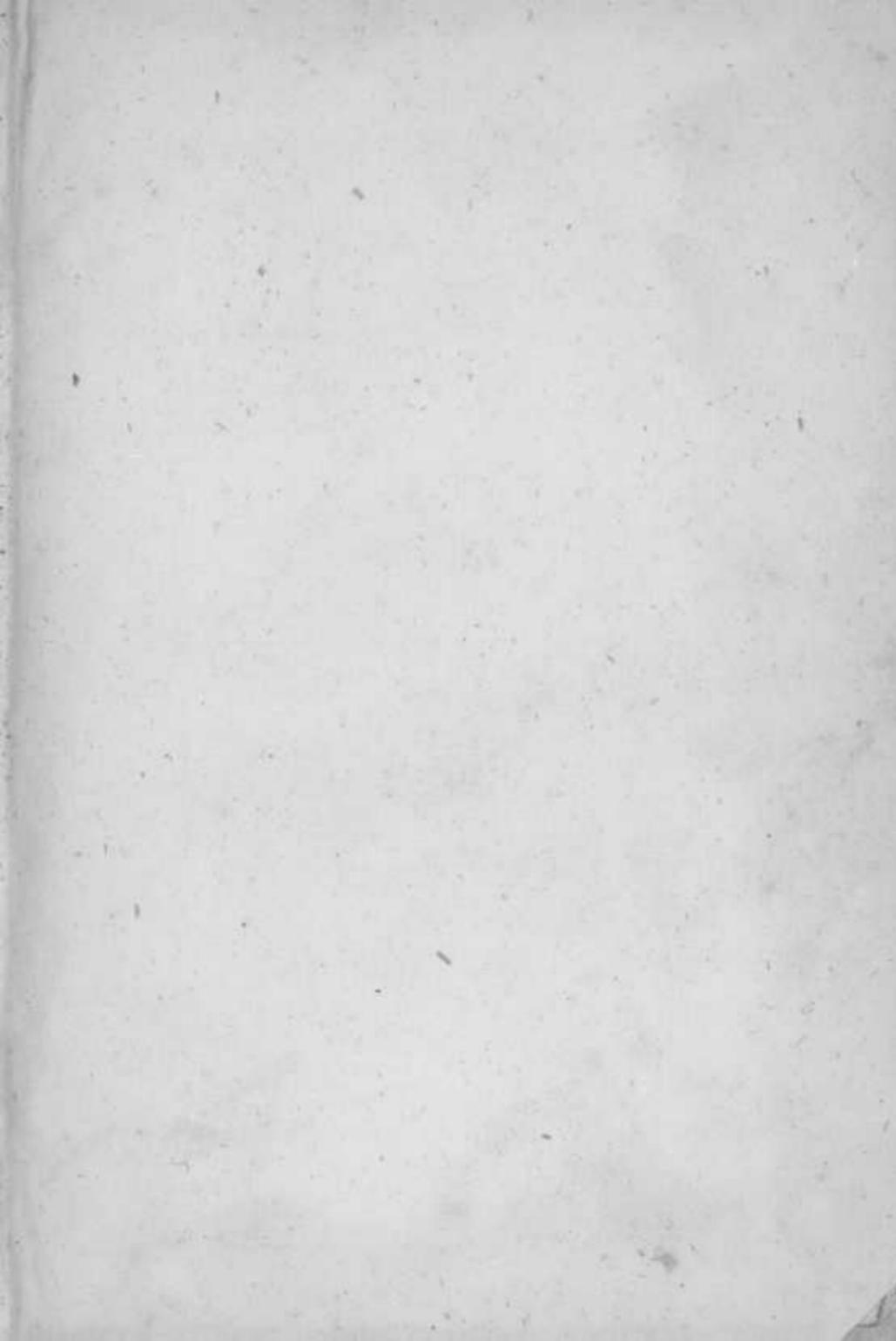
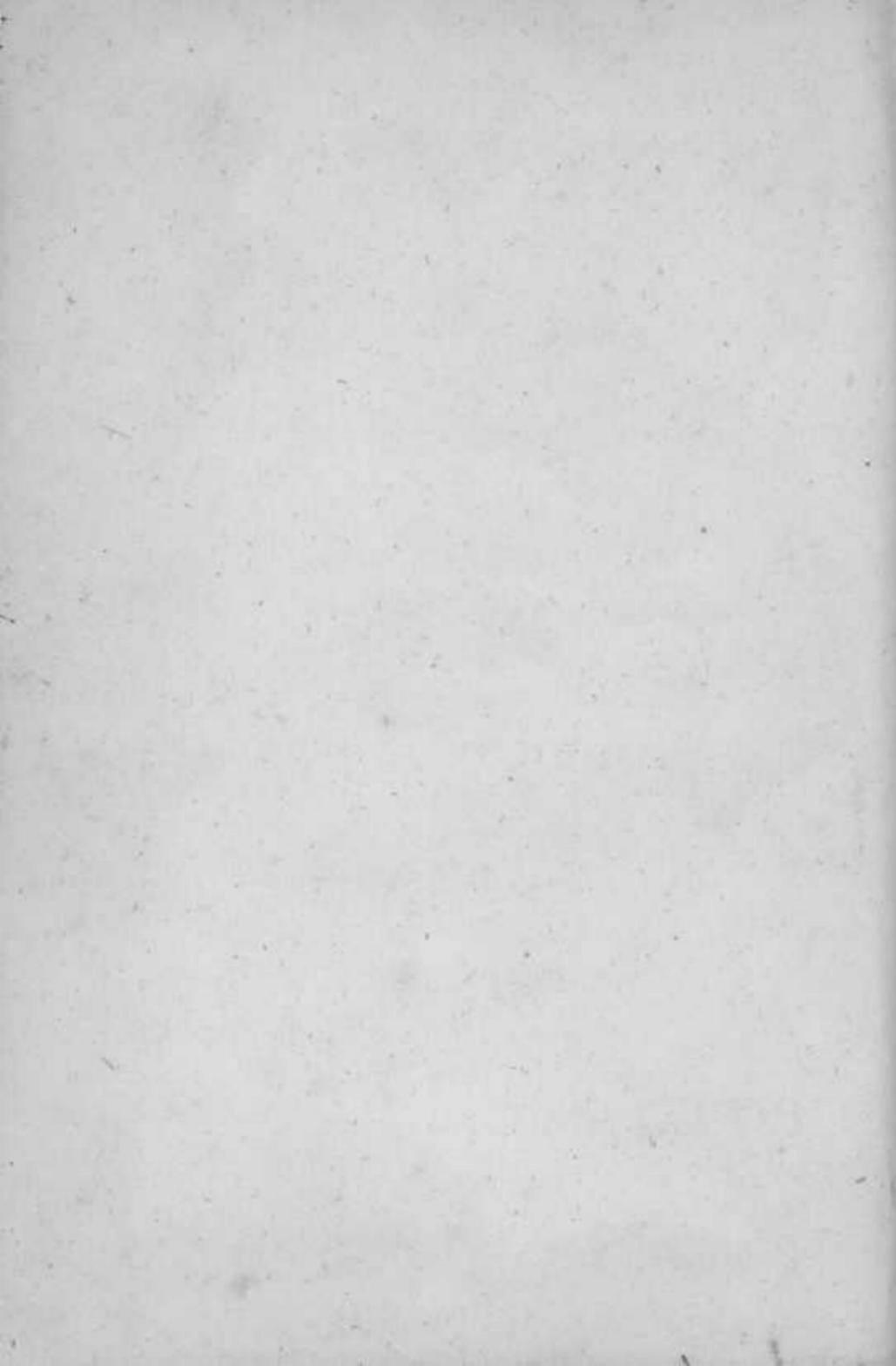


9445974









No; no vivirá (gritó el fingido religioso) el puñal estaba envenenado.

Gomez Arias,

ó los Moros

DE LAS ALPUJARRAS.

NOVELA HISTÓRICA,

escrita originalmente en inglés por et español

Don Celestino Trueba y Cosío,

A TRADUCIDA LIBREMENTE AL CASTELLANO,

POR

D. Mariano Torrente,



TOMO III.

MADRID: ABRIL, 1851.

Oficina de Movenso, PLAZUELA DE AFLIGIDOS.

1021

Tomos III

de las

DE LAS ALPUJARRAS

NOVELA HISTÓRICA

escrita originalmente en lengua por el autor

Don Manuel de Cádiz

A TRADUCIDA Y REVISADA POR

Don Manuel de Cádiz



TOMO III

Madrid: 1831

Imprenta de M. de Cádiz, Calle de San Francisco

GOMEZ ARIAS.

CAPITULO PRIMERO.

Gomez Arias se entrega á sus locas esperanzas. Se presenta á don Alonso i á Leonor; pero es mal recibido por ambos por sospechas de que hubiera tenido parte en la fuga de Teodora. Suspension de la boda por solicitud de Leonor; altivez de Gomez Arias i sus aparentes celos de don Antonio de Leiva.

Los patéticos lamentos de Teodora resonaban todavia ominosamente en los oidos de Gomez Arias; pero como ya se acercaba á Grannada,

i divisaba sus sobervios edificios, volvió de nuevo á deslumbrarse con la ambición i con las brillantes imágenes que fueron disipando las negras nubes que ofuscaban su ánimo. Los elevados torreones de la Alhambra que parecia iban adquiriendo mayor estension á medida que se acercaba á ellos, le escitaron las ideas mas encantadoras: engraido con la consideracion que merecia de la augusta Soberana, i con el distinguido enlace que estaba para formar, anticipaba los mayores progresos en su carrera: la única voz del remordimiento que le acusaba de crueldad é ingratitude iba enmudeciendo con el rico premio que le prometia su futuro silencio.

Se regocijaba secretamente por la destreza con que habia sabido salir de todos sus apuros, i asimismo por haberse desembarazado de Roque, que era el único testigo de su crimen. Esperaba por otra parte que algun mozo desalmado, poco satisfecho de las chocarrerias de su escudero, curaria con algunas puñaladas la maldita propension de su lengua.

Con respecto á Teodora, no tenia don Lope el menor recelo de que pudiera fugarse porque se hallaba bajo la tutela de quien parecia estar ciegameute prendado de sus atractivos. En el entretanto confiaba que su boda habia de celebrarse sin tropiezo quedando cumplidos todos sus deseos, i que si sucesivamente sobrevenia algun reves en medio de su brillante carrera tendria los medios de ocultar lo pasado i de abrirse camino para lo futuro.

Con tan halagüeños cálculos llegó Gomez Arias á Granada, i esperó con impaciencia la suspirada mañana que habia de poner fin á sus temores i coronar sus ardientes votos: se dirigió por lo tanto mui temprano á la casa de Aguilar sin mudarse de vestido, i llevando en su aspecto todo el desaliño de un precipitado viage. Halló á don Alonso en el aposento de Leonor; pero la bienvenida que mereció de ambos no era por cierto correspondiente al interés que debia prometerse de una novia enamorada i de un segundo padre engreído con tan lisonjero dictado; notó en

su vez una suma frialdad; mas no por eso dejó de sostener la altivez de su carácter. Haciendo, pues, como que no habia reparado en su áspero recibimiento, se dirigió á Leonor con aire alegre i jovial.

Mi querida Leonor, la dijo, impaciente por venir á ponerme á vuestros pies, tal vez habré incurrido en alguna falta de decencia en mi trage; mas espero que me perdonareis en consideracion á.....

¡Oh don Lope! le interrumpió Leonor sardónicamente; yo os lo perdono todo, porque de poco tiempo á esta parte me he vuelto tan indulgente, que me parece podré disimular ofensas mucho mas graves que las de educacion.

Jamas he dudado de vuestra bondad; pero me parece que estais inquieta; ¿os hallais acaso indispuesta? tambien el noble don Alonso! ¿Ha ocurrido alguna novedad durante mi corta ausencia que haya podido trastornaros?

Nada por cierto, respondió Leonor con

frialdad; pero seguramente, don Lope, añadió con ironía, vuestra repentina marcha i las invitaciones de nuestro comun amigo el conde de Ureña han debido ponernos en alguna ansiedad: otras pequeñas circunstancias han contribuido asimismo á aumentarla, aunque momentáneamente.

No debéis estar con cuidado por lo que respecta á nuestro amigo Ureña, pues tengo la satisfaccion de poderos decir que se halla ya mucho mas aliviado.

Ha sucedido lo que yo recelaba, dijo Aguilar, i levantándose de su asiento con el mas irritante desagrado, salió bruscamente de la habitacion. Gomez Arias quedó desconcertado con tan estraño proceder; pero volviendo luego de su sorpresa, dijo en aire picado ¿qué significa esto, Leonor? ¿por qué se me trata de este modo?

La enfermedad de vuestro amigo, contestó Leonor, os ha afectado seguramente don Lope: bien sabeis que no tenemos derecho

para intervenir en las acciones de mi padre, especialmente, habiendo ocurrido, según los llevo dicho, algunos disgustos que han irritado su ánimo.

¿I qué disgustos son esos, en nombre del cielo?

¿Ignorais lo que ha sucedido desde que tan imperiosamente fuisteis citado para asistir á vuestro amigo?

Lo ignoro todo absolutamente.

Leonor miró fijamente á don Lope, i haciendo una señal de impaciencia que no pudo contener, prosiguió: «mucho extraño que el conde no os haya informado.....»

¿De qué? la interrumpió Gomez Arias admirado; en nombre del cielo, explicaos, Leonor.

¿No os parece, continuó ella con afectada burla, que era una solemne ridiculez en un hombre tan grave i circunspecto como el conde emplearse en tan necias travesuras?

¿Creereis que á poco tiempo de haberos mar-

chado llegó un espreso del mismo anunciando su intencion de sorprenderos con su asistencia á la boda?

La conducta del conde es estraña por cierto, replicó Gomez Arias con fuertes señales de turbacion; no puedo yo concebir qué objeto se propusiera con dar bromas tan pesadas; pero, de todos modos no veo porque habian éstas de atraerme el ceño de vuestro noble padre.

No sois, don Lope, tan novicio en el conocimiento del mundo que debais estrañar que el desagrado de un hombre se haya de limitar siempre al objeto que lo ha producido. Don Alonso tiene ademas otros motivos de desazon; nuestra hermosa huéspededa que tanto le interesaba se ha fugado.

¿Qué hermosa huéspededa? preguntó Gomez Arias con fingida curiosidad.

¿Nunca habeis oido hablar de ella?

Si lo he oido, en verdad que no me acuerdo.

¿I qué se ha hecho de Roque? No os a-

compañó en vuestro viage? ¿Está malo?

Ciertamente su salud es bastante delicada; i tantas veces me habia rogado le permitiese retirarse á Toledo, en donde creo tiene un hermano ú hermana, que me vi finalmente precisado á condescender con sus deseos, lo que en verdad hice con gusto, porque de poco tiempo á esta parte se habia vuelto tan descuidado i petulante que ya me era incómoda su compañía.

¿Como es posible, don Lope, que haya tratado de dejar vuestro servicio cabalmente en la víspera de vuestra boda? Ha debido sorprenderos sobre manera esta resolucion; pues todavía es admirariables mas si yo os dijera que ese mismo Roque es el que se ha escapado con nuestra huéspedada doña Teodora de Monteblanco.

Es imposible, exclamó D. Lope con la mayor turbacion.

Nuestro viejo jardinero Repollo los ha visto salir de palacio; i movido por un impulso de curiosidad los ha seguido á alguna dis-

tancia en cuanto se lo ha permitido la precipitacion con que aquellos caminaban. Los vió finalmente hacer alto en la alameda en donde habia otra persona que los esperaba con caballos; pero la parte mas rara de este cuento es que el jardinero diga que la citada persona que con tanto esmero i cuidado estaba aguardando á los fugitivos, tenia una semejanza tan exacta con don Lope, que juraria era el mismo sino supiera de cierto que habiais salido por la mañana para la quinta del conde de Ureña.

Por imperturbable que hubiera sido en todo tiempo la presencia de ánimo de don Lope, i por preparado que estuviera para toda clase de tropiezos, esta última noticia llegó á descomponerle; cuya circunstancia no dejó de ser reparada por la aguda i sagaz penetracion de Leonor.

¡Insolente bribon! exclamó Gomez Arias despues de un corto silencio; hé aquí porque tenia tanta ansiedad de dejarme; mas ya os lo he dicho que desde algun tiempo se habia

vuelto i impertinente i arrogante : la razon está bien clara ; pero en fin vuestra hermosa huéspedea , segun habeis querido llamarla , es altamente censurable. ¿Qué diablo ha podido inclinar á una muger de noble familia á escaparse con un miserable eriado ? ¿Tan falta estaba de honor i de vergüenza ?

Asi lo supongo , replicó Leonor con ironía ; pero nada de esto extraño porque veo enteramente perdida la vergüenza en todos los que han manejado estos enredos ; fijó entonces una mirada significativa en Gomez Arias , quien átonito i penetrado de su peligrosa situacion no tuvo fuerza para rebatir la verdad de sus observaciones. Como Leonor deseaba saber á que grado llegaba la complicidad de D. Lope , prosiguió. » Lo que yo mas extraño , es que el compañero de Roque se os pareciera tanto .

Mi querida Leonor , contestó Gomez Arias riendose fuertemente i afectando buen humor , es ciertamente una desgracia el que á uno se le compare con seres tan despreciables ; mas

nadie lo puede remediar: me atrevo sin embargo á asegurar que ese grandísimo bellaco no ha de tener tanta semejanza conmigo como quiere haceros creer vuestro estúpido jardinero. ¿Cómo pudo un vejestorio distinguir tan claramente los objetos de noche i á tanta distancia? parece mas probable que una abundante dosis de vino le trastornó de tal modo sus sentidos que habrá visto este estupendo suceso mientras que desollaba la zorra.

Poco á poco, señor Don Lope, replicó Leonor; no tenemos motivo alguno para dudar del testimonio de un criado honrado i fiel que no puede tener el menor interés en inventar chismes para engañar á su bienhechor.

Muy bien; será así; non quiero prolongar mas tiempo la discusion sino para manifestar mi sentimiento de que hayais dispensado vuestro afecto á uno que tiene la desgracia de parecerse á un canalla; mas en medio de esto espero que no se disminuirá la tierna deferencia con que habeis querido honrarme, debiendo estar bien persuadida de que solo vi-

vo por vuestro amor. Iba entonces Gomez Arias á proferir las mas ardientes protestas de inalterable adhesion , cuando le interrumpió Leonor diciendo.

No os tomeis la molestia de pronunciar una sola palabra para convencerme de la sinceridad de vuestro afecto , ó para justificar vuestra conducta , porque me figuro seguramente quanto pudierais decirme.

No lo extraño , añadió Gomez Arias ; vuestro discernimiento es demasiado fino para dejar de percibir la agitacion que no me es fácil ocultar ; ni podeis menos de adivinar las espresiones que brotan espontáneamente de tan ardientes sentimientos ; pero perdonadme si en un dia como éste franquea mi pasion los límites del amor ordinario : mi delirio por la dicha que voi á poseer no puede ser manifestado con las acostumbradas demostraciones de los corazones frios. El dia que va á unirme con la muger mas elevada i mas amable de su sexo es seguramente.”

Deteneos, don Lope , le interrumpió Leo-

nor con gravedad; no es mi ánimo deslindar los respectivos meritos de vuestra pasion; tengo que pedir os una gracia que tal vez chocará á vuestro oido.

Los deseos de mi encantadora Leonor no pueden hallar la menor oposicion de parte de su amante, contestó cortesmente Gomez Arias.

Ayer, continuó Leonor, no obstante el ardor de vuestra pasion pedisteis que se difiriese un dia nuestra boda; asi, pues, no podreis negarme un favor de esta especie cuando yo tengo razones particulares para desear que se suspenda todavia por un mes.

¡Cielos! ¿qué decis? ; un mes! ; todo un mes!

Si señor, añadió Leonor alterada, un mes, un año, i aun mayor dilacion si las circunstancias lo requieren, es para mi indiferente. Al decir esto salió bruscamente de su cuarto dejando á Gomez Arias en una inesplicable consternacion.

¡Estoi arruinado! gritó despues de un momento de silencio; la forzada indiferencia que

ha aparentado Leonor durante su entrevista, i la cólera é indignación con que se ha retirado, no me permiten dudar de que tiene algunas sospechas de mi; pero ¿he de sucumbir cobardemente á este revés de fortuna despues de haber adoptado tantas i tan crueles medidas para el buen exito de mis designios? no á fe mia, de ningun modo; quedó entonces por algun tiempo taciturno i pensativo trazando nuevos planes para salir airoso de todos sus apuros.

La osadía i la indiferencia, dijo por último, son los únicos medios que pueden asegurar mi salvacion: nada tengo que temer de Teodora ni de Roque; enviaré avisos al conde de Ureña, i le abriré en parte mi corazón ya que se ha hecho indispensable su cooperación para el cumplimiento de mis deseos.

En su consecuencia procuró tener otra entrevista con Leonor, i la dijo con altivez i resentimiento, « que estaba dispuesto á concederla gustosamente lo que solicitaba, i sin esperar su respuesta salió de su presencia

precipitadamente, i pasó á la habitacion de Aguilar á quejarse amargamente de la inesperada mudanza que habia observado en él, así como en su hija Leonor.

Si teneis alguna razon para atacar mi probidad, dijo Gomez Arias á don Alonso, hablad claro, i haced que yo pueda confundir al vil calumniador; pero si el capricho ó un tardío arrepentimiento es el que induce á vuestra hija á adoptar esa estraña conducta, que se explique sin rebozo; Gomez Arias está mui distante de forzar la inclinacion de una muger, la que, si gusta, estará bien pronto libre en todo empeño.

Don Alonso se conmovió al ver tanta generosidad i firmeza de parte de Gomez Arias, i creyó por lo tanto en la aparente sinceridad de sus palabras: el alma noble de Aguilar no podia concebir la posibilidad de que el delito asumiese una semejanza tan perfecta de candor. La desaparicion de Teodora, i las circunstancias que habian acompañado aquel suceso, eran las mas propias para sospechar

que Gomez Arias estuviese implicado en él; mas como no se ofreciese prueba alguna clara de ello, se fue Aguilar con mucho tiento en fallar un negocio tan delicado, i que ofendia altamente el honor de Gomez Arias en el concepto público. Leonor estaba naturalmente mas irritada que su padre, por la perfidia que recelaba en la conducta de su amante, por cuya razon habia pedido que se suspendiese la boda por el espacio de un mes, en cuyo tiempo podria hacer las necesarias investigaciones sobre la materia.

Gomez Arias no se descuidó en poner en actividad su ingenio i travesura, porque siendo tan crítica su posicion, era preciso que los remedios participasen del mismo carácter. Continúo sus visitas á los Aguilares, aunque no con la misma franqueza como hasta entonces; i al observar el alto grado de estimacion en que era tenido don Antonio de Leiva por don Alonso i su hija, fingió mirar á Leonor con lastimada altivez, en tanto que la reconvenia agriamente por su naciente pa-

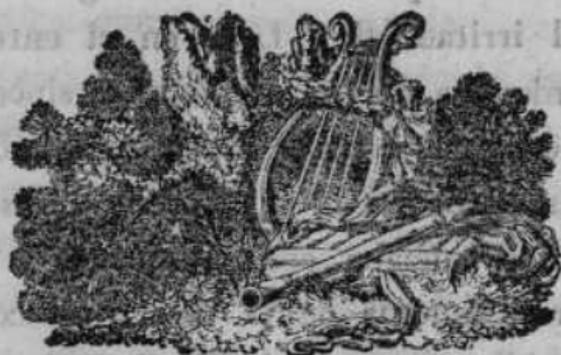
cion por el jóven Leiva, á la que atribuia la desconfianza i frialdad con que trataba á un sincero amante, cual él se protestaba.

Leonor sin embargo continuaba en su mismo propósito, insensible á sus quejas i amargos sarcasmos: su soberbia habia sido ofendida altamente, i estaba resuelta á sostener su punto; ni su sagacidad i penetracion la permitian fiarse incautamente en las dulces palabras i requiebros de un hombre conocido públicamente por sus travesuras galantes.

El irritado don Lope en el entretanto no perdonaba medio alguno para sincerar su conducta i para hacer recaer lo odioso de aquellas discordias en el capricho de los Aguilares: se quejaba constantemente i con la mayor acrimonia de la ingratitude con que habia sido correspondido su afecto, jurando al mismo tiempo vengarse de Leiva, á quien acusaba de la perfidia mas ignoble i criminal.

Estas encontradas sensaciones le mantenian en un contínuo tormento, por lo que deseaba con la mayor ansiedad, que se pre-

sentase una ocasion favorable para distraer á la Córte, i distraerse él mismo de un objeto, en el que era por desgracia el principal interesado. La fortuna quiso favorecer sus deseos presentando acontecimientos tan terribles como inesperados.





CAPITULO II.

Noticias de la nueva insurreccion de los moros. Alarmas de Granada; movimiento de tropas al mando de Aguilar. Gomez Arias levanta un cuerpo de voluntarios, independiente de aquel gefe. Entusiasmo general por la buena causa.

Las calles i plazas de Granada estaban ostruidas con la alborotada i confusa muchedumbre: se veian aquí grupos de hombres que hablaban azorados i dando señales inequívocas de sorpresa i temor; allá corrian otros como si estuviera sucediendo alguna grave desgracia. Por todas partes se oia un sordo murmullo; todos querian hablar i nadie escuchaba: la causa de esta agitacion era importante; habian llegado varios espresos anunciando la insurreccion de Sierra-Bermeja, i que el terrible Feri de Benastepar, que

se contaba por muerto, estaba no solo vivo i sano, sino que abundaba en medios para renovar una lucha desesperada, i tenia ya una fuerza considerable para marchar sobre Granada.

El pueblo de Alhaurin, i diferentes lugares inmediatos á Sierra-Bermeja, estaban asimismo sobre las armas, i parecia que la rebelion iba cundiendo rápidamente por todo el pais.

La irritacion de los cristianos por tales noticias se aumentó considerablemente al observar la insolencia de los moros residentes en Granada, que manifestaban en su mismo engreimiento su encubierto ódio al nombre cristiano, refrenado con dificultad por falta de una ocasion favorable para dar su estallido. Dicha ciudad habria sido devorada por el desorden i la confusion, si el conde de Tendilla no se hubiera apresurado á tomar medidas de precaucion para asegurar la pública tranquilidad. Varias partidas de veteranos patrullaban por las calles, en donde el murmu-

llo del descontento i los grupos de la sedicion ofrecian mayor peligro.

Se exaltó terriblemente la ira de la Reina con este nuevo egemplo de turbulencia i obstinacion, se publicaron de nuevo sus primeros edictos, no solo contra los auxiliadores é instigadores de los rebeldes, sino tambien contra los que tuviesen la mas mínima relacion con ellos.

Se descubrió asi mismo la indignacion de don Alonso de Aguilar en sus nobles i varoniles facciones cuando en presencia de la corte cogió el estandarte de la cruz, diciendo con la mayor resolucion i entusiasmo. «Por el sagrado signo de esta bandera i por todos los honores de mi casa juró no volver á Granada hasta que esta saerílega rebelion haya sido destruida de raiz, i hasta que hayan sido castigados egemplarmente los causantes de ella: antes de un mes ha de ser contado en el número de los muertos el Feri de Benastejar, ó don Alonso de Aguilar.»

Los nobles sentimientos del guerrero fue-

ron recibidos con aplauso general, i á su consecuencia se dieron las órdenes mas terminantes para que al dia siguiente salieran ácia Sierra Bermeja todas las fuerzas disponibles al mando de Aguilar, de su hijo, del conde de Ureña i de don Antonio de Leiva; se ordenó asi mismo que todas las tropas de Jaen i Castilla estuvieran prontas á marchar bajo la direccion del alcaide de los Donceles i del conde de Cifuentes.

Gomez Arias se aprovechó ansiosamente de la oportunidad que le ofrecian las circunstancias para distinguirse, i halló nuevos títulos para la estimacion i deferencia de su soberana, en la que habia empezado ya á observar un grado de frialdad mui diferente de las bondadosas distinciones con que antes le habia honrado.

Aunque su amor propio no dejó de lastimarse momentáneamente al verse excluido del número de los gefes encargados de la expedicion, se alegró en parte por considerar que su reputacion no podria adquirir mucha

gloria si obraba con dependencia de un gefe tan insigne como Aguilar, en cuya gigantesca fama habian de confundirse las mas heróicas hazañas de sus comandantes i subalternos. Se alegró por lo tanto de que sus esfuerzos fueran totalmente libres, i se pronunció mas su ardiente ambicion trazando un plan de operaciones contra una parte del territorio revolucionado, sobre el que no se habian tomado disposiciones generales.

Presentándose á la Reina i pidiéndola facultad de levantar una division independiente de otro gefe, le fue concedida esta gracia por Isabel, á la que habian agradado siempre los finos modales i galante porte de Gomez Arias. Complacida aquella augusta Soberana de que se hubiese abierto un vasto campo para que pudiera señalar su génio este jóven guerrero, le despidió con una graciosa sonrisa, con la que quedaron totalmente desvanecidas las negras nubes que habian oscurecido anteriormente su frente. Exigia con efecto la justicia que no fuera desechada la

súplica de Gomez Arias, pues cuando la mayor parte de los gefes españoles iban á participar del peligro i de la gloria de una guerra tan honrosa, habria sido una monstruosa inconsistencia dejar en la oscuridad á un militar como don Lope, que era contado en el catálogo de los mas valientes. En su consecuencia, hizo los necesarios preparativos con el ardor propio de su carácter, doblemente estimulado por la ambicion i por el deseo de dejar á Leonor bien convencida de su mérito superior, añadiendo nuevos timbres á su fama sin deberlos á la altiva familia de los Aguilares.

Llamó á sus filas á todos los amigos sobre los que tenia alguna influencia, i á los individuos de otras varias familias nobles con las que le unian relaciones particulares. Como que éstos eran voluntarios, cuyo celo por la buena causa, i su ódio ácia los moros habian sido los únicos agentes para tomar las armas, no salieron de Granada con el ejército reglado de don Alonso de Aguilar; pero estuvieron

prontos en breves dias para emprender la marcha

Antes de verificarla don Alonso, se dirigió á la catedral á implorar el auxilio divino en favor de su noble empresa. El arzobispo pronunció un elocuente discurso inculcando á los cristianos sus deberes, i los bienes que debían resultarles de su cumplimiento, prometiendo fama i honor á los que sobreviviesen, i la gloria eterna á los que sucumbiesen en defensa de su pátria i religion. Se bendijeron entonces las banderas del ejército, i las varias divisiones se encaminaron ácia la puerta de Elvira, por la que debían salir de la ciudad.

La mañana era clara i hermosa; ninguna densa nube desfiguraba el sereno brillo del firmamento, i los rayos del sol reflejaban vistosamente sobre los bruñidos yelmos i brillantes armaduras de los guerreros. Las trompas, clarines i otros bélicos instrumentos, hicieron resonar sus bronceadas voces, con las que los aplausos de la muchedumbre reunida

para presenciar la salida de los soldados cristianos formaban un eco de alegría i contento. Las murallas de la ciudad estaban cubiertas de espectadores, en tanto que otros mas activos ó mas interesados acompañaban al ejército hasta la vega: era con efecto el espectáculo mas esplendido i brillante ver marchar animosamente este ejército acompañado por los mas ardientes votos de sus fieles conciudadanos.

Entre el inmenso gentío que presenciaba aquel espectáculo, ¡cuántas pasiones no se agitaban! ¡cuántos ocultos afectos no se descubrian! ¡i qué sentimientos de gloria no se desplegaban!

La magnífica pompa i la fiera dignidad de la guerra, al mismo tiempo que eleva el alma á acciones heroicas no deja de escitar un correlativo sentimiento de admiracion ácia los que se entregan á todos los sacrificios propios de ella. Mientras que el militar marcha con todo el entusiasmo del valor i de la decision por la carrera de la victoria, ó tal vez de

la muerte, ¡cuántos tiernos corazones suspiran i laten fuertemente!

Entre aquella numerosa muchedumbre se veian venerables padres de familia, en cuyos hundidos ojos brillaban todavia algunas chispas de noble fuego, i cuya vacilante máquina recibia nueva energia con la vista del aparato marcial: espresaban con suspiros su dolor por no poder tomar una parte activa en escenas de tanta gloria i peligro, i elevaban sus manos al cielo rogando fervientemente que la conducta de sus hijos en el campo de batalla fuera digna de verdaderos españoles.

Habia asi mismo afectuosas esposas que contemplaban la marcha del ejército con silenciosa tristeza: sus ojos ahogados en lágrimas estaban fijos en aquella numerosa masa de guerreros, entre la que estaba el objeto mas querido de su corazón; en uno de sus brazos se veia dormida alguna inocente criatura, mientras que otra ya de mas edad parecia deleitarse con la vista de tan brillante comitiva, mirando con pueril alegría á su ma-

dre i estrañando verla afligida, porque para su incauto corazon no se ofrecia motivo alguno de dolor, i con todo derramaba algunas lágrimas solo por imitación.

Mas allá se veia una trémula doncella, cuyo puro corazon habia recibido las primeras impresiones del amor, i en cuyo halagado oido habian resonado los apasionados discursos de futura dicha, pero que en medio de estos contrastes hacia los posibles esfuerzos para ocultar su angustia: miraba en el entretanto con agitacion i ansiedad aquellos confusos grupos con la esperanza de divisar á su tierno amante que iba á trocar sus amorosos coloquios por acciones de sangre i horror. ¡Cuántos i cuán varios eran los temores que agitaban su dulce pecho! ¡Tal vez no volverá á verle; acaso se separa de ella para siempre, ó podrá volver triunfante, pero falso á sus votos, i con un corazon altivo que llegue á despreciar á la que tanto ha suspirado por él.

Tampoco escaseaban mugeres de senti-

mientos mas elevados i heróicos , que del mismo modo que Leonor de Aguilar ofrecian sus lágrimas al brillo de la gloria i patriotismo , i que mientras temblaban por la vida del objeto de sus afectos , eran todavia mas idólatras del honor: algunas , cuya pasion recibia una chispa de fuego celestial que las elevaba sobre su clase , i que se gloriaban de ver marchar á sus amantes por el camino de la fama i de la victoria.

Tales i tan animadas escenas son propias generalmente de la salida de un ejército para la guerra : el temor se apodera comunmente del ánimo de las personas mas interesadas en la vida de los que van á hacer este servicio a su patria; pero la esperanza de un feliz resultado dora estas aprensiones con su halagueña ilusion.

El soldado en el entretanto se despide con alegria i confianza de todas sus relaciones sin pensar en que tal vez las lágrimas de simpatia i afecto que derraman sus deudos, se convertirán mui pronto en llanto de dolor i desolacion.

CAPITULO III.

Disputas de Roque i María Rufa durante su viaje para Alhaurin. Historia de esta muger: se ponen ambos de acuerdo para fugarse con Teodora de la compañía de los moros; su llegada á dicho pueblo de Alhaurin. Forzado comedimiento de Cañeri, i esmero del renegado con esta amable cautiva.

¡Válgame el cielo! exclamó Roque. ¡Oh María! ¡oh Rufa! ya va para una semana que estoy contigo, i por vida mia que no puedo creer todavía lo que estoy viendo. Aquí hai alguna brujería; hallar á la vieja amiga de mi difunta madre que en paz descanse, hallar entre los rebeldes ¿qué digo entre los rebeldes? entre los moros, i hecha una mora verdadera á María Rufa, á la que daba yo por

muerta i mui tranquila su alma entre los santos! ya nada voi á estrañar en este mundo.

Tales eran las espresiones que nuestro Roque dirijia á la dama Aboukar mientras que caminaban ácia el pueblo de Alhaurin. La venerable i agria esposa del ex-mayordomo del soberano de la montaña, estaba fastidiada de la impertinente libertad del criado, quien no hacia mas que abochornarla con sus picantes observaciones, de modo que llegó por fin á perder totalmente los estribos hasta el punto de decirle con voz áspera i discordante: »Hombre grosero i mal nacido, refrena tu lengua, i aprende á conducirte como es debido con tus mayores i con quien vale mas que tú.»

Respetable dama, contestó el criado; no trato de modo alguno de disputarte la primera prerrogativa, pues sé con efecto que te adornan algunos treinta años mas que á mi; pero en cuanto á la segunda, soi de opinion mui diferente: luego como si temiese que al quien lo oyese, dijo entredientes i en voz ma

baja, «soi i he sido siempre un buen cristiano. Maria Rufa suspiró, i dirigió á Roque una mirada de resentimiento é indignacion ; pero aunque sintiese vivamente aquella pesada chocarrería , la amistad que habia tenido con la madre del citado Roque, la indujo á tener una extraordinaria condescendencia con él; i algun tanto desarmada su cólera, exclamó: «¡Oh Roque! me parece que debieras ya estar escarmentado de tus imprudencias, porque esa maldita propension que tienes de charlar te ha traído al caso crítico en que ahora te hallas; bien pudieras acordarte que por tus insulsas gracias burlescas, te vendió tu amo tan tragicamente.

Mui bien, contestó Roque: es verdad que sufro por haber dicho la verdad; pero me glorío de ello. Cuando reflexiono sobre la cruel injusticia de la conducta de Don Lope, tan repugnante á mi gratitud i caridad, me siento con mas valor i resolucion del que nunca me habia creído capaz. Ahora, pues, añadió acercándose á Rufa, es preciso que me digas

como has apostatado de nuestra santa religion.
 ¿Cómo ha sido este cambio cuando tu eras
 antes la beata mas devota que hubiese en Gra-
 nada? Es preciso, María Rufa, que te hayan
 hechizado.

Con efecto, contestó la vieja moviendo
 sus ojos con patética espresion; tienes razon
 Roque, me hechizaron de veras.

Santa Bárbara! ¿i quién te hizo ese servi-
 cio?

Un tirano el mas poderoso de todos.

¿Qué tirano? preguntó Roque arrimándo-
 se á ella i mirando al rededor de sí con rece-
 la i desconfianza; ¿que tirano, Rufa?

Observa, Roque, i lo adivinarás.

¿Como, sinó me dices su nombre?

El amor, añadió María Rufa, afectando
 una gran confusion i vergüenza.

Roque prorrunpió en una carcajada de
 risa tan estrepitosa que paró toda la comitiva.
 ¡Cielo Santo! ¿como ha podido entrar tal
 huésped en tan humilde habitacion? ¡El amor
 es liado objeto por cierto para que Cupido

pueda ejercer sus travesuras contigo. Ya voi creyendo que esto ha sido un hechizo; ¿i quién es el feliz mortal que se ha prendado de tus maduros encantos? ¿de donde ha salido ese bendito hombre con gusto tan refinado para apreciar dignamente tu prodigiosa belleza? esa prolongada barba, esa espaciosa boca, esos pitarrosos ojos i arrugada tez, esa caprichosa i elegante natiz que está de continuo haciendo cortesías i tropezando con la barba, esas ásperas i largas trenzas de pelo que si hemos de juzgar de su consistencia indican que tienes la fuerza de Sanson?»

No bien habia hecho Roque una pequeña pausa en su arenga para tomar aliento, cuando exasperada la vieja hasta lo sumo por la caricatura que iba trazando, levantó con increíble presteza su pesada mano, i dió á Roque un golpe tremendo sobre la oreja que le hizo caer de su pollino al suelo con tanta violencia que se oyó el ruido á gran distancia.

Aquí teneis una prueba convincente de

que no habeis ido errado en lo concerniente á la fuerza de mi cabello.

Desconcertado totalmente Roque con esta inesperada salutacion no pudo articular palabra alguna por mucho tiempo: toda la comitiva se alarmó con la desgracia del castigado burlon i con las enérgicas exclamaciones de la dama Aboukar. A los moros que componian la escolta les cogió una extraordinaria pasion de risa, i aun el renegado á pesar de su ceño habitual no pudo menos de tomar parte en ella.

¿Qué es eso, Roque? preguntó Teodora al ver que se levantaba del suelo con la mayor confusion.

Nada, señora mia, contestó Roque meláncolicamente; el cielo nos defienda por que tenemos en nuestra comitiva un diablo encarnado en forma de muger. ¡Oh María Rufa? continuó en tono humilde, ¿qué llama has comunicado á mi pobre cara! Si esta es una muestra de tus fuegos amorosos, extraño como ya no estás reducida á cenizas.

Eso te enseñará, dijo María Rufa algo mas
sosegada, á refrenar tu viperina lengua.

Roque observó por algun tiempo un pro-
fundo silencio, porque á pesar de la jocosa in-
diferencia con que aparentaba tratar esta dis-
puta, no estaba de modo alguno satisfecho de
las risotadas i estraña algazara que habia cau-
sado su aventura. Prevaleció sin embargo su
curiosidad, i olvidando casi del todo su re-
ciente infortunio se dirigió todavía con cariñosa
amistad á la amazona.

Ea Rufa, espero que no tengas rencor al-
guno contra mi por lo que ha pasado.

De ningun modo, buen Roque, contestó
la arrugada vieja; estoi perfectamente satis-
fecha, i deseo que tambien tu lo estes.

Si, lo estoi como si nada hubiera sucedi-
do, asi pues no hablemos ya de esto, i dime
en su vez, sino te desagrada, el origen, los
progresos, i final resultado de tu pasion.

Ahi de mi! replicó la rancia Sibila; fui
desgraciada en todo. i dió un profundo sus-
piró, que fué contestado por Roque simpáti-

camente con un fiero lamento..

Debes consolarte, la dijo, reflexionando que en este mundo pecador se dan frecuentemente casos de igual naturaleza ; pero cómo se llama el bárbaro amable, el dulce monstruo, el hechizero, el cruel opresor que excitó los tiernos sentimientos de tu corazón virginal, i te desvió de la verdadera creencia?

¡ Como! ; no conoces á mi marido?

¡ Marido! ; luego hai un marido en la novela! ya no me sorprende cuanto oigo,

Me trata como á un bruto cual es él.

Mucho lo extraño al considerar los medios que posees para imponer respeto i asegurarte la buena conducta del libertino. Pero finalmente ; cual es el nombre de ese bruto?

Ya podias haberlo adivinado: es Aboukar.

¡ Aboukar! ya cesa mi admiración. Oh la dulce criatura con sus hermosos ojos de langosta i con su mui portentosa i venerable trompa que parece á un tomate maduro presentado abierto en un plato de cobre! ; Con que Aboukar es tu marido?

Si por mi desgracia; habrá unos cinco años que estamos casados.

Virgen Santa ; qué torpe soi ! ; cinco años de casada ! ya debiera yo haberlo descubierto antes sin mas que haber visto su trato.

Roque , hijo mio , ¿ tienes una alma tierna i compasiva ? ¿ Eres buen cristiano ?

Lo soi completo , aunque humilde pecador ; pero esta pregunta tiene poca gracia en la boca de una renegada.

Quiero confiarme á tí , contestó María Rufa ; soi una muger desgraciada , í ojalá que mi arrepentimiento no llegue tarde ! ¿ Crees tú Roque , que hai verdaderamente un infierno como nos lo pintan ?

Mil veces peor todavia de lo que se dice : todos los tormentos que puedas sufrir en la compañía de pero me permitirás que hable de tu marido como se merece ?

Como gustes , respondió la amable esposa.

Pues bien , añadió Roque , todos los tormentos que te ha hecho sufrir ese abominable escarabajo , feo é incrédulo villano , son

nada en comparacion de los que vas á padecer cuando tu alma se vea precisada á desprenderse de ese miserable esqueleto, i en verdad que puede tardar poco tiempo. Considera pues que vida vas á llevar en aquellas oscuras regiones, en donde serás eternamente martirizada con la vista i compañia del bribon de tu marido.

Conozco mis errores, i si te los he confiado, ha sido con la idea de escitar tu compasion i no tus reconvenciones.

Pero ya Roque habia tomado un estilo místico, i sin hacer caso de los reparos de la vieja, prosiguió « considera, Rufa, quien sino el diablo pudo tentar á una matrona con mas de medio siglo encima de su alma, sin ningun diente sano en la boca, i casi calva la cabellera á fijar sus apasionados ojos en la muestra mas perfecta de fealdad, i ahinda mais en un moro malandrin : basta esto para que desesperes de tu salvacion ; mas no, la Virgen Santa te asistirá. Creo i espero caritativamente que con un curso vigoroso de dura pe-

nitencia i mortificacion alternado uniformemente con el uso continuo de la disciplina, constantes ayunos, devotas oraciones, donativos á los pobres, entre los que debes contarme á mí, i con otros piadosos egercicios, creo firmemente que tu alma pecadora puede ser arrancada del camino de perdicion al que ha sido conducida por el infernal Aboukar.

Roque, le interrumpió Maria Rufa melancólicamente, ¿hablas de veras, ó tratas únicamente de chancearte? sea como quieras, mi situacion es tal que debe mover á compasion á todo buen cristiano.

Roque con efecto tenia particular inclinacion á andar en chafalditas aun cuando se tratase de asuntos serios. Perdóname, la dijo, si en mis amonestaciones no puedo comunicar á tu agitado espíritu el consuelo correspondiente al caso actual; pero si me dices cuales son tus proyectos, podré tal vez ayudarte para salir bien de ellos.

Hijo mio, deseo de todo corazon reconciliarme con la iglesia, i asi hemos de ver el

modo de escaparnos de estos malditos moros.

Mui bien ; ¿ luego tú estás dispuesta á abandonar tu miserable matrimonio ?

Oh si, Roque ; mi conversion es mui sincera ; tengo tantos motivos para abandonar á ese malvado , á ese hombre bárbaro. Yo , que he sido por tanto tiempo su mas amorosa i dulce compañera , verme ahora pospuesta á una impúdica mora , que no vale la pena de mirarla ! ; Oh infiel Aboukar ! ; hombre ruin ! Si, Roque , deseo reconciliarme con la iglesia lo mas pronto posible.

Aunque Roque no era un gran teólogo, no pudo menos de manifestarse poco satisfecho de la conversion de Rufa al considerar los motivos que la habian suscitado. Sin embargo la idea de huir de los moros le acaloraba demasiado la fantasía , por lo que se determinó á dar aquel paso si podia llevarlo á efecto sin gran riesgo de su preciosa persona, i si su señorita Teodora participaba asi mismo del beneficio de la libertad.

Asi estaba Roque embebido en las mas

dulces ilusiones cuando le sacó de su letargo un áspero sonido á modo de lamentoso chillido que salia de la arrepentida Rufa : los ojos de la vieja dieron terribles señales de irritacion , i sus asquerosas facciones hicieron un diabólico gesto animado por una espantosa imprecacion al ver á su infame marido conducir á su presencia i sin la menor aprension á la moza coquetilla que habia sido la usurpadora de sus afectos.

Ahi va el traidor , grito la maltratada esposa , ¿ como he podido yo sufrir á ese bárbaro i no arrancar los ojos á aquella bribona ? ¡ Oh Roque ! he sido una gran pecadora , mas deseo ya de todas veras reconciliarme con la iglesia.

Mui bien , dijo Roque ; pero ante todas cosas me has de decir en que fundas tus esperanzas para la fuga : mi ama i yo estamos tan estrechamente acechados que no será facil burlar la vigilancia de nuestros guardias.

Es verdad que por intercesion del renegado se me permite un libre acceso á Teodo-

ra; i aun esta señora es tratada con el mayor respeto; pero al mismo tiempo he reparado que alguno que otro moro está siempre observando todos nuestros movimientos: por otra parte, amiga Rufa, debo yo desengañarte en el caso que pienses fiar á mi valor la egecucion de algun plan desesperado. Yo no trato de reñir ni con un solo moro: mi humildad no me permite ejercitar un oficio para el que no me siento con las necesarias disposiciones, sea por falta de práctica ó de natural inclinacion.

No, hijo, replicó la vieja con una falsa sonrisa; nunca he sido tan tonta que haya fundado la menor esperanza en tu bravura; pero confio que sin ella hallaremos los medios de adelantar nuestros planes. Yo estoi en todos los secretos de los moros, porque me creen demasiado interesada en su causa para dudar de mi fidelidad. Don Alonso de Aguilar se adelanta rápidamente contra el Feri; i si sale bien en su espedicion sobre Sierra Bermeja como es mui probable, Cañerí, Mohabed i

lós otros caudillos no podrán hacer frente á tan formidables fuerzas, que se dirigen contra ellos, i nosotros nos aprovecharemos de la confusion para escaparnos; i si asi no lo hacemos, corre mucho riesgo que nos lleven á Africa.

¡Por vida de Baco! gritó Roque, i eso es todo lo que ha sabido concebir tu astuta mollera? Bravo, espero que tal esfuerzo de la imaginacion no habrá desvirtuado tus facultades físicas. A este tiempo estaban entrando en Alhaurin, en donde ya se hallaba Cañerí con antelacion de dos ó tres dias: hicieron alto á la puerta de una gran casa, que parecia ser la residencia del gefe, segun lo indicaban las guardias que la defendian; i el renegado condujo á Teodora á la habitacion que se la habia destinado. Ya no estaba ésta desgraciada jóven devorada por las frenéticas pasiones que por tanto tiempo habian emponzoñado su pecho; la misma intensidad de su afliccion, i su indignada soberbia se perdian en la lúgubre resignacion i fria apatía

que habia tomado por divisa. Los grandes golpes que habia sufrido habian desmejorado su belleza, i embotado sus ardientes i generosos sentimientos; pero todavía era amable é interesante. Habia perdido el brillo de una muchacha animada por el calor i la felicidad; pero habia adquirido al mismo tiempo otras gracias i otra clase de amabilidad que procede de los mismos padecimientos.

A pesar, pues, de tantos trabajos conservaba bastantes recuerdos tristes de agostada hermosura para interesar todavía i mantener en igual grado de ardor la pasion que Cañerí habia concebido por ella. El peso del dolor i de la desesperacion que la habia abismado con esta última prueba de la traicion de su amante, habia producido una notable alteracion en su carácter, i le habia comunicado una conformidad casi insensible i amortiguada.

Esta calma, sin embargo, parecia presagiarle alguna terrible calamidad: asi fue que en los dos ó tres primeros dias no se la habia dejado sola un momento, i se habia sepa-

rado cuidadosamente de su alcance todo mortífero instrumento. Los atentos servicios de Roque la reconciliaron en parte con su miserable situacion , pues no deja de ser un gran consuelo cuando uno se halla en el mas profundo abismo de la afliccion tener á su lado una persona interesada , por humilde que sea su estraccion , i por débiles i limitados que sean los medios de que pueda disponer para aliviar su suerte. Enmedio de sus bárbaros enemigos se la permitia ser servida por un cristiano , i esta circunstancia , aunque insignificante al parecer , comunicaba algun desahogo á su oprimido espíritu. Cañerí se habia abstenido asimismo de importunarla con sus protestas de amor , cuya moderacion procedia de los convenios estipulados con el renegado , de que no usaria de medio alguno violento para grangearse el afecto de Teodora.

Asi pues , Cañerí habia limitado sus obsequios á una estéril manifestacion de respetuosa deferencia , estraña en verdad á su carácter , i adoptada por la necesidad de con-

descender con los deseos del renegado. Este noble empeño de parte de Bermudo era un motivo de la mayor sorpresa para la infeliz jóven, que no sabia cómo conciliar su generosa conducta con la parte tan activa que habia tenido en su última trágica escena; Seria acaso porque Bermudo tratase con estos aparentes buenos oficios asegurarse la presa para sí mismo? ó era un mero sentimiento de compasion que le impelia á tomarse tantos cuidados por ella? ¿podia la piedad celestial abrigarse en aquella tenebrosa morada, en donde habian fijado su residencia las mas furiosas pasiones?

Estos recelos tenian el ánimo de Teodora en un estado de continua agitacion; pero como pasaban los dias, i que el renegado en vez de manifestar la menor muestra de amor parecia cada vez mas respetuoso i comedido, empezaron á disiparse aquellas dudas, i Teodora llegó á persuadirse de que habia oculto algun misterio que ella no sabia desentrañar, i que solo el tiempo podia poner en claro.

En cumplimiento de las órdenes del Feri había establecido Cañerí su cuartel general en Alhaurin, en donde se iba aumentando diariamente su partido con los moros que concurrían de todas partes á alistarse bajo sus banderas: había llegado aquel á este punto tres dias antes, segun se ha dicho, habiendo confiado á Bermudo el cuidado de Teodora, porque no podia esperarse que siguiera la marcha con igual presteza.



CAPITULO IV.

Orgullo de Cañerí: sus miramientos ácia Teodora, por temor del renegado. Entra éste en el aposento de Teodora i le revela los planes de su pronta libertad. Enagenamiento de esta infeliz muger, por tan halagüeño proyecto. Salida momentánea del renegado á reunirse con el Fero.

El aire de dignidad é importancia que habia tomado Cañerí con el cambio de su fortuna, le habia puesto estravagantemente ridiculo: figurándose que era ya un Soberano establecido sólidamente en su trono, se entregó sin ningún miramiento á los impulsos de la fantástica vanidad i despótico carácter; así, pues, mientras que se dedicaba aparenteménte al servicio de la causa de la independéncia,

ofrecia á su enemigo los medios de apreciar en su justo valor sus verdaderas intenciones.

Luego que hubo llegado Teodora, pasó Cañerí á hacerla una visita; pero segun el convenio con el renegado, limitó sus obsequios á unas frases insulsas de galantería i de fina atencion: se hallaba el renegado de continuo en su presencia, i aunque Cañerí era su superior en el mando, se veia precisado á rendirle aquel tributo de respeto que se debe á los hombres valientes i resueltos. Por otra parte, aunque su pasion por la hermosa cristiana no se habia enfriado, estaba sin embargo su corazon demasiado ocupado en objetos que halagaban altamente su vanidad i sobervia para permitir que los encantos de una cautiva adquiriesen un predominio sobre su despótica dignidad; sus visitas por lo tanto eran mui cortas, i dejaba pronto á Teodora en la tranquila posesion de sus pesares. Ya no se presentaba ésta con señales de tanta angustia ó delirante pasion; sus agudas i prolongadas penas la habian hecho en algun modo insen-

sible al aguijón del dolor: un melancólico é insensible abatimiento é indiferencia sobre su suerte, disputaban alternativamente el dominio de aquel corazón, antes tan fértil en sentimientos de ternura i en todas las virtudes de amabilidad i mérito femenino; pero oh! la situación de la desgraciada Teodora, era á este tiempo mas triste que nunca: ningún rayo de esperanza brillaba en su pecho; entre la oscuridad de que habia sido cubierta su imaginación, no aparecia luz alguna para sacarla de su miseria; ni era la pérdida de la esperanza el enemigo peor de esta virtuosa muger: habia otro mas poderoso que era la insensibilidad, i ya Teodora estaba sucumbiendo en tan lamentable estado. Parecia que todo conspiraba contra ella; la misma clase de su educación recatada, i la ternura de su edad la privaban de aquellos auxiliares que una muger de mayor práctica de mundo i de mas años que ella, habria sabido encontrar para combatir los peligros de su posición.

Roque entraba con frecuencia á visitarla,

valiéndose del permiso que le habia concedido Cañerí; las entrevistas con el escudero la distraian de objetos tristes, i le comunicaban algun consuelo las vivas aunque estrañas pinturas que aquel hacia de su suspirada libertad. En la misma noche de su llegada á Alhaurin estaba dando á su ama una razon circunstanciada de su conversacion con Maria Rufa cuando se abrió la puerta del aposento, i entró el renegado atrevidamente sin haber pasado ningun recado: su repentina aparicion causó la mayor agitacion i alarma; la intempestiva hora de su visita, i el interés que habia manifestado el renegado por Teodora, indicaban claramente alguna siniestra intencion: no sabia Roque que pensar ni que hacer en tal aprieto; miró á su ama, i notando su alteracion, creció su espanto sin saber atinar la causa; pero no estuvo mucho tiempo en la incertidumbre: Bermudo le hizo señal con el mas torvo ceño de salir de aquel sitio; i como Roque se detuviese á deliberar entre su adhesion á Teodora, i el

miedo de su individuo, indicó el renegado su final determinacion arrimando su mano á la espada; cuyo argumento le convenció de la necesidad de retirarse prontamente.

Viendo Teodora la facilidad con que Bermudo se habia desembarazado de la única persona que parecia interesarse en su suerte, exclamó patéticamente; «oh Roque, no me abandones; esperate, no puedo quedarme sola con este hombre tan terrible.

Roque dirigió una melancólica mirada á su ama; pero otra mui furiosa del renegado hizo en él una impresion mas fuerte que todas las súplicas de Teodora. Es preciso que se vaya, dijo Bermudo resueltamente abriéndole el camino con la mano, cuya señal activó la salida del escudero. Se retiró, pues, i no bien se habia visto Teodora privada de este último aunque frágil amparo, (que) tomando una fiera dignidad, prorrumpió en las siguientes reconvenciones. » ¿Qué significa este descomedimiento, renegado? ¿han sido tus primeras muestras de consideracion los medios

cuando.

insidiosos de encubrir las verdaderas intenciones de un pérfido corazón? Vete de aquí, ó daré voces; sí, llamaré á Cañeri, porque por odioso que sea á mis ojos, no puedo mirarle con tanto horror i desprecio como á uno que ha renegado de su fe, que es traidor á su patria, i vil ministro de los placeres de un déspota.

Bermudo oyó estas atrevidas i severas acriminaciones sin interrumpirlas: tranquilo é inmóvil, aguardó que se desvaneciesen los primeros vapores del resentimiento, i por algun tiempo no hizo mas que sonreírse agria i desdeñosamente. Rompió por fin el silencio, i con un tono bajo de voz pero sostenido, la dijo; «¡oh muger! no me resiento de tus denuestos, porque son justos en parte, i los que no lo son te los perdono en consideracion á tu abatido estado i á tus muchos padecimientos.

¡ Cuán impropio es i estraño, replicó Teodora, que os dolais de las desgracias á las que habeis contribuido tan activamente! no

os acerqueis, idos, no puedo fiarme de un traidor; debe haber un grande engaño i malicia en tus mismos oficiosos ofrecimientos; vete de aquí, ó...

Calmaos, señora, contestó el renegado con indignada altivez; equivocais seguramente mi carácter; mi corazon no se mueve por amenazas ni temores; aun en los momentos en que está mas predispuesto para la virtud, una sola amenaza es capaz de desterrar para siempre toda inspiracion generosa, i la malidad vuelve de nuevo á su natural predominio: así, pues, no me amenaceis, señora, porque es inaccesible al miedo el hombre que, como yo, tiene cerradas todas las puertas de la felicidad. Tranquilizaos, i no despreciéis con vuestras imprudencias la ocasion que la suerte os depara para sustraeros al destino fatal de que estais amenazada.

Se traslucia en el renegado un aire de fiera i noble compostura al pronunciar aquellas últimas palabras, i Teodora, á pesar de su aprension estuvo inmóvil por algun tiem-

po con los ojos fijos en tierra esperando el desarrollo de los anunciados planes. No pretendo , prosiguió éste, imponeros una implícita confianza ; os aconsejo tan solo que lo fiéis todo á vuestro juicio i discrecion : habeis ya retratado mi carácter con colores los mas negros i espantosos , i que no son sino demasiado ciertos ; debo rectificar sin embargo una impresion errónea que padeceis ; es verdad que soi un apóstata , un traidor , i si en el catálogo de los nefandos crímenes hai un nombre mas horrible i aborrecido , lo pretendo ; pero que me acuseis de ser esclavo de los placeres de un déspota , no , debeis conocerme mejor. No , repitió con viveza , mis acciones han sido feas , pero no ignobles ni vergonzosas ; he apurado la copa del crimen , sí , la he devorado ansiosamente ; pero mi parlador ha sido bastante delicado para haber desechado las héces. Si cualquiera otro menos una muger se hubiese atrevido á echarme en cara tal bajaça , habria aumentado el número de los que han sucumbido á este

brazo. Vos sois una muger , una muger desgraciada , única consideracion que puede contener mi indignacion por tal insulto.

¿Qué quieres pues ? preguntó Teodora algo mas sosegada con estas esplicaciones.

Haceros un amistoso servicio , i de ningun modo el menor daño ; porque yo no declaro la guerra á las mugeres ; el desvalido ser que mostró sentimientos de humanidad ácia Bermudo era muger , i el recuerdo de sus virtudes i de su amor preserva á todo su sexo de los efectos de mi rabia.

Teodora quedó pasmada con tan enigmáticas espresiones ; no podia reconciliar estos síntomas de nobleza con sus actos anteriores i con su reconocido carácter criminal.

Teodora , volvió á decir el renegado con un aire tan austero que parecia haber adquirido momentáneamente una tinta de dulzura incompatible con su natural carácter , Teodora , soi un hombre culpado ; si vivo en este mundo detestado i sin sentir remordimiento alguno , no soi capaz de hacer daño á las

mujeres, i á vos mucho menos que á ninguna de vuestro sexo.

Ella fue inocente i hermosa como vos, igualmente desgraciada, i añadió con agitación, víctima, del mismo modo que vos de Gomez Arias.

¡Cielos! ¿Qué misterio es este? habla aunque abrumada en la desgracia, con todo tengo deseos de saber hasta qué punto han llegado los delitos del que ha sido la causa de mi ruina.

Satisfacer vuestros deseos, es una empresa mui difícil; pero tal vez por vuestra misma esperiencia podreis sacar legítimas inferencias de la conducta de ese monstruo para con los demas.

Hermosura, inocencia, juventud é ilimitado afecto no pudieron salvaros de su barbarie; igual ha sido la suerte de las que han tenido, del mismo modo que vos, encantos para cautivar su atención, i un candoroso i puro corazón para chupar el veneno de su persuasiva lengua. Empero la suerte de la pobre

Anselma ha sobrepujado en horror á las de sus muchas rivales desgraciadas.

Con que la amó, dijo Teodora angustiada, i luego la abandonó como á mí?

La amó, contestó fuertemente Bermudo, con el afecto de uno que hace consistir toda su dicha en el desahogo de su voluptuosa i degenerada pasion: ella le rechazó; prevalecieron los ardides i la fuerza, i su resultado fue la locura, la desesperacion, i para decirlo de una vez, la muerte. Basta; es inútil referir las circunstancias de esta horrible historia: lo que he dicho podrá convenceros de la imposibilidad de que yo ofenda á una muger, cuya suerte es tan parecida á la de mi infeliz Anselma. Disipad, pues, vuestras aprensiones, miradme como á vuestro único amigo i protector.

Teodora contempló al renegado con silenciosa admiracion; las protestas de su amante, i su vil abandono la habian hecho desconfiada: su corazon estaba poco dispuesto á creer en

halagüeñas palabras, ni en los mas finos ofrecimientos.

Por fiarse demasiado en ardientes protestas se veia completamente arruinada, i temia por lo tanto que aun en su actual desamparo se estuviera fraguando otra traicion; mas cuando observó la tranquilidad de Bermudo, cuando recordó que nunca le habia oido la menor espresion que diese margen á sospechar de él, se allanó á oir sus preguntas ya que no pudiese evitar sus results. Dicho renegado conoció el estado del corazon de Teodora, i se apresuró á espeler de él toda sombra de recelo.

¿Pensais, la dijo con firmeza, que os engaño? abandonad tal idea, i sabed que si yo intentase haceros el menor daño se perdia el único objeto de mi vida; fiaos pues en mi interés, ya que no os fieis en mi honor. He venido á haceros un servicio que vá á ser recíproco. No os alarmeis; no estraño yo que os admireis de que pueda haber tanta afinidad entre una muger infeliz i desamparada i un proscrito como yo; pues existe con todo esa

rara anomalía; nos vemos aproximados por los vínculos mas poderosos que pueden unir á una criatura con otra; estamos estrechados por la desgracia causada por el mismo individuo.

Pero apesar de vuestra enemistad ácia el hombre bárbaro é inhumano, replicó Teodora, habeis secundado vigorosamente sus planes; yo bien sé que sino le hubierais ayudado no me hallaria yo en este lugar.

Tal vez no, replicó el renegado conservando una calma inalterable; ¿pero en donde estariais? ¿habeis reflexionado bien en vuestra desvalida situacion i en el carácter de vuestro fementido amante? ¡Ah! acordaos de la última escena de su abandono, i juzgad por la conducta que observó entonces, de qué no habria sido capaz tratándose de quitar del paso al desgraciado obstáculo que se oponia á su ambiciosa i criminal carrera.

¡Ese monstruo era capaz de todo! exclamó Teodora con espantosa agitacion, porque la relacion de la perfidia de su amante desper-

tó con fiereza las dormidas sensaciones de su corazón.

Os he salvado de sus infernales maquinaciones, añadió el renegado. Mi primera conducta os habrá parecido bárbara; mas la que he observado sucesivamente ha debido borrar de vuestro ánimo esas desagradables impresiones. Si así no fuese, ha llegado el tiempo de que sepais, i de que yo desenvuelva las causas que han dirigido todas mis acciones i palabras. Teodora, añadió entonces con un tono de voz firme pero suave » mis procedimientos han sido misteriosos, pero ya se acabó el encanto. He tratado de aseguraros la libertad, el cariño de vuestros padres, vuestra felicidad, i para mí la venganza.

¡Cielos! exclamó Teodora, explicaos ¿qué quereis decir? Digo la verdad; sed cauta i confiada, i no han de pasar muchos días ¹¹¹² que ~~no~~ os veais libre de la compañía de hombres que aborrezco i desprecio: dentro de poco volveréis á vuestra propia casa i disfrutareis de todo el consuelo que sabe dar un afectuoso padre

felicidad que dicen es mui grande i que yo no hé conocido.

¿Podrá ser cierto lo que decis? preguntó Teodora con un grito de sorpresa i alegría. ¡Oh Alagraf! ¿sereis pues tan generoso? i no pudiendo contener la viva emocion de su agradecimiento se postró á sus pies.

Levantaos, señora, levantaos, dijo vehementemente el renegado; esa postura no es propia de vuestro estado, yo no puedo sufrirlo. ¡Pobre, desvalida, inocente criatura! añadió entonces con tono patético que manifestaba su sensibilidad á pesar de su fiereza. ¡Pobre infeliz, abandonada muchacha! asi era como ella suplicaba; pero el villano se negó á sus ruegos. Volvió en sí de repente, i con un brusco movimiento levantó del suelo á la llorosa Teodora.

Levantaos, porque al veros en esa postura se abrasa mas fieramente mi ánimo i se exalta mi frenética locura. Muger, no soi generoso, i sí justo, aunque algunos frios mortales den á mi justicia el título de crueldad

egoísta; pero nada me importan los hombres ni sus opiniones.

Se detuvo un momento i prosiguió con un tono de mayor calma, «ya sabeis, Teodora, mis intenciones; solo siento que no puedan ser puestas en ejecucion tan pronto como quisiera; mas no tardará mucho tiempo; debo ya conservar el infernal carácter que he asumido, i secundar las operaciones del Feri; mi ausencia será lo mas corta posible; pero no temais violencia alguna de parte de Cañerí. Aquí estais segura, pues que ese déspota Reyezuelo sabe que su muerte sería la consecuencia de la menor tropelía; es menester sin embargo, ó señora, que observeis el mas profundo silencio sobre estos importantes secretos. Roque os es fiel; pero su imprudente locuacidad lo malograria todo si llegase á traslucir nuestros planes antes de tiempo. Acordaos de mis advertencias, estad de buen ánimo, mas no descubrais síntomas de repentina i estraordinaria alegría para no despertar las sospechas de Cañerí, quien posee

toda la astucia i desconfianza que es propia de un corazón cobarde; combinado con una despótica voluntad.

A Dios hasta nuestra vista, no os deseo bendiciones porque yo no sé mas que maldecir. Dijo i desapareció de repente.

Estuvo Teodora por algun tiempo sin saber que pensar de aquella escena; el renegado habia reanimado su abatido espíritu, i le habia hecho concebir todavia alguna esperanza; determinó por lo tanto seguir esplicitamente sus instrucciones esperando con ansiedad verse mui pronto libre de su miserable i peligroso estado.



CAPITULO V.

Ventajosas posiciones de los moros, dispuestos á recibir con valor á las tropas de Aguilar. Ataque desesperado i desigual. Prodigios de valor de los cristianos. Su horrorosa derrota. Muerte del héroe don Alonso. Elacion de los rebeldes.

Iban ya cayendo las sombras de la noche cuando Alonso de Aguilar i su valiente ejército llegaron al valle que faldeaba la montaña de Sierra Bermeja. Los rebeldes mandados por el Feri de Benastepar, que ya habian sufrido algun contraste en la llanura, determinaron no empeñar sus fuerzas en campo abierto sino ceñirse al dominio de la montaña fiando á sus buenas posiciones las ventajas que no podian esperar de su inferioridad.

Habiendo asegurado todas las alturas i pasos de la sierra, vió el Feri con interior complacencia la aproximacion del enemigo: su situacion con efecto no podia ser mejor; la naturaleza habia formado una especie de fortaleza inespugnable en toda la circunferencia de aquella escabrosa montaña; habian sido cortadas grandes masas de peñascos al rededor de la cima, i se estendian por los lados cubriendo aquellos huecos algunos troncos de árboles tan vetustos, que parecian del tiempo de la creacion: tan solo habia una senda que hiciera practicable la subida, pero tan estrecha, empinada i tortuosa que podia ser defendida por un puñado de hombres: habia asi mismo numerosos barrancos que aunque pequeños dificultaban sin embargo la penetracion por ellos; eran las fuentes de varios torrentes que dirigian su curso por las cañadas que formaba el monte.

No dejó de imponer á los cristianos el formidable aspecto que presentaba aquella sierra. Los moros que habian concurrido de

los países circunvecinos á alistarse en los estandartes del Feri confiando en el próspero giro que habian tomado sus negocios, manifestaban su arrogancia con una prolongada i bárbara gritería, cuyo eco era repetido horrorosamente por las rocas i cavernas de aquellos desiertos.

Alonso de Aguilar vió con la mas viva inquietud las ventajas que podian sacar los rebeldes de su posicion; pero aunque la penetracion á la montaña, coronada como estaba de hombres desesperados, podia considerarse mas bien como un acto de locura que de verdadero valor, pensó sin embargo que sería mas funesta la tardanza en una guerra de esta naturaleza; que cuanto mas dilatase el ataque, mayor sería el número de enemigos que habria de combatir; i finalmente que sino se apagaba al instante la primera chispa revolucionaria se comunicaria rápidamente á toda la provincia. Ya durante la marcha del ejército desde Granada se habian advertido los mas alarmantes síntomas del espíritu refrac-

tario de los habitantes; de lo que infirió Aguilar que las dificultades en que entonces tropezaba habian de ser incomparablemente mayores por cada dia que pasase sin dar un golpe decisivo.

Asi, pues, aunque convencido del temerario carácter de su empresa, resolvió llevarla á cabo confiando ciegamente en el entusiasmo i valor de sus veteranos, cuyo ódio á los infieles era tan conocido como su bravura i espíritu marcial.

Regido don Alonso por estas ideas reunió al conde de Ureña i á los demas gefes principales i les dijo »tal vez os parecerá desesperada la resolucion que he tomado; pero no nos queda otra alternativa; debemos atacar á los rebeldes en sus fuertes posiciones ó volver á nuestras casas llenos de vergüenza. Determinémonos á dar el asalto inmediatamente; nuestros soldados arden de impaciencia por pelear con esa raza pérfida é ingrata: ven su amor á su patria i en el ódio que profesan á sus enemigos fundo yo mis ma-

»yores esperanzas ; tengo sin embargo por mas
 »acertado que esperemos hasta que cierre la
 »noche ; la oscuridad nos ha de ser mas fa-
 »vorable en la parte pasiva que hemos de
 »desempeñar por algun tiempo ; asi los tiros
 »de nuestros enemigos no podran ser asesta-
 »dos con tanto acierto. Ea, pues, valientes
 »compañeros míos, cada uno á su puesto, i
 »que nuestra próxima asamblea se celebre ya
 »entre los aplausos de la victoria.»

Aguilar dividió su ejército en tres partes ;
 dió el mando del ala derecha al conde de Ure-
 ña, el de la izquierda á don Antonio de Lei-
 va, i se reservó el centro con su bizarro hijo
 don Pedro para trepar por la subida mas ás-
 pera, en donde debería hallarse naturalmente
 la fuerza principal de los moros.

Estos tres cuerpos fueron subdivididos de
 nuevo para que presentando al enemigo una
 masa menor en reunion fueran menores sus
 quebrantos. Habiendo recibido los varios co-
 mandantes sus respectivas instrucciones, se dió
 la señal de ataque ; se dirigieron las colum-

nas por diferentes puntos ácia la montaña haciendo resonar el acostumbrado grito de guerra, »Santiago, cierra España» que fué repetido de una á otra parte con vivo entusiasmo i decision.

Los moros contestaron á esta voz de desafio con horribles aclamaciones, mirando ya el enemigo que avanzaba como una presa destinada al sacrificio, i sobre la que iban á desfogar prontamente su apetecida venganza. Continuaron los cristianos su primera marcha sin que los enemigos les opusieran el menor tropiezo por temor de que si desenvolvian antes de tiempo sus recursos pudieran aquellos retirarse i privarles de una completa victoria.

Empezaron, pues, á subir lentamente por los ásperos i escabrosos pasos del monte; la atronadora gritería habia cesado por algun tiempo, i reinaba en su vez un triste i mortal silencio. Cuando ya el Feri de Benastepar juzgó que el enemigo estaba suficientemente enredado en sus emboscadas, i que podia él contar con un triunfo seguro, dió la señal de

ataque, i toda la montaña resonó simultáneamente con el mas espantoso ruido i algazara. En un momento se vieron las rocas mas elevadas desgajarse en innumerables fragmentos, rodar con horrible furia por aquellos precipicios, i recogiendo nueva fuerza en su prolongado curso hacer sucumbir bajo su enorme peso á cuantos soldados se hallaban en el tránsito.

Los aciagos i redoblados gritos desde la cuspide de la sierra se elevaban sobre el espantoso ruido de las enormes masas, i eran capaces de hacer desmayar á los hombres mas atrevidos. El primer estupor paralizó por un momento el impulso de los españoles; mas luego su intrepidez les hizo despreciar tan formidables tropiezos á pesar de que la guadaña de la muerte hacia sobre ellos horribles estragos. No podia ver Aguilar sin el mayor dolor la destruccion de sus bravos compañeros de armas; i temiendo que una segunda descarga de aquellos proyectiles pudiera desanimarlos, les arengó con una voz de entu-

«síasmo del modo siguiente: »Adelante esfuerza-
 «dos campeones, estos rebeldes se han de
 «cansar de arrojarnos las tremendas rocas,
 «antes que nosotros de sostenerlas; triunfare-
 «mos con nuestra constancia; ánimo i á ellos »

Aguilar logró efectivamente infundir con
 su ejemplo en el corazón de aquella gente un
 grado de frenético valor capaz de superar
 cuantos obstáculos pudieran oponerseles; así
 pues continuaron el ataque con el mayor de-
 fuerzo i sin interrupción.
 Ya se había cerrado la noche con la mas
 densa é impenetrable oscuridad; la luna se
 esforzaba en vano en aparecer por el medio
 de negras nubes; i la escasa luz que presen-
 taban las estrellas era insuficiente para ilu-
 minar los objetos distantes: no tenían, pues,
 los cristianos medio alguno de salvarse de la
 horrible suerte que les amenazaba: oían sin
 poderlo evitar el espantoso sonido de las in-
 mensas rocas que se desprendían de su cen-
 tro, i el aplamamiento que producía su pe-
 sada mole que era el de despedazar los obje-

tos que hallaban por delante, i de reducirlo todo á un vasto monton de ruinas.

Se oia de cuando en cuando la voz de Aguilar i de otros gefes animando á sus tropas, las que reducidas á un extremo de desesperacion por tanta pérdida, no tenian mas deseos que de llegar á la cima para desfogar sobre sus enemigos su sangrienta saña: el aspecto terrible de esta misma lucha redoblaba la fuerza de los bizarros soldados de Aguilar, quienes poseidos de la mayor fiereza, iban trepando por toda clase de obstáculos sin hacer caso de los gritos i lamentos de los moribundos, i sin acordarse de que á cada paso tenia cada uno de ellos abierto su sepulcro. Toda su confianza estribaba en que algunos de ellos subieran finalmente á la cúspide, i vengasen completamente los manes de tanto valiente.

No pudieron los moros considerar tan furiosa constancia i entusiasmo sin el mayor pasmo i estrañeza; pero el Feri que veia lo que pasaba en el alma de sus soldados, tomó las mas eficaces medidas para evitar las consecuencias que

podían sobrevenir si dejaba que llegasen á quedar sobrecogidos con tanto ardimiento de parte de los cristianos. Conociendo que el mejor medio de mantener la ira i ardor de los combatientes, era el de emplearlos activamente, mandó que una considerable porcion de ellos bajase á encontrar al enemigo en la misma cuesta. Fue obedecida esta orden con la mayor alegría, i los moros se arrojaron impetuosamente á la carga. Aguilar, que advirtió le habia de ser mui favorable este movimiento que ofrecia á sus tropas los medios de sacar partido de su superioridad, se dirigió á recibirlos con doble energía llevando don Pedro la vanguardia con una columna escogida.

El jóven guerrero continuó ganando terreno; los moros se retiraron; i los españoles, que consideraban este primer suceso como precursor de la victoria, se adelantaron atrevidamente sin hacer el menor aprecio de miles de tiros que les eran dirigidos por todas partes: nuevas fuerzas ocupaban pronta-

mente los puestos que eran abandonados por los que habian debido sucumbir al irresistible esfuerzo de los cristianos, mientras que estos infelices no tenian otros reemplazos sino los de un indómito valor que los habia sacado victoriosos de tantas batallas.

A pesar, pues, de su inferioridad numérica seguian adelante sin poder deshacer las filas contrarias que disputaban á palmos el terreno. En medio de sus brillantes proezas, cayó don Pedro al suelo por el fiero golpe de una piedra: se echó de menos mui pronto la falta de este denodado gefe; mas Alonso de Aguilar cargando entonces con redoblado ímpetu, obligó finalmente á los rebeldes á abandonar sus líneas avanzadas, i á retirarse al centro. Los españoles hicieron alto por breves instantes para reunir sus fuerzas que habian quedado en esqueleto de resultas de tanto quebranto recibido: i aunque reducidos á un corto número, volvieron á avanzar mui pronto en silencio i sin temor. El atrevido general no dejó sin embargo de concebir las mas serias apreasio-

nes por esta inesperada conducta de los moros, porque temia que estuviesen tratando de renovar el sistema de defensa que le habia sido tan fatal al primer impulso. Sus sospechas eran demasiado fundadas, pues que de alli á pocos instantes se oyó otro aciago ruido, i se vieron bajar desde el monte tremendas moles que todo lo arrasaban.

Para que esta lucha desigual fuera todavía mas horrorosa, empezaron á caer algunas gotas de agua que anunciaban la tempestad que se estaba preparando en el oscuro seno de las hinchadas nubes; los furiosos silvidos del viento mezclaban su triste sonido con la grande algazara de los moros, i con los agudos lamentos de las víctimas; descargaron finalmente las nubes con la mas horrible furia torrentes de agua que corrieron muy pronto por las aberturas i cañadas de la montaña, en tanto que se veia iluminado el firmamento por los vivos i no interrumpidos relámpagos seguidos por la terrible esplosion de los truenos. Don Alonso contempló con sereni-

dad esta formidable lucha de los elementos: redobló su energía para animar á su gente, sin que la furia de la tempestad que se iba aumentando por momentos, detuviese su marcha. Ya se hallaba la nube encima de su cabeza, i el fuego eléctrico se desenvolvía en varias formas reflejando su trémula i variada luz; i el recio i prolongado repique de las campanas se oía claramente, aunque desde larga distancia, asemejándose á la aciaga voz del espíritu de destruccion que preside á los furiosos temporales, i que parece se deleita en escenas de muerte; pero los españoles, si bien se conmovian á la vista de los compañeros que rendian el alma al impulso de tantos tropiezos, no se acobardaron sin embargo por el terrible aparato que tenian á la vista: el atributo del noble valor es compadecer á los bravos que sucumben en el campo del honor, pero no retroceder de modo alguno de la carrera de la gloria i del deber.

Los relámpagos se sucedian unos á otros con la mayor rapidéz, i con su triste i opaco

reflejo se veía al esforzado Aguilar i á sus bizarros soldados tanto mas resueltos cuanta era mayor la furia de los elementos. Las cavernas i los ocultos recintos de los montes repetian los espantosos ecos del viento i de los truenos mezclados con la griteria de los combatientes. Aquel cuadro era por cierto terrible, i lo fue todavía mas cuando á la cesacion del ruido de la tempestad principió el que formaban las rocas i peñascos desprendidos desde la altura. Los arroyos estaban ya llenos de agua formando inmensas balsas al rededor de los magullados cuerpos; i todo anunciaba una irremediable destruccion.

Tanta suma de males empezó á desanimar á los cristianos, cuyas fuerzas estaban ya reducidas á la mitad de su número. Don Pedro, el conde de Ureña i otros gefes principales estaban heridos, algunos habian ya muerto; i una horrorosa griteria que salió del ala izquierda, mandada por don Antonio de Leiva, anunció alguna horrorosa catástrofe por aquella parte. El renegado á la cabe-

za de un refuerzo de valientes habia logrado ejecutar una hábil maniobra para cortar la retirada á los cristianos; i aunque éstos habian peleado con el mas decidido empeño habian sido completamente derrotados quedando tendida en el campo la mayor parte de aquella columna. Bermudo sacudia bárbaros golpes sobre sus propios paisanos i desfogaba su diabólica rabia contra muchos inocentes por vengarse de los agravios que habia recibido de uno solo. Pocos pudieron escapar de tan sangrienta refriega, i aun estos pocos hubieron de abrirse paso con desesperado valor por medio de las filas enemigas, llevando en hombros el desangrado cuerpo de su gefe don Antonio de Leiva.

Ya á este tiempo habia cesado el furor de la tempestad, i Alonso de Aguilar, cuya confianza era incomparablemente mayor desde que habia visto la impavidez con que su gente habia resistido á tanta acumulacion de contrastes, iba avanzando atrevidamente, i se hallaba á mitad de la montaña. Los rebeldes

no dejaron de alarmarse al ver los progresos de su formidable competidor, pues aunque la tropa de éste se hallaba considerablemente disminuida, i mui debilitada por tanta fatiga, estaba no obstante para llegar á una meseta en la que podia ser disputada con mayor empeño la victoria, que los moros habian considerado hasta entonces como infalible.

Continuaban arrojando las destructoras masas, si bien éstas no surtian tanto efecto como al principio, pues que la mayor parte de ellas quedaba detenida en su carrera por el tropiezo que hallaba en los troncos de árboles derribados por la tempestad, ó en los charcos que habia formado la lluvia. Abandonaron los moros por lo tanto este sistema de agresion, i descubriendo que la valiente partida de don Alonso de Aguilar era poco numerosa, i que no podia recibir auxilio alguno de las fuerzas que habian quedado al pie de la montaña, determinaron salir con un brillante cuerpo escogido de tropas á oponerse á sus progresos, antes que pu-

diera llegar al pequeño llano ó mesa indicada. Se travó un furioso combate, en el que los cristianos desplegaron los últimos recursos de su fuerza, de modo que los moros no pudieron triunfar de ellos, á pesar de su excesiva superioridad numérica. Animando Aguilar á su gente, continuó peleando con el mayor denuedo, i ganando terreno mientras que los moros asustados se retiraban huyendo de tan desesperado ataque.

Pero el valor mas exaltado no puede sostenerse contra el peso de las heridas i del desfallecimiento; asi, pues, viendo don Alonso, por último, con melancólica resignacion i fortaleza varonil la gran baja de sus soldados, i su estado de abatimiento, llegó á desconfiar de llevar á cabo su atrevida empresa, asi como de hacer una honrosa retirada. El dia que habia principiado ya á esparcir sus primeros rayos de luz le hizo mas patente su miserable estado: vió la mayor parte de su ejército tendido á lo largo del camino, que parecia empedrado con víctimas humanas. Los espa-

ñoles peleaban todavía ; pero sus enemigos le llevaban la gran ventaja de recibir de continuo frescos refuerzos; por lo que llegó á conocer Aguilar no sin el dolor más vivo i penetrante que los moros iban á triunfar de la lealtad i de la bizarría castellana. Hallándose en tan crítica situación , dirigió una mirada de desconsuelo á las tropas que habia dejado al pie del monte , las que no podian de modo alguno asistirle en razon de la gran distancia que las separaba.

Ya los compañeros de don Alonso habian quedado reducidos á un número muy limitado ; mas descubriendo en sus semblantes la noble espresion de un resuelto valor i elevado patriotismo , exclamó con firme voz i con cierta sonrisa de complacencia , mezclada con la amargura propia de la crisis en que se encontraba : «Cristianos , este estandarte debe ser colocado en el punto mas alto de aquellas posiciones ; despues de un breve silencio añadió señalándoles la cúspide que era el objeto de sus ansias , aquel es vuestro se-

»pulcro, avanzad atrevidamente : allí está el
 »último paso de nuestra existencia ; i si algu-
 »no volviese á Granada, dirá á la Reina que
 »Alonso de Aguilar ha cumplido su pro-
 »mesa.»

Fueron eléctricas estas palabras ; brilló
 con doble fuego el aspecto de sus soldados,
 quienes adquirieron mayor vigor con el
 ejemplo de su noble comandante : se renovó
 el ardor de la pelea ; sus golpes fueron lan-
 zados con redoblada energía, i despues de una
 terrible lucha llegaron por fin á dicha cresta.
 Hicieron alto en este punto que era el tér-
 mino de su honrosa carrera, i plantando fir-
 memente en el suelo el estandarte de la cruz
 se situó Alonso de Aguilar junto á una roca,
 detras de la cual se parapetó aquel puñado
 de valientes resueltos á esperar su fatal des-
 tino.

Los moros se arrojaron contra ellos de to-
 das partes con feroz algazara ; pero fueron
 muchos los que sucumbieron antes que pu-
 dieran subyugar á tan denodados guerreros.

Pelearon largo tiempo mano á mano; el heroísmo de los españoles podia prolongarse todavía, pero de ningun modo evitar su propia ruina. Aguilar se vió por fin entre un monton de cadáveres; su armadura estaba quebrada por varias partes i manchada con su sangre que salia á borbollones por los intersticios; viéndose ya en la última agonía cojió con la mano izquierda los restos de una bandera, i apoyado á la misma roca continuaba todavía manejando con la derecha su invencible espada. Cuando ya un enjambre de esta furiosa chusma iba á lanzarse sobre el formidable caudillo español, se hizo adelante una figura gigantesca gritando fuertemente, «rín-dete, cristiano, i hallarás en los moros el respeto que es debido á los valientes como tú.»

¡Rendirme! jamás; jamás me rendiré á á un rebelde. Soi Alonso de Aguilar.

¡Gracias sean dadas al profeta! exclamó el moro; mira, pues, á tu irreconciliable enemigo: yo soi el Feri de Benastepar.

Aguilar vió á este terrible moro con la

fortaleza de un noble corazón, i haciéndose superior á su adversa suerte, aunque cubierto de heridas i casi exánime, silió á su encuentro; i pasmados los moros al ver la serenidad i valentia de estos dos campeones se mantuvieron al rededor de ellos con el mas profundo silencio i estupor.

Travaron ambos el choque mas desesperado; pero conociendo mui pronto Aguilar la falta de sus fuerzas se retiró á su primera posicion detras de la roca, en la que sostuvo el furioso ataque de su contrario. El fresco vigor del Feri debia triunfar necesariamente del desangrado gefe cristiano, rendido al mismo tiempo por la fatiga de muchas horas de batalla: conoció éste que no le quedaba ya mas alternativa que la de morir noblemente; así que cogiendo de nuevo con firmeza la bandera siguió sosteniendo aquel desigual combate.

Su flaqueza iba sin embargo en aumento, i cuando ya conoció que se iba aproximando su fin se hizo por última vez ade-

lante, i con un golpe desesperado para él que reunió todo el resto de su energía trató de destruir á su enemigo; mas este impulso se resintió de la falta de fuerza, pues que el mismo golpe que una hora antes habria hendido por el medio la adarga i la armadura contraria, fue descargado sin hacer la menor mella en el escudo del Feri. Se aprovechó entonces el moro de tan favorable momento, i antes que Aguilar tuviera tiempo de rehacerse, ya la cimitarra de su enemigo le habia hundido el yelmo i se habia introducido por los sesos. Cayó el héroe de aquel siglo; su noble espíritu se desprendió de su cuerpo con un profundo suspiro, i cesó de existir el valiente, el generoso i el invicto don Alonso de Aguilar.

Una confusa algazara i bárbara alegría de parte de los moros anunció aquella catástrofe á los cristianos que habian quedado en el valle.

El Feri permaneció por algun tiempo contemplando silenciosamente á su postrado ene-

migo, no pudiendo menos de venerar i admirar aquel cadáver, que aun en la muerte conservaba la nobleza i dignidad que le habian distinguido durante la vida. Su yelmo habia saltado á alguna distancia en lo mas empeñado de la lucha; así se descubria su negro cabello plateado con la edad, i humedecido con su sangre, que cubria parte de su noble aspecto. Destituído de su altiva divisa, estaba su quebrado escudo en su brazo izquierdo así como los restos de la bandera que habia jurado defender hasta el postrer aliento, i conservaba todavía en su mano derecha aquella espada que habia sido el terror de sus contrarios. Así murió Aguilar i los moros, arrebatados de placer, se reunieron al rededor de su cadáver, conducidos por un instinto de curiosidad para contemplar al rendido guerrero, que habia sido por tanto tiempo el objeto de su espanto.



CAPITULO VI.

Proyecto de Mohabed de atacar á los cristianos en el llano, contrariado abiertamente por el Feri, aunque sin fruto. Disgusto de este último al ver la insubordinacion i barbarie de sus soldados, desplegada sobre el cadáver de Aguilar. Entierro de este ilustre gefe. Descripcion del campo de batalla, irritacion de la Reina Isabel al saber los desastres de sus armas; su energía i teson.

La victoria de los moros fue completa; i como no habian conocido hasta entonces mas que reveses, este brillante é inesperado suceso les dió una elacion estravagante é inmoderada.

Consideraban ya que su independenciam era establecida sólidamente, i les costó mu-

cho trabajo refrenar sus ardientes deseos de precipitarse sobre los enemigos que habian quedado en el valle, i de desolar el pais á modo de desordenadas hordas de bárbaros conquistadores; pero felizmente para ellos reunia el Feri á su gran valor i actividad las raras cualidades de un caudillo prudente i astuto. Previo que el presente triunfo sería mas perjudicial que favorable á su causa si no se sabia usar de él con el debido juicio. No era, pues, un sistema de depredacion el que debia acompañar á esta primera victoria.

Por otra parte el fiero valor de sus secuaces, como que procedia mas bien del deseo de vengar sus agravios que de una verdadera calificación militar, no era el mas á propósito para rechazar las superiores i mejor disciplinadas fuerzas de los cristianos. Ni se llegó el Feri á deslumbrar tanto que atribuyese esclusivamente á su conducta i arrojo el buen éxito de sus armas, que se habia debido principalmente á las ventajas de su posicion, combinadas con una série de circunstancias

afortunadas : esperaba asimismo que la noticia de esta victoria decidiria á muchos de sus indiferentes paisanos á tomar las armas i á refugiarse en esta montaña , que iba á ser la cuna de su naciente libertad. Se propuso por lo tanto conservar i mejorar aquella posicion sin arriesgar otra batalla hasta que se hubiera provisto de medios abundantes para asegurar su feliz resultado. Un movimiento precipitado podia envolver á los moros en dificultades capaces no solo de entorpecer sus negocios , sino aun de malograr los frutos de su primer triunfo : Gomez Arias iba caminando al mismo tiempo con una fuerte division, i podia ser de la mayor imprudencia abandonar el formidable parapeto de la Sierra por ir en busca de un enemigo que era superior á ellos bajo todos aspectos.

El Feri se opuso vigorosamente al designio formado por Mohabed de adelantarse contra los españoles; mas este rabioso musulman, tan lleno de soberbia; como escaso de conocimientos militares, no pudo ser disuadido de su em-

peño, i tan solo se logró que se suspendiera por el espacio de dos dias la ejecucion de su proyecto. Considerando el Feri los malos efectos que habia de producir toda desavenencia entre los principales caudillos, no quiso chocar de frente con Mohabed, esperando que á la suavidad de los medios se rendiria su obstinacion, i en caso contrario tendria á lo menos el tiempo necesario para dar un ataque mas firme i arreglado.

Mientras que el mayor de los guerreros moriscos estaba fraguando los planes de una emancipacion general, sus bárbaros é inhumanos secuaces estaban dando pruebas de su crueldad é insubordinacion: éstos se asemejaban mas á una horda de salvages que á verdaderos patriotas; el desahogo de su privado encono i venganza era el objeto principal de sus esfuerzos, i no los heroicos impulsos de un noble entusiasmo. El Feri, pues, llegó á penetrarse no sin el mayor dolor de que su gente no estaba adherida á los principios que pretendia profesar: él si, que habia tomado

las armas por puro patriotismo sin el menor incitativo de interes personal ó de espíritu vengativo; se lamentaba por lo tanto amargamente de verse constituido en gefe, no de hombres resueltos que aspiran á la independencia, sino de una chusma de descontentos i malvados que merecian mas bien el nombre de rebeldes, que de libertadores. ¡Ah! cuántas veces el lustre de una buena causa queda oscurecido por las privadas pasiones i vicios de sus agentes!

Dirigiéndose dicho gefe á averiguar el origen de un gran tumulto que se oia ácia aquella parte de la montaña, en la que habia muerto el famoso Aguilar, vió el noble cuerpo de su formidable enemigo colocado ignominiosamente sobre una eminencia, al rededor del cual se habían agolpado hombres, mugeres i niños para saciar su vista con tan sangriento espectáculo: aquellos caribes se estaban deleitando en esta infernal escena profiriendo las mas indecentes maldiciones contra el héroe cristiano. Este feróz desahogo de vengana-

za era mas notable todavía de parte de las mugeres: las mugeres que han sido modeladas por la naturaleza para ser mas indulgentes i compasivas con los desgraciados; las mugeres cuando han franqueado una vez las barreras de su natural delicadeza, son mas desafortadas i crueles que los mismos hombres.

Una vieja asquerosa con bárbara hipocresía, se esforzaba en cerrar los ojos del guerrero; otra pisaba la cruz que habia arrancado de su pecho, i otros infieles no bien satisfechos con tantas profanaciones, introducian sus alfanges en el frio cadáver, si bien habia algunos todavía á quienes el grande Aguilar les inspiraba terror aun despues de muerto, i huian de aquel sitio como si hubiese de volver á la vida aquella malograda víctima para vengarse de tantos ultrages. Irritado el Feri hasta el último grado al ver tamaños escesos se arrojó contra aquella impía i pérfida muchedumbre, i la dispersó apostrofándola del modo siguiente.

»Viles! cuán propio es de vuestra cobardia
 »insultar despues de muerto al hombre á
 »quien no os atrevisteis á dar la cara en vi-
 »da! Sí, apagad vuestro valor en ese cuerpo
 »insensible, porque son indignas de emplear-
 »se contra los vivos las armas que no saben
 »respetar á los muertos. ¡Salid de mi pre-
 »sencia, infames! no exalteis mas mi justa
 »cólera.»

La asustada turba se retiró llena de con-
 fusion; pero uno que era mas atrevido que
 los demas, se aventuró á decir: »él era el
 enemigo mortal de los moros, i del Feri de
 Benastepar.

Lo era en vida, replicó con firmeza el
 Feri; pero la muerte reconcilia los mas en-
 carnizados enemigos; la enemistad debe per-
 der toda su fuerza en la fria tumba.

Los moros i los cristianos, contestó agria-
 mente otro, deben ser irreconciliables aun en
 la muerte; el ódio de tales enemigos no puede
 extinguirse ni aun en el hielo del sepulcro.

¡Calla perfido! repitió el Feri arrebatado
 Tomo III.

de la cólera, ó por el poderoso Alah una sola palabra que hables va á recibir por contestacion el golpe de mi cimitarra.

Todos se retiraron entonces con mudo terror, i volviendose el Feri á uno de su comitiva le dijo, tú, Moraz, i algunos de tus bravos compañeros tributareis los ultimos honores al noble don Alonso de Aguilar.

Los moros obedecieron las ordenes de su gefe, i se abrió al momento una sepultura al pie de la roca. No se celebraron las exequias del grande Aguilar con pompa fúnebre, ni con honores militares; ningun sacerdote asistió al oficio de difuntos; ningun amigo se halló presente para llorar una pérdida tan sensible; ningun dependiente agradecido pudo acudir á elevar sus manos al cielo para rogar por su alma; sus enemigos lo pusieron silenciosamente en su humilde huesa, i lo cubrieron de tierra. Aunque ningun mármol se colocó en aquel sitio para indicar el noble polvo que encerraba, vivirá el nombre del guerrero en el corazón de sus paisanos, i será

transmitido á la mas remota posteridad. Empero á falta del acostumbrado esplendor que indica el funeral de algun illustre personage, recibió don Alonso el tributo mas honroso que puede adornar el sepulcro de un militar, i fueron las varoniles i respetuosas lágrimas de su enemigo mortal; porque asi que la tierra cubrió para siempre los restos de Aguilar se humedecieron los ojos del Feri de Benastepar por esceso de sensibilidad ácia un objeto de tanta admiracion.

En el entre tanto los cristianos que se hallaban al pie de la montaña se iban retirando precipitadamente llevándose un gran número de sus heridos, i dejando detras de si un terrible monumento de su bravura i desgracias.

¡Cuán imponente es la calma cuando el calor de la accion ha acabado con la mayor parte de los combatientes! asi sucedió en esta ocasion; cesó el ruido de la contienda; ya no resonaba en el aire el sonido de las trompetas i clarines; ya las montañas no repetian el

eco de los bélicos instrumentos, ya no se oían las voces marciales; todo habia quedado en un profundo silencio, aun el hueco silvido del viento que aumentaba el terror de aquella inanimada escena se habia convertido en un suave i triste murmullo, i contribuia á entristecer el cuadro de muerte que reinaba por todas partes. El risueño aspecto de la naturaleza estaba deformado por los devastadores trabajos del hombre; la rica i lozana yerba que servia de alfombra á los prados no presentaba ya á la vista sino una llanura ensangrentada, i las preciosas flores, emblemas de la inocencia i de la paz, no llevaban en su cáliz el aromático rocío de la mañana, sino que manifestaban en su mismo agostamiento el odio de los seres que las habian pisado.

Era ésta con efecto una vista sumamente horrorosa; no se oía el menor ruido; una extraordinaria tristeza reinaba por aquel campo de muerte; centenares de guerreros se veían tendidos en el silencio del sepulcro; se

observaba aun en sus descoloridas facciones una tinta de los últimos sentimientos de que se habian visto animados; se descubria la última pasion que los habia enardecido; la frente conservaba todavia una indomable fiereza, la vista fija con atrevida resolucion, la mano cerrada fuertemente manifestaba las varias sensaciones, de que se hallaban afectados cuando los sorprendió la ultima hora. Algunos se veian en una postura regular que indicaba haber recibido la muerte de un solo golpe; pero otros manifestaban con la violenta contraccion de sus músculos i con la espresion de sus esfuerzos la lucha que habia precedido á su postracion. La muerte iguala todas las clases: se veian hombres de varias edades i de diversa gerarquia mezclados confusamente; el jóven i el viejo ocupaban indistintamente su lugar, el noble gefe se hallaba al lado de un humilde soldado, solo su trage podia distinguir al uno del otro, i aun este adorno exterior iba á ser mui pronto destrui-

do, i todos iban á quedar amalgamados en el polvo general.

Mas no habia llegado todavia este periodo, i el campo de los frescos cadáveres parecia mas bien un ejército de guerreros dormidos, aunque segun las señales de sangre i el espantoso desórden que habia hecho desaparecer toda imágen de descanso natural, se podia creer que sus almas iban errantes al rededor de los cuerpos que acababan de abandonar; mas ¡ah! el anuncio de la miserable mortalidad iba á hacer desaparecer mui pronto este melancólico encanto. Las aves carnívoras se precipitaban á disputar la herencia de aquella presa que poco antes habia sido el receptáculo de tantas sensaciones i afectos, mientras que mil corazones estaban condenados á llorar la causa que proporcionaba dias de placer á los voraces i asquerosos buitres.

Los derrotados cristianos se retiraban en el entretanto i las noticias de su destruccion

y de la suerte de Aguilar llegaron á la ciudad de Granada con aquella celeridad con que suelen comunicarse los desgraciados sucesos. La heroica Isabel recibió con ellas el mas vivo dolor; aun la victoria, si hubiera debido comprarla con la muerte de don Alonso, la habria considerado como una calamidad; cuanto mas, habiendo sido esta acompañada por la completa ruina de su ejército! Hizo entonces aquella augusta soberana un voto solemne en presencia del Arzobispo su confesor, i de los nobles » de que no usaria ropa alguna de lino, ni dormiria en su cama real hasta que hubiera sido totalmente estinguida aquella pérfida rebelion, i hasta que los agentes de ella hubieran sufrido el condigno castigo. «Dió al momento órdenes premurosas para que todas sus tropas marchasen contra los sublevados, i se reunió mui pronto un ejército numeroso de veteranos i voluntarios.

Al mismo tiempo estaba Leonor manifestando con la mayor viveza el dolor que la afligia por la muerte del grande Alonso; pero

conservando siempre la dignidad propia de su nacimiento. Hallaba sin embargo un generoso consuelo en el ilustre nombre que habia heredado de su padre, cuya gloria era una passion mas fuerte que los mismos sentimientos de la naturaleza. Des eosa la Reina de aliviar su pesar, la ofreció su palacio con la idea de que estando algun tiempo ausente de su propia habitacion no se reproducirian tan vivamente sus penas i amarguras con la vista de objetos que no podian menos de recordarle la gran pérdida que acababa de sufrir.



CAPITULO VII.

Engreimiento de Cañerí por la victoria del Feri. Sus lisonjeros cálculos sobre Teodora. Fuga de ésta, del renegado, Roque i Rufa. Frenética ira de Cañerí. Sus infructuosas diligencias para prenderlos. Llegada de Teodora á Guadix. Peligrosa enfermedad de Monteblanco. Diálogo interesante entre éste i su hija. Jura aquel vengar sus agravios, i se compadece finalmente de las desgracias de esta víctima inocente.

Bermudo el renegado recibió órdenes del Feri, luego despues de la accion de Sierra Bermeja, para volver á Albaurin, en donde halló á Cañerí arrebatado por la mas estravagante é inmoderada alegría. Tan fuera de sí estaba este pequeño déspota desde que supo

la victoria de los moros, i tan ciegamente confiado de que habian de ser felices las consecuencias de cualquiera otra operacion ulterior emprendida por sus sectarios, que perdiendo aquella secreta aversion que siempre habia tenido de esponer su persona á una activa lucha, trataba de ponerse á la cabeza de sus tropas, i de salir al encuentro de los cristianos que se adelantaban rápidamente sobre la posicion que él ocupaba; pero como el renegado trajo diferentes instrucciones del Feri, que ya á esta sazón era considerado de comun consentimiento como el árbitro supremo de la causa morisca, Cañerí debió fortificarse en Alhaurin, i preparar una retirada para Móhabet en caso de que saliese desgraciada la fogosa espedicion que este gefe iba á emprender contra Gomez Arias.

Toda la persuasion del Feri habia sido infructuosa, segun llevamos dicho, i sus consejos habian sido desatendidos por Móhabet, quien totalmente bisoño en el arte de la guerra, pero neciamente engreido con su última

victoria, había descendido de la Sierra Bermeja con una fuerte division á presentar batalla á los españoles. Cañerí observó con sumision las órdenes del Feri, i estaba devotamente dispuesto á quanto aquel gefe exigiera de él, menos á renunciar á la exterior pompa de su dignidad.

En toda edad i pais ha habido i debe haber guerreros de diferentes circunstancias; algunos son designados por la naturaleza para hacer frente á los peligros i para inscribir su nombre en el templo de la inmortalidad; hai otros, cuyas nobles proezas les habilitan para el mismo honor aunque hayan sido ejecutadas de diverso modo; hai todavia una tercera clase de militares que sin ser sanguinarios, ni pertenecer al catálogo de los héroes, llegan sin embargo á brillar en un ramo de servicio mas pacífico, generales de acreditada aptitud militar, de génio extraordinario para formar planes i reglamentos, con claro discernimiento para apreciar las buenas cualidades de los oficiales de Estado mayor i que osten-

tan un porte marcial é imponente gallardia en la corte, en las revistas i paradas. Cañerí, pues, pertenecia á esta última clase: nadie podia disputarle su talento i su brillante representacion en los egercicios militares, i en donde no se requiriese mas que despliegue de pompa i magestad. Se acercó entonces al renegado con toda la afabilidad que podia permitirle su arrogancia, i le dijo: «Alagraf, estos son tiempos felices para los moros »

Con tal que duren, respondió friamente el renegado.

¡Durar! replicó el moro con enfado i sorpresa. ¡Mira! i le señaló sus soldados vestidos i equipados con el esmero que es propio de las revistas; esta gente, no me parece que deslucirá nunca los laureles cogidos por sus compañeros de Sierra Bermeja. Pero tú estás taciturno, Alagraf; ni la victoria, ni los acontecimientos mas prósperos pueden borrar la tristeza que egerce sobre tí un absoluto predominio.

Tú á lo menos, Cañerí, contestó el rene-

gado sardónicamente, estás siempre rebosando de alegría; el amor de tu patria debe ser ciertamente muy grande cuando una ventaja temporal puede producir en tí señales tan extraordinarias de complacencia.

Mi patria i religion son dos objetos muy preciosos para mí; pero mi corazón no está totalmente absorto en el amor de ellos.

Lo creo, respondió Bermudo de un modo significativa; admitirá probablemente alguna division, i al distribuirlo, apuesto que reservas una parte considerable para tí mismo.

Cañerí se rió con afectacion; acercándose entonces al renegado, i tomándole cariñosamente la mano, amigo mio le dijo, «por mucho que me ame á mi mismo, todavía reservo algo para las personas que me quieren bien, i cuando una hermosa dama.....»

¿Qué decís? ¿qué dama es esa?

Oh Alagraf, prosiguió Cañerí sin poder ya contenerse de gozo: soi el mas feliz de los hombres; Teodora, la hermosa Teodora se ha rendido por fin á las dulces persuaciones

del amor, i es á tí, mi buen Alagraf, á quien debo principalmente tan favorable resultado.

Se estremeció el renegado con esta noticia; las palabras de Cañerí habian sido otros tantos puñales afilados contra su pecho. ¿Será posible?; La amable i orgullosa Teodora humillarse á hacer un papel tan despreciable, i quedar por este incidente trastornados todos mis planes! No, no es posible que Teodora mire con ternura al objeto de su ódio mortal. Un cambio tan rápido es demasiado violento i sobrenatural, á menos que su juicio no hubiera sucumbido á sus horribles padecimientos.

Espantosas eran las ideas que se representaban á la turbada i enfurecida imaginacion del renegado, i no podia menos de descubrir los terribles impulsos que agitaban su pecho.

Alagraf, ¿qué significa esa turbacion? me parece que has quedado trastornado.

Sí, contestó el renegado volviendo á se-

renarse; pero puesto que dices que debes á mis buenos oficios tu felicidad, explícame los pormerores de tan extraordinaria conquista.

Si haré, amigo mio, replicó fantásticamente Casserí; la fortuna es mui caprichosa; nunca obra progresivamente ni á medias, sino á bríncos i por entero; i en conformidad con esta regla, ó es el hombre confundido en la miseria, ó favorecido con toda su predileccion. Poco hace que los negocios de mi pátria i de mi corazon, estaban en un grado de desesperacion, ya se han cambiado los frenos, i ahora gozo de un doble triunfo.

¿I qué triunfo es ese? exclamó el renegado.

Es completo.

¿Completo! ¿i cómo?

A lo menos por anticipacion, pues que nada se ha entablado todavía. El triunfo de que se habla ha de venir, pero es indudable. Teodora, que hasta el presente estuvo tan abiertamente decidida contra mí, Teodora, que á mi sola vista se estremecía, Teodora por fin

ine recibe no solo con repugnancia , sino con cariño. Ya mis visitas no escitan en ella disgusto ó temor, ÿ todos los síntomas presagian una pronta i halagüeña terminacion. Luego añadió con un aire de vanidad: «i no lo estraño porque un asunto de esta naturaleza no podia concluir de otro modo.» Teodora es una muger amable , una muger affligida ; pero muger en fin , de la cual no podia esperarse una inalterable tenacidad en su primer propósito. La constancia es un enemigo demasiado terrible para que las mugeres puedan resistirle.

El renegado no contestó á estas presuntuosas espresiones ; una mirada de desprecio, fue la única señal con la que dió á entender el poco caso que hacia de ellas. Conocia la conveniencia de condescender con su loca confianza , i por lo tanto se congratuló con él, aunque con la mas amarga ironía, por su nueva conquista , i se retiró precipitadamente á averiguar las bases sobre que estribaban los lisongeros cálculos del moro.

Este se retiró á su cama, i se entregó á los sueños mas placenteros. Al levantarse á la mañana siguiente, envió á buscar á su confidente el renegado, deseoso de hablarle de sus brillantes planes, i de sus deseos de ver prontamente cumplidas sus quiméricas esperanzas; pero como no viniese Bermudo con la presteza que aquel deseaba, mandó entrar á Malique, i le preguntó donde estaba Alagraf.

¡Alagraf! exclamó Malique atónito; i permaneció asi por algun tiempo como si se hubiera convertido en una estatua. ¡Alagraf!

¡Alagraf! sí, Alagraf, repitió Cañeri con impaciencia. ¿Qué significa esa confusion? Habla: ¿dónde está el renegado?

Señor, se ha marchado, contestó Malique temblando.

¿Que se ha marchado! ¿A dónde? ¿cuándo? ¿con qué motivo? ¿i se ha marchado sin mi conocimiento?

No sé el objeto de su mision, contestó Malique; ni he sabido su marcha hasta esta

madrugada. Como él poseía toda vuestra confianza, creyeron todos que obraba por vuestra dirección; i por lo tanto su salida del pueblo no ha causado sorpresa ni alarma, ni las guardias le opusieron el menor obstáculo,

¡Qué obraba por mi dirección! gritó furiosamente Cañerí; es mentira, yo no le he dado ninguna orden; ha sido este un acto de rebeldía. Ese hombre fue siempre demasiado altivo; corria todavía por sus venas la maldita sangre cristiana cuando su boca pronunció la abjuración de su fe. Renunció á su patria, pero nunca pudo renunciar á sus inclinaciones. Por el poderoso Alah! que ha de ser castigado severamente por esta brecha de disciplina, ó Cañerí no ha de poder nada con los moros. Sí, ha de experimentar las fatales consecuencias de su imprudencia tan pronto como vuelva.

¡Que vuelva el renegado! replicó Malique lleno de ternura; si el no ha obrado en conformidad con vuestras órdenes, temo que nunca vuelva, porque sus compañeros de

fuga indican sobradamente los motivos que la han promovido.

¡Compañeros! exclamó Cañeri con la mayor ansiedad ¿de qué compañeros hablas?

Hablo de la hermosa cautiva i del escudero Roque.

¡Cómo! ¡Teodora se ha ido! ¡i se ha ido con el renegado! ¡infierno! ¡furias! no digas mas, Malique; ¡tiemblen los malvados que le han dejado salir del pueblo, i tiembla tú mismo por tu vida.

La ira de Cañeri no conocia límites apenas vió confirmada la noticia de Malique. Daba patadas en el suelo con la mayor furia, hacia mil extremos de locura, i se arrancaba la barba de coraje; siguiendo luego la via sumaria de distribuir la justicia moruna, hizo degollar en su presencia al cabo de la guardia que habia dejado salir al renegado, i á dos ó tres de sus soldados. El mismo Malique hubiera participado de igual suerte, si el privado interés de su causa, no hubiese contenido su frenética venganza; pero Cañeri

consideraba á Malique como el mas afecto á su persona, i no podia resolverse á perder por un infructuoso desahogo de su cólera á quien mas necesitaba en aquellas circunstancias. Por tal razon fue respetada por el déspota la vida de Malique, del mismo modo que lo ha sido en otras ocasiones la de muchos humildes esclavos, no por los servicios que han prestado sino por consideracion á los que todavía podian prestar.

Pronto, Malique, toma lo mejor de mis tropas, mis caballos mas ligeros, i sal corriendo en persecucion de ese maldito renegado; tráemelo vivo ó muerto, vivo si es posible, i pide la recompensa que quieras, pues que todo te será concedido. Ve, vuela.

En un momento el fiel Malique se puso á la cabeza de una partida de caballería, i salió con la velocidad que inspira la esperanza de la recompensa ó el temor del castigo. Echó á correr en la direccion que se habia dicho habian tomado los fugitivos; pero ya era demasiado tarde: el renegado habia tomado las

necesarias precauciones para asegurar el buen resultado de su empresa. Llevaba la delantera de una noche de viage, i habia ademas cambiado de rumbo por precaucion, luego que se vió fuera de la vista de los moros.

Así, pues, los esfuerzos de Malique fueron tan infructuosos como los extremos de desesperacion del tirano. Despues de haber pasado un dia entero en su inútil persecucion, se vió dicha partida precisada á retirarse huyendo de un cuerpo de cristianos que se avanzaba, i regresó á Alhaurin á presenciar la ira estravagante de Cañerí, que se hallaba alternativamente devorado por la vergüenza, por el malogro de sus ideas, i por toda clase de mortificaciones. Todos los moros con efecto sintieron sobre manera la desaparicion del renegado: algunos de ellos, porque la sola presencia de un hombre tan esforzado les comunicaba aliento i confianza, otros porque temian el despotismo de Cañerí que se habia hecho doblemente terrible con este funesto suceso. Todos, pues, se lamentaban de su fuga, escepto Aboukar, quien oyó

con no menor sorpresa que alegría, que entre los compañeros del fugitivo se hallaba así mismo su esposa Maria Rufa.

Se acercaban á este tiempo los prófugos al pueblo de Guadix, lugar del nacimiento de Teodora; pero con qué agitacion caminaban i cuán diferentes eran sus ideas! mil sensaciones agitaban el pecho de esta desgraciada; el temor, la esperanza i el amor filial disputaban alternativamente su dominio, mientras que en el semblante del renegado no se veia mas que un estéril aislamiento de sensibilidad; solo la venganza estaba marcada con caracteres indelebles. Los dos personajes inferiores estaban así mismo absortos en reflexiones conformes á su carácter i á sus miras. Un descompasado regocijo, cual se disfruta al salir de un estado de temor i de esclavitud, se habia apoderado del ánimo de Roque, mientras que el de Maria Rufa se veia inflamado por una curiosa combinacion de furioso despecho i de forzada devocion; pero por diferentes que fueran los sentimientos de estos viajantes, todos ellos

manifestaron la mayor alegría cuando llegaron á descubrir la ciudad de Guadix, que se presentó á primera vista, envuelta en las sombras de los crepúsculos.

Albrietas, amada señora, exclamó Roque placenteramente, volveis á ver vuestra casa paterna. ¡ Deliciosa palabra que llegó hasta el corazón de Teodora en un curso tumultuoso de halagüeñas aunque penosas sensaciones! Volvia á los lugares de su inocencia i felicidad; pero tambien en ellos se hallaba el teatro de su desgracia i de sus pesares. ¡ Qué agitación no experimentó ella cuando todos aquellos objetos conocidos recordaron á su imaginacion sus antiguos errores! ya llegó á distinguir la mansión de su padre que se levantaba magestuosamente entre las sombras de la próxima noche i aunque á alguna distancia, divisó claramente cuanto podia influir en su sosiego ó inquietud.

Prevalecia el mas profundo silencio en el campo i en la ciudad; tan solo se oía algun voz melodiosa, ó el toque de alguna campana,

ó el ladrido de algun perro; i sonidos todos que convenian perfectamente con el estado de alarma en que se hallaba la trémula Teodora. Volvia á su casa como el infeliz viagero que despues de una ausencia de muchos años en que infinitos objetos han concurrido á sobrecargar su memoria, ve reproducirse las escenas de su infancia con sensaciones confusas pero placenteras. Llegó por fin Teodora, se acercó con ansiedad i temor al lugar donde habia recibido el ser; halló todos los objetos del mismo modo que los habia dejado: la naturaleza habia seguido su curso sin la menor alteracion; los campos se conservaban verdes, i el anchuroso firmamento desplegaba su misma grandeza magestuosa; i con todo se figuraba hallar cierta estrañeza que no podia definir. El cambio no estaba en aquellos lugares, sino en el modo con que ella los consideraba. Guadix i sus jardines, sus alamedas i sus fuentes eran las mismas; mas Teodora habia variado: habia dejado aquellos objetos naturales

con todo el brillo de la juventud i de la belleza, i volvía agoviada por el dolor llevando en sus celestiales facciones la triste imágen de un prematuro decaimiento. Había dejado aquellos sitios con el fiero delirio del amor, i con la deslumbradora idea del mas poderoso afecto, dispensado con profusion i correspondido con entusiasmo, i volvía con un corazón desesperado i abatido cuyas puras fuentes estaban emponzoñadas con los horribles efectos de su pasión, i amargadas por la vergüenza i por el dolor. Los había dejado en la encantadora compañía de un amante apasionado, rebosando de alegría, i entregada á las mas brillantes esperanzas de futura felicidad, i volvía aborrecida, i llena de remordimientos bajo la protección de un apóstata, enemigo encarnizado de su patria. Estas tristes imágenes ofuscaron su ánimo, i acabó de desconcertarla el temor de ser mal recibida por su ofendido padre.

Teodora, como única hija de Monteblanco, había formado todas sus delicias; pero

este mismo amor debia ofrecer dobles obstáculos para la reconciliacion. La ilimitada ternura de su padre no podia menos de contribuir á aumentar las negras tintas del cuadro de crueldad é ingratitud que presentaba esta infeliz.

Con tan lúgubres ideas llegó finalmente al umbral de la puerta paterna. Reinaba en aquel sitio una melancólica calma; las grandes ventanas estaban cerradas; prevalecia un funesto silencio, i al entrar en el zaguan resonó el eco de sus pisadas de un modo triste i alarmante que parecia querer rechazar á las personas que se habian introducido en él. El viejo perro favorito de don Manuel estaba durmiendo en un rincon sin dar la menor muestra de reconocer, i menos de acariciar á Teodora, por mas que ella le llamase dulcemente por su nombre: alzó apenas su cabeza, i fijó maquinalmente sus pesados ojos en su antigua ama; pero ni se levantó á mostrar con sus brincos i fiestas el agrado de su visita, ni se alarmó por la gente desconocida que

venia con ella. Los criados tardaron asimismo en venir á abrir la puerta, i cuando se adelantó finalmente el anciano mayordomo Pedro, llevaba retratados en su semblante profundos rasgos de afliccion: miró por algun tiempo á los extranjeros con cierta inquietud, i asumiendo luego un tono duro i desapacible les preguntó el motivo de su venida.

¡Pedro! dijo Teodora con la mayor emocion, Pedro; no me conoces?

Se estremeció Pedro al sonido de aquella voz, é hizo la señal de la cruz, miró luego atónito, restregó sus entorpecidos ojos, i exclamó con una especie de fiero estupor, „¡Santos cielos! ¿es esto un sueño ó un milagro? Mas bien debe ser una aparicion; ¡mi Señora Teodora aqui!

Si, buen Pedro, contestó tristemente Teodora; no es ilusion; soi en realidad tu señorita; pero veo que te choca mi presencia; ¿qué significa esa confusion? se redobló entonces la turbacion de Teodora, se puso á temblar, i apenas tuvo fuerza para pronun-

ciar la voz de su padre; ¿donde está mi Padre? Pedro dió un profundo suspiro i meneó su cabeza con el mayor desconsuelo; ¡ahi de mi! vuestro padre...

¡Como! habla, replico Teodora llena de horror; ¡ha muerto! ¡di!

No, no ha muerto, respondió el viejo; pero parece que el cielo os envia para cerrarle los ojos, i para presenciar la terminacion de sus dias. ¡Oh! añadió sollozando violentamente, los pesares han agoviado su venerable *(cabeza)* *caja* desde que huyó su hija, ha sido ésta la casa del dolor i de la desolacion.

Teodora se cubrió la cabeza con sus manos; el convencimiento de su culpa vino á atravesar su corazon con mayor fuerza quando vió palpablemente los efectos de su extravio. Roque i María Rufa se afectaron notablemente, i aun las indomables facciones del renegado parece se ablandaron con una vislumbre de compasion.

Ya Teodora no pudo ser contenida por ninguna consideracion; el poderoso influjo de la naturaleza se hizo superior á las sugestio-

nes del temor. Corrió precipitadamente al aposento de su padre, cruzó el espacioso corredor, i llegó al salon que habia sido el sitio de su predileccion. Dirijiendo una triste mirada á todos los objetos que la rodeaban, no pudo menos de lanzar un amargo suspiro cuando observó que se hallaba todo en el mismo estado en que lo habia dejado: sus libros estaban diseminados i sin orden, i su guitarra tirada sobre el sofá, en el que habia cantado un melancólico romance poco antes de salir á verse por la ultima vez con su amante en el jardin. No era ésta mas que una rápida ojeada; pero ¡cuantas i cuan agudas sensaciones produjo! todo hacia ver el desconsuelo i la agitacion de aquella casa abandonada. Llegó por fin Teodora á la habitacion de su padre; la puerta estaba cerrada; pero aplicando el oido percibió distintamente el quejido de un hombre enfermo. Llamó entonces suavemente, abrió una vieja, Teodora se precipitó adelante, i se arrojó á los pies de la cama de Monteblanco.

¡Oh Padre mio! exclamó, i privándole la misma angustia de su alma la facultad de hablar cayó silenciosamente en el suelo; pero la violenta respiracion i los lúgubres sollozos que salian de su pecho indicaban sobradamente el exceso de su dolor.

¿Quién es? preguntó con voz débil el venerable anciano, despertado de su postracion con aquellos sonidos tan tristes i melancólicos.

¡Vuestra hija culpable! ¡la infeliz Teodora! ¡Oh padre mio! tan solo vengo á pedir que me perdoneis, i á morir.

Rendido i exánime cual se hallaba don Manuel, el sonido de la voz de su hija i sus patéticas espresiones dieron algun vigor á sus amortiguadas sensaciones i nuevo impulso á su abatido espíritu.

¡Teodora! hija mia, hija mia! gritó incorporándose en la cama; i como el sombrío reflejo de una opaca luz le hizo ver su pálido semblante se llenó de horror i de admiracion. Reconoció á su Teodora porque los

ojos de un padre no pueden menos de reconocer á un hijo suyo por mas desfigurado que le haya puesto el influjo devastador de la desgracia. Reconoció á su hija ; pero ; cuán cambiado estaba aquel modelo de amabilidad i hermosura ! Tenia hundidos los ojos i apagado su puro i brillante fuego ; de sus lábios habia desaparecido la sonrisa de la inocencia ; i el suave i delicado sonrosado de su rostro se habia convertido en palidez mortal ; mas todavía era Teodora interesante i amable ; todavía la contempló Monteblanco con la tierna pasión de padre. Se hizo superior á la enfermedad que habia confinado su vacilante máquina al lecho del dolor ; i aunque estaba retratada en sus ojos la imágen de la naturaleza desfallecida , los fijó sin embargo intensamente en aquella agostada figura que llevaba la semejanza de su ántes idolatrada hija.

No pudo hablar , ni trató Teodora de romper un silencio tan horroroso , i solemne al mismo tiempo ; mas el dolor que no pudo contener por mas tiempo rompió con impe-

tuosa efusion; cayeron de sus ojos dos raudales de lágrimas, i parecia que su pecho iba á despedazarse con la fuerza de tan tumultuosos sollozos. Se enterneció Monteblanco, sus secos párpados, que estaban ya como insensibles á aquellas pruebas de ternura, se mojaron con las lágrimas del dolor. Lloró mientras que con halagüeñas espresiones procuraba levantar del suelo á su hija, la que se esforzaba sin embargo en conservar su humilde postura.

¡Oh padre mio! exclamó en el esceso de su agonía; vuestra ternura va á matarme mas pronto que la crueldad; soi indigna de tanto cariño; el perdon, solo el perdon es el don melancólico que la miserable, la culpable Teodora implora de su venerable é injuriado padre.

El recuerdo de algun pesado sueño absorvió de repente el sentido del anciano; la debilidad á la que habian sido reducidas por el esceso del mal sus facultades intelectuales i físicas, i el irresistible impulso de una

primera impresion de placer i sorpresa habian desterrado completamente de su ánimo la terrible imágen de su justa indignacion. Vió al principio una hija perdida que volvia á sus brazos, i en aquel momento de agitacion no pensó en la causa de su abandono, ni en el estado en que se encontraba. Todas las razones que podian escitar el resentimiento del agravio fueron sofocadas por las sensaciones mas poderosas del amor paternal; pero cuando fue cesando la primera emocion, i que sonó distintamente en sus oidos la voz de la culpable Teodora se presentaron de repente á la imaginacion de don Manuel las ideas mas destrozadoras i afflictivas.

La fuga de su hija i las desgracias consiguientes á este primer extravío se agolparon á su ánimo con los colores mas horribles; retiró ásperamente la mano que la infeliz Teodora estaba bañando con sus lágrimas, i dijo con un tono de indignacion, ¿has venido á apresurar el término fatal de mi existencia? habla, muger culpable, cuen-

ta tu horrible historia, i cuando hayas apurado el cáliz de la amargura, déjame morir. ¡Oh padre mio! exclamó con una turbacion horrorosa: «soi una hija criminal, indigna del nombre que llevo; sí, merezco vuestra cólera é indignacion; pero ¡oh! no me negueis por piedad vuestro perdon, porque demasiado confundida estoi con el exceso de mi dolor. Si mi delito ha sido grande, no han sido menores los tormentos que han despedazado el corazon de vuestra hija desde el mismo momento en que delinquiró. Explícame esos horrores, gritó el desolado padre con aire frenético; tal vez el conocimiento de ellos podrá partirme el corazon, i dispensarme el único consuelo que puedo esperar; sí, habla, i que las últimas palabras que oiga de mi hija, sean las que me conduzcan á la tumba.

No habéis así, padre mio; sobre mí debe caer tan solo la venganza del cielo ofendido; yo sola debo espiar la culpa, porque el deshonor no debe ir unido con el nombre de Monteblanco. Mas ¡oh padre! vivid

vos, vivid para sostener la dignidad de ese nombre.

Tú lo has afrentado, le interrumpió don Manuel; pero oiré tranquilamente i examinaré todo el peso de tu crimen. Parece que entonces adquirió Monteblanco de repente una ceñuda serenidad, i Teodora, segun se lo fue permitiendo su misma turbacion, refirió con los acentos del mas profundo dolor los pormenores de su trágica historia. Fue en el curso de ella interrumpida repetidas veces por su desconsolado padre: la rabia, la soberbia, la compasion i el resentimiento inflamaban alternativamente su pecho, segun las circunstancias de la espantosa relacion; mas cuando ésta hubo concluido, tomó su carácter un grado de energía que no parecia conciliable con el estado de su aguda enfermedad. La altivez de familia, la impunidad del ultrage, i la idea de su degradacion prevalecieron en su ánimo á todo otro respeto; i sofocando por el momento las voces de la piedad i ternura paternal consideró con igual

aversion al corruptor como á su desgraciada víctima.

Así, pues, en el primer impulso de su ira fijó Monteblanco sus desesperados ojos en Teodora, i con un tono de amargura, capaz de quebrar las fibras de su corazón, gritó imperiosamente, «vete de mi vista para siempre, vete i déjame morir en paz; déjame descender al sepulcro sin el cruel aguijón con que la presencia de una hija ingrata me está atormentando; levántate i vete; i que las flechas con que has atravesado este vacilante pecho, i el deshonor con que has menoscabado mi nombre sean tus compañeras hasta el último momento de tu vida ignominiosa.

¡Oh horror! dijo Teodora estremecida: ¡padre! padre mio! no, no podeis maldecir á vuestra hija desvalida. ¡Oh! mi espiacion ha sido sin límites; la misma justicia del cielo debe estar ya satisfecha, i el corazón de un padre no puede negar el perdón á un ser desgraciado, cuya pena ha sido mui superior á

su culpa. ¡Compadeceos de mí! sed indulgente, no me arrojéis de vuestro seno, yo me iré al instante á sepultar mis padecimientos, i mi vergüenza en el triste recinto de un convento.

Dijo, i la fiereza de su porte, el horrible temblor que conmovió toda su máquina, i la sombra mortal que se esparció sobre sus pálidas mejillas mostraban luminosamente el estrago que tan furiosa agonía habia producido en su pecho. Sus trémulos brazos estaban estendidos i sus delgados i frios dedos levantados en señal de ferviente súplica; su desmelenada cabellera caia desordenadamente sobre la cama de su padre, i todo ofrecia el cuadro mas tierno i patético.

La miró Monteblanco, observó con interés el espantoso retrato de la desesperacion, i cayeron sobre sus manos las abrasadas lágrimas que se desprendian en copiosas corrientes de sus hinchadas fuentes. Las vivas señales de su arrepentimiento, i el exceso de

su afliccion, eran incompatibles con la depravacion. El error i no la maldad habia sido la causa de su culpa, i así don Manuel no pudo permanecer mucho tiempo sin que se sintiese conmovido al ver á su antes tan amada hija, átivéz i consuelo de su declinante edad, reducida al estado mas lastimoso de desconsuelo i miseria. Horrorosa era la lucha que el noble i pundonoroso caballero tenia que sufrir entre los severos dictados de la preocupacion mundana, i los tiernos impulsos de la naturaleza; pero felizmente prevalecieron estos últimos. Se fue ablandando el respetable Monteblanco, i en el éstasis del dolor mezclado con el afecto, cogió á su desconsolada hija en sus trémulos brazos.

Desde este momento pareció haberse aliviado en gran parte del peso de la angustia; se puso á consolar á aquella pobre i abandonada víctima, i su ternura ácia ella fué volviendo gradualmente con mayor fuerza, al paso que ya su pecho ardia con nuevas sen-

saciones. Al contemplar con melancólico placer á su rescatada hija, al considerar con la sonrisa de la tristeza la funesta devastacion producida por la perfidia de un hombre, todas sus ideas se dirigieron forzadamente á la parte mas viva, dando el mismo resentimiento nueva energía á su físico, i un impulso más vigoroso á su ánimo para segundar sus atrevidos proyectos.

La fria i bárbara atrocidad de Gomez Arias habia exaltado su ira hasta el último grado; la memoria del horroroso ultrage que acababa de hacerle era un veneno corrosivo que circulaba per sus venas, i le comunicaba un incorregible deseo de la venganza; la fiebre de la irritacion se hizo superior á la que le tenia postrado en la cama, i le dió una fuerza inesperada para levantarse de ella.

Antes que yo muera, pobre i afligida muchacha, le dijo volviéndose cariñosamente á su hija, he de ver desagraviadas tus ofensas, i ampliamente vengado mi deslucido honor;

éste sagrado deber me une á la vida, i espero fervientemente en Dios que he de ver prolongada mi existencia hasta que lo consiga.

El renegado se hallaba presente, porque tratandose de venganza ¿cómo podia Bermudo dejar de tomar una parte activa en lo que formaba la esencia de su vida? Desconcertada Teodora por la emocion que le habia ocasionado su entrevista con su padre, se retiró á componer su desconcertado espíritu, i en el entre tanto tuvo don Manuel una corta pero terrible esplicacion con dicho renegado, quien en pocas palabras le ofreció su eficaz cooperacion para que tuviesen feliz cumplimiento sus proyectos de venganza.

El abrasado pecho del respetable anciano, aunque no necesitaba de estímulo, recibió sin embargo nuevo combustible de la insinuadora elocuencia de Bermudo. Se convino en que se recurriese pronta i directamente á la reina; mas el estado de la salud de Monteblanco, no le permitia emprender este via-

je con la presteza que habria deseado: el renegado quedó oculto cautelosamente para evitar los riesgos de una curiosidad indagadora hasta que se allanara el único obstáculo, que era la debilidad de dicho Montebanco.



CAPITULO VIII.

Viage de Monteblanco á Granada en compañía de su hija, á pedir justicia contra Gomez Arias. Victoria de este esforzado guerrero sobre Mohabed. Rendicion del pueblo de Alhaurin. Fin desastroso de Cañeri.

La desaparicion de Teodora, de esa hija envidiada, en la que don Manuel de Monteblanco tenia fijos todos sus pensamientos i reconcentrado todo su amor, habia conducido su ánimo al abismo del dolor. Como todos los esfuerzos que hizo para descubrirla, salieron infructuosos, habia empezado ya á reconciliarse con tan fiero golpe; mas era esta la conformidad de la desesperacion; era

aquella clase de resignacion que hace que el hombre llegue á ver con lúgubre i forzada calma la proximidad de la muerte como término feliz de sus padecimientos.

La vieja Marta, de la que Monteblanco podia haber sabido el paradero de su hija, se habia embarcado en Barcelona para Italia; naufragó el barco que la conducia, i se supone que pereció, pues que ya no se supo mas de ella. Don Lope Gomez Arias habia conservado una activa correspondencia con el iluso i desdichado padre, quien léjos de concebir la menor sospecha del verdadero corruptor de Teodora, le consideraba como al hombre de su mayor confianza.

Asi, pues, á medida que se iban enfriando sus relaciones con Gomez Arias, i que fueron menos frecuentes sus cartas, se disminuyeron las esperanzas del venerable anciano hasta que quedó reducido al último estado de la desesperacion. Cayó finalmente postrado en la cama sin esperanza de que pudiera levantarse mas de ella. La muerte es

iba aproximando con lento martirio, i todos sus amigos i dependientes deploraban amargamente las causas que habian contribuido á emponzoñar sus últimos dias. La repentina é inesperada aparicion de Teodora, ocurrida á este tiempo, obró una poderosa revolucion en aquella casa; la salud de don Manuel en vez de sucumbir al peso de tan fuerte impresion, recibió un vigor extraordinario que de ningun modo podia calcularse. La sin igual desvergüenza i crueldad de Gomez Arias fueron la causa de que volviese á la vida aquella moribunda máquina agoviada con el peso de la desgracia; i el deseo de la venganza ejerció la influencia mas poderosa en su ánimo.

Habian pasado tres dias desde la llegada de Teodora cuando ya se creyó don Manuel en estado de emprender su viage para Granada. La distancia era corta, i su misma irritacion no le permitia detenerse mas tiempo sin darle un completo desahogo: el renegado contribuia á escitar su energia contra Gomez Arias.

Al cuarto día estaba todo pronto para la marcha; Teodora se vistió de riguroso luto, i salió de Guadix en compañía de su padre i de sus compañeros de fuga. La presencia de Roque era indispensable, i María Rufa seguía con la piadosa intencion de reconciliarse lo mas pronto posible con la iglesia por mediacion del Arzobispo de Granada.

Mientras que dejamos á nuestros viageros caminar ácia esta ciudad, volveremos á hablar de los moros de Alhaurin, cuyo gefe Cañeri continuaba dominado por todas las furias del averno á causa de la fuga de su cautiva. El chasqueado caudillo gruñía como un fiero mastin dirijiendo á todas partes sus vengativas miradas; i sus dependientes atemorizados con su ferocidad no se atrevían á reprimir el curso de su cólera. No habia uno solo entre estos moros que no despreciase interiormente al déspota, ninguno que no estuviese dotado de mayor valor personal, i sin embargo temblaban todos ellos en su presencia, i se estremecían á la sola vista de un objeto que no

reunía mas elementos para infundir terror sino los que ellos mismos habian querido conferirle.

No cesaron los temores de esta raza rebelde hasta que la proximidad de los cristianos obligó á Cañeri á abandonar sus planes de venganza i despecho, i á dirigir todos sus cuidados acia el peligro comun. Aunque el pueblo de Alhaurin se encontraba bien guarnecido i con abundantes provisiones, no estaba sin embargo su ánimo tranquilo. A cada momento llegaban moros dispersos que pintaban con los mas vivos colores el formidable aparato del ejército español. Estas noticias i los nombres de los bizarros gefes cristianos desalentaron á aquellos mismos hombres que ocho dias antes tenian por indudable su triunfo, i por imposible el deslucimiento de la gloria adquirida en Sierra Bermeja.

Mohabed en el entre tanto habia bajado de dicha montaña con su division desatendiendo completamente los consejos del Feri, quien no pudo persuadirle á que dirigiese mas

tiempo esta precipitada empresa, la que por tal razon no podia menos de ser desastrosa. Los moros, aunque valientes, eran poco espertos en el arte de la guerra; no conocian que para sacar algun partido debian limitar sus operaciones á hostigar á los españoles en pequeñas escaramuzas i de ningun modo á darles la caza en campo abierto.

Mohabed se obstinó en su primer proposito, i esta falta de unidad en los gefes fué un golpe mortal para la causa morisca. El Feri vió con el mas fiero dolor salir á sus compañeros de aquella montaña que les habia servido de fuerte posicion i de seguro asilo, i descender á la llanura á aventurar por un acto de imprudencia los triunfos que habian conseguido.

Mohabed, despreciando todo consejo, tomó el camino de Granada, en cuya direccion se iba adelantando Gomez Arias: mui pronto se divisaron ambos ejércitos, i cuando ya se hallaban inmediatos, prorrumpieron los moros en una griteria i algazara, que fué con-

testada con el acostumbrado grito de guerra, por los cristianos, ansiosos por salvar la menzua de su anterior derrota.

Gomez Arias se llenó de placer al ver el avance de sus enemigos: conocia que iba á presentarsele la mas favorable ocasion de vengar la muerte de Aguilar i de adquirir nuevos laureles para dar una legítima sancion á sus ambiciosos planes. Por otra parte los pérfidos ardides de que habia echado mano para deshacerse de la infeliz Teodora, sus tropezos en el dia de su proyectada boda, i un cierto misterio en que estaba envuelto aquel negocio habian llegado á menoscabar su carácter, de modo que no tenia mas arbitrio que el de señalarse con alguna brillante proeza militar para desvanecer completamente estas oscuras sombras. La esperanza de la victoria, el deseo de enmendar los últimos reveses de las armas españolas, i los impulsos de la ambicion llegaron á exaltar su ánimo de un modo inconcebible: sus soldados deseaban asi mismo distinguirse, i todos esperaban

el momento de la acción con la más lisonjera perspectiva.

Gomez Arias eligió una ventajosa posición cerca de Riogordo, en la que se decidió á recibir el ataque del enemigo. Mohabed, desoso al parecer de anticiparse á los planes de los españoles, se precipitó sobre ellos sin considerar la fatiga i estenuación que habia sufrido su gente durante aquella marcha forzada. Los cristianos por su parte vieron la llegada de los rebeldes como un próximo holocausto dedicado á los manes de los que habian sucumbido en Sierra Bermeja con el esforzado Aguilar. Mandó don Lope á sus soldados que sostuviesen el primer ataque sin moverse, con la idea de aprovecharse él de la confusión suscitada entre los enemigos por el primer rechazo, i de cargarlos repentinamente con la combinada superioridad de disciplina i valor.

El resultado correspondió cumplidamente á sus más ardientes esperanzas. Los moros acometieron con el mayor desorden sin pre-

veer las consecuencias de su falta de organizacion. Los españoles sufrieron el choque con frialdad é intrepidez; cuando su fiero é indómito denuedo llegó á exaltarse por la jactanciosa provocacion de los contrarios, cayeron con todas sus fuerzas sobre las confusas i agrupadas masas.

Se travó un horroroso i sangriento combate. El terror de los moros ocupó el lugar de su primer despliegue de valor; Mohabed hizo todos los esfuerzos imaginables para reunir á sus desconcertadas tropas; mas todo fué en vano. Se apoderó de ellos el desorden i el desaliento, i los cristianos obtuvieron con la mayor facilidad una completa victoria. La mayor parte de los moros quedó muerta en el campo de batalla; mui pocos fueron los que pudieron llevar á contar á sus compañeros tan desastrosa noticia; los demas con su gefe Mohabed cayeron en poder del enemigo.

Este terrible contraste causó la mas horrible consternacion entre los rebeldes de Al-

haurin i de Sierra Bermeja. Pesaroso el Ferri de Benastepar, mas no sorprendido, por el funesto resultado de la imprudencia de Mohabed hubo de desplegar nueva energia para reparar aquella pérdida; pero habiendo quedado mui disminuido el número de sus guerreros se confirmó en su primitiva idea de que solo en Sierra Bermeja podia sostenerse contra las armas cristianas. Era sin embargo tan vigoroso su ánimo, que no se abatió de modo alguno por la citada derrota, así como tampoco se habia ensobrevécido anteriormente con sus triunfos. No sucedió lo mismo á Cañerí: la destrucción de las tropas de Mohabed, descrita con los colores mas espantosos por los que habian podido sustraerse á la muerte con una pronta fuga, le hizo temer por su misma persona; i este temor se aumentó considerablemente al presentarse el Alcaide de los Donceles repentinamente á poner sitio á dicho pueblo de Alhaurin. El desorden i el descontento de los moros cre-

cia por momentos, i se sentia ahora mas que nunca la falta del renegado.

El gefe cristiano envió un parlamento á la plaza intimando á los rebeldes la rendicion i prometiéndoles salvar las vidas si deponian voluntariamente las armas i le entregaban sus caudillos; pero en caso de desechar estas proposiciones conciliatorias les amenazaba que serian todos pasados á cuchillo, i el pueblo reducido á cenizas. Subió de punto con este motivo el disgusto i la insubordinacion de los rebeldes. El conocimiento del peligro, el formidable aspecto del enemigo, i sobre todo la impopularidad de Cañerí hacian que una gran parte de sus tropas desease acceder á las proposiciones del Alcaide.

Se formó mui pronto una poderosa conspiracion con la idea de rendirse: reunidos los descontentos en un cuerpo respetable se dirijieron al palacio, i pidieron con insolencia que se abriesen á los cristianos las puertas de la plaza. Como Cañerí i algunos de sus mas adictos

presumían que iban á ser esceptuados de la amnistia , tenían el mayor empeño en defender su puesto , como el único medio de evitar su fatal destino.

El déspota Cañerí , á quien la vista del peligro habia convertido en vil esclavo , empezó á exhortar á los amotinados con voces lastimosas i de envilecimiento : era con efecto un raro contraste ver aquel mismo hombre que poco antes habia sido el terror de la especie humana trocado en un ser tan dulce i tan blando que dejó atónitos á los mismos moros esclavizados. Empero no hicieron caso de sus amonestaciones : las súplicas de los tiranos en vez de mover á compasion sirven tan solo para aumentar la irritacion contra ellos , pues que se presenta con claridad su pusilaminidad é inquietud , i la mengua de haberse dejado esclavizar por hombres tan despreciables.

A medida que se acababa el término concedido por el Alcaide para la rendicion de la plaza , se aumentaba el alboroto i la insubordinacion : ya no se obedecía á ningun

gefe, i una partida de los mas turbulentos resolvió dar muerte á su principal caudillo para grangearse por este medio la gracia de los cristianos. En su consecuencia rodearon la habitacion de Cañerí con terribles exclamaciones i amenazas, é intimaron insolentemente á los pocos moros que todavia se le conservaban fieles, entregasen aquel déspota villano, ó que incendiarían al momento el palacio.

Cañerí pálido, desencajado i trémulo, se mantenía como un reo convicto en el mismo sitio en que habia acostumbrado ejercer su autoridad despótica, sin saber como disipar su temor, ni que conducta observar en aquellas circunstancias. Era absolutamente imposible la fuga por hallarse el palacio rodeado por los amotinados, i el pueblo circunvalado por los españoles. Al verse en tal apuro dirigió á sus compañeros una mirada deprecatoria; pero se convenció mui pronto, no sin el mas fiero dolor, de que era mui limitado el numero de sus fieles partidarios. Trató de

arengar á la furiosa muchedumbre desde la ventana : pero hubo de retirarse para salvarse de la lluvia de piedras i de otros objetos que dirigieron contra él.

En este estado de suspension i angustia permaneció algun tiempo, durante el cual tuvo el sentimiento de verse abandonar gradualmente por los pocos amigos que le quedaban á medida que se iba acercando el peligro. Todo era tumulto i anarquía, i los gritos que se oían presagiaban á Cañerí la desastrosa suerte que iba á tener mui pronto. A las maldiciones dirigidas contra su persona sucedian las amenazas mas horribles i las feroces risotadas del pueblo desenfrenado que se saboreava ya con su inevitable ruina. Los que habian sido antes sus mas abyectos esclavos, eran los que manifestaban en este momento con mayor empeño su carácter vengativo. Las puertas exteriores habian caido con terrible estruendo al impulso de pesados mazos, i los furiosos amotinados precipitándose con ímpetu atravesaron el palacio

i la galería sin el menor obstáculo, i se dirijieron al aposento de Cañerí.

Este miserable gefe, tan cobarde para recibir la muerte, como para libertarse con su propia mano de la ignominia que le amenazaba, aguardó con el mas fiero estupor la crisis de aquella borrasca. Todos sus dependientes habian huido excepto uno, uno solo, que á pesar de la suerte fatal que le esperaba, permanecía fiel á su lado: era éste Malique, quien sin embargo de no haber recibido gracia alguna de su amo durante su prosperidad, no tuvo fuerzas para abandonarle en la adversidad. Le miró Cañerí, i sin embargo de su desvalida i peligrosa situacion no pudo menos de conmoverse á la vista del leal Malique. Este noble moro estuvo á su lado con el alfange desenvainado i sin dar la menor muestra de terror ó desaliento. Por débil que fuera el apoyo que Cañerí pudiera hallar en un solo hombre, se alentó sin embargo al ver que habia un valiente brazo armado para suplir su cobar-

ña. Mi fiél Malique, exclamó en tono de agonía; no hai esperanza?

Ninguna, replicó Malique triste pero resueltamente; ninguna mas que morir como hombres esforzados; sacad vuestra espada, noble Cañerí, i pereced como conviene á los de vuestra clase. El trémulo caudillo contestó con un lamento, porque ya los moros amotinados habian logrado echar abajo la puerta del aposento, i se introducian en él con furiosa algazara, compitiendo en quien habia de ser el primero que diese el golpe de muerte á aquel miserable tirano. Su misma impaciencia retardó el cumplimiento de sus ardientes deseos, porque como se agolparon todos á un tiempo cayeron unos encima de otros sin poder adalantar un paso.

Este incidente prolongó la suspension de Cañerí entre la vida i la muerte, i el consiguiente tormento de su desdichada suerte. Se adelantaron por fin sus furiosos enemigos reflejando el brillo de sus afilados puñales sobre su vista mortal. Malique se puso delante

de su amo con el resuelto valor de quien va á morir matando.

Malique, gritó el cabecilla de los conspiradores, que era precisamente uno de los que mas habia favorecido Cañerí; envaina tu espada, nada va contigo. Malique no contestó, sino que descargó un fiero golpe con el que quedó tendido el traidor en el suelo: se precipitó entonces desesperadamente entre la turba rebelde, i despues de haber hecho rendir el alma á dos ó tres de los mas furiosos, recibió un golpe cruel, i murió con el valor de un soldado, i con la serenidad de un hombre que desprecia todo peligro en desempeño de sus deberes.

Desesperado Cañerí con el mismo impulso del terror, i conmovido á la vista de Malique que habia caido á sus pies nadando en sangre, asumió un valor furioso, i descargó terribles cuchilladas con tanta firmeza i ferocidad, que le hubieran hecho honor en el campo de batalla; mui pronto sin embargo cayó cubierto de innumerables heridas, su ca-

beza fué al momento separada de su cuerpo, i despues de haberla colocado en una percha, pasó el desordenado populacho al campo de los españoles llevando por delante la sangrienta i feroz insignia de su rendicion.

Todo el pueblo quedó entonces entregado al mas confuso alboroto; hombres i mugeres, viejos i niños corrian por las calles divididos entre el temor i la esperanza, mientras que los discordantes gritos del soldado i la melancólica vista de la procesion que caminaba con el ensangrentado trofeo contribuian á aumentar el desorden.

Habiendo el Alcaide de los Donceles tomado las necesarias precauciones para preservar su gente de los ardidés de toda traicion, entró en el pueblo de Alhaurin entre las aclamaciones de sus antiguos enemigos; los caudillos de los rebeldes habian ya sido aprehendidos; i aprovechándose la desordenada muchedumbre del prometido perdon evacuó mui pronto la plaza, i se dispersó en varias direcciones.

Luego que el Alcaide hubo dejado una suficiente guarnicion para impedir todo alboroto ulterior, tomó el camino de Sierra Bermeja, último i único asilo de los moros, porque los pueblos pequeños en los que soplabá todavía el fuego de la sedicion eran demasiado insignificantes para llamar su atención. Los cristianos sin embargo continuaban su marcha ácia el horroroso sitio por el que el alma del noble Aguilar parecia ir errante esperando su desagravio, i en el que se conservaba con bastantes fuerzas el terrible Feri, el mas valiente de los moros.



CAPITULO IX.

Grandes preparativos para recibir en Granada á los vencedores de Mohabed. Presentacion de Monteblanco i de Teodora á la Reina en presencia de toda la corte. Le promete Isabel que será juzgado el perpetrador de tanto crimen, el corruptor de su hija. Entrada del altivo Gomez Arias en la sala de la Asamblea: lejos de ser recibido con el aplauso debido á un conquistador, le intima la Reina que responda á la acusacion presentada contra él. Se celebra su boda con Teodora. Se le intima que responda á los cargos de traicion contra el Estado. El renegado lo confunde. La Reina resuelve que se le juzgue i que se le castigue con arreglo á las leyes del Reino.

Granada, que habia sido por algun tiempo el sitio del luto i de la tristeza, se entregó

en pocos momentos á una inmoderada alegría. La reciente victoria conseguida por Gomez Arias, i la derrota de Cañeri que habia ocurrido casi al mismo tiempo escitaron las mas placenteras sensaciones en los ánimos de sus habitantes. Consideraban éstos ya como concluida la rebelion, i esperaban con impaciencia la entrada triunfal de las tropas que se iban aproximando rápidamente á la ciudad. La corte estaba reunida, i la heroica Isabel rodeada por los principales personajes de España, aguardaba con toda la pompa de la soberanía la llegada del vencedor, ansiosa por presentarle sus congratulaciones, i por dispensarle señales inequívocas de su Real aprecio.

El gran salon de la Alhambra, en donde los soberanos moros dictaban leyes antiguamente, ofrecia á esta sazón un aspecto mui diverso, aunque no menos magnífico.

El brillo deslumbrador de las armaduras, i la suntuosidad de los trages juntamente con los ricos atavios de las señoras de la corte for-

maban un cuadro el mas hermoso i animado.

En medio de aquel despliegue de pompa i magnificencia, i cuando menos se esperaba que la alegría de tan ilustre comitiva pudiera ser interrumpida, se oyó un confuso ruido en la estremidad de la sala. Procedia éste de las guardias que estaban empeñadas en negar la entrada á cierta persona, que con voz débil pero penetrante esclamaba sin cesar: ¡justicia! he de hablar á la Reina, ¡justicia! su Alteza no puede negar esta gracia á un noble desdichado.

Se conmovió la Reina al oír que se invocaba su real nombre, i mandó que el suplicante fuera admitido sin dilacion. Apenas se habia dado egecucion á sus órdenes, quando un venerable anciano, vestido de negro, i llevando en su semblante profundas marcas del dolor, se adelantó lenta i decorosamente ácia el trono. Llevaba del brazo, ó mas bien era conducido por una jóven, vestida tambien de luto, i cubierta con un velo que llegaba hasta el suelo, ocultando de este modo

á la curiosidad de los espectadores su belleza i sus pesares. Detras de estos iban otras dos personas, una de las cuales era un hombre membrudo, i bien fornido, con trage morisco, i la otra un individuo de aspecto mezquino con todas las señales de pertenecer á la clase inferior.

Prevalció un solemne silencio, i todos parecian ansiosos por saber la causa de esta extraordinaria apelacion; mas cuando el extranjero llegó á las gradas del trono fue reconocido al momento por la Reina i por varios de sus cortesanos, quienes no pudieron disimular su admiracion de verle en aquel lugar i con tan misteriosos preámbulos. ¡Monteblanco! pronunciaron muchos de ellos á la vez involuntariamente.

Sí, replicó éste, arrodillándose con su hija á los pies de Isabel; el infeliz Monteblanco viene humildemente á pedir justicia á su Soberana. Antes que su cabello blanco baje al sepulcro con desdoro, reune sus débiles fuerzas para pedir justicia contra un hombre

de gran poder , i para interesar en su favor á todo caballero sensible i generoso. Perdonadme , escelsa Reina , perdonadme si vengo en un dia de gloria i de júbilo á turbar con la relacion de un calamitoso suceso la alegria que reina por todas partes ; pero mirad el retrato de un padre agoviado con la edad , herido é insultado en la parte mas sensible de su afecto , una noble familia deshonorada , el único bástago de esta familia reducido al último estado de deshonor i vergüenza. Tal pintura bien puede fijar la atencion de los que se precian de justos , distrayéndola por un momento de objetos de un interés deslumbrador. Merezco disculpa si me he entrometido á referir mis desgracias á mi Reina , á mi generosa Soberana , que es la única de quien espero el competente desagravio.

No lo implorarás en vano , contestó la Reina ; todos los tiempos son sagrados para la solemne invocacion de la justicia , i en la corte de Isabel todo debe ser pospuesto á tan poderosa consideracion. Monteblanco , habla

con confianza, esplicame todas tus penas, i ten por cierto que nada en este mundo hará que la Reina se desvie un solo paso de la sagrada senda de la lei.

¡Invicta Soberana, exclamó Monteblanco, esa esperanza ha sido el único estímulo que me ha hecho prolongar mi miserable existencia. He sido injuriado atrozmente, injuriado en lo mas sensible como noble i como español. Los títbres de mi familia, ganados por una larga série de ilustres ascendientes, han sido manchados villanamente por uno que se llama noble i español; pero que es indigno de uno i otro título. Para interesar á vuestra Alteza á favor de mi ultrajada casa, no me parece que sea necesario enumerar los servicios prestados por los Monteb Blancos; sin embargo, como está para extinguirse el lustre de su nombre, podrá ser permitido al último i vacilante ramo de ese noble árbol hablar todavia por la última vez de los que por desgracia ya no existen. ¡Oh Isabel! tuve cinco hijos; dignos todos ellos del nombre que llevaban: pelea-

ron bizarramente contra los moros, i perecieron gloriosamente sobre las murallas de esta ciudad defendiendo la sagrada causa de su religion i de sus Soberanos; quedé en la mayor desolacion con este único, débil, pero amado apoyo de mi declinante edad.

Dirijiendo entonces una mirada lastimosa á Teodora continuó: «la muerte de mis hijos arrancó lágrimas de mis ojos; pero á lo menos estas lágrimas no estaban mezcladas con la amargura del deshonor. Recordaba yo con altivez que dichos mis hijos habian muerto por su patria; pero ¡Oh cielos! ¿podia recelar que mi primera gloria, por la que he andado siempre tan solícito, habia de menosearse en la persona de mi desdichada hija? ¿podia esperar que llegase un dia en que fuera para mí un objeto de dolor la noble suerte que cupo á aquellos? Estoi pues reducido á envidiar á mi patria esas vidas que podrian ahora servir para vengar el honor de mi familia. Mi hija, que debió á la naturaleza inocencia, belleza, suavidad i ternura,

era el único consuelo de mis avanzados años; pues de éste mi único bien he sido privado, con perfidia i crueldad.

Un mal caballero, honrado infinitamente mas de lo que merece, i engreido con su poder é influencia codició á esta mi desgraciada hija, la que fué seducida i arrebatada de su casa paterna. ¡Oh cielos! que Monteblanco se vea reducido á confesar publicamente su vergüenza! Si, fué arrancada seductoramente de los cariñosos brazos de su padre bajo las mas sagradas promesas; i violando luego su comprometido honor la desechó el malvado condenándola á la infamia. Era preciso que el ejemplo mas atroz de barbarie sellase la vileza de su conducta: la desvalida víctima fué abandonada durante el sueño en el recinto mas áspero de las Alpujaras; cayó en poder de los moros de los que experimentó todo el martirio que podia esperarse en su miserable situacion. La casualidad la puso de nuevo en contacto con su corruptor, quien con las promesas mas insidiosas de fal-

so arrepentimiento la sacó de la casa de su protector para que sus ambiciosos planes no pudieran recibir el menor tropiezo: volvió á entregarla á los moros rebeldes que se hallaban proscritos, i con los que este hombre criminal no tuvo reparo de entrar en comunicacion, infringiendo abiertamente el decreto de vuestra Alteza, solemnemente promulgado por dos veces.

Aqui se paró Monteblanco, i se oyó por toda la asamblea un murmullo de indignacion. Tal ejemplo de depravacion, continuó el anciano os pasma; pues vuestra admiracion va á aumentarse cuando sepais que el hombre que tan inicuaamente añadió la traicion á sus delitos, pertenece al rango mas elevado, tiene gran reputacion militar, i es honrado con el favor de su soberana.

Estas circunstancias, interpuso la Reina, hacen su conducta doblemente criminal. Monteblanco, tú quedarás desagraviado; que se pruebe bien el delito, i entonces, aunque el reo fuera el primer hombre del reino i el

sosten de mi trono, añadió levantándose enfurecida, aunque fuera de mi misma sangre, nadie habrá que pueda libertarle del rigor de las leyes. Al pronunciar estas palabras se esparció por su frente una nube de indignación, i sus ojos manifestaron el fuego de la insultada magestad en el acto de dirigirlos con altivez á los nobles i guerreros que la rodeaban.

Se siguió un rato de silencio, i los espléndidos caballeros que se habian reunido para celebrar una victoria, se miraron unos á otros con terror i desconfianza, esperando que alguno de sus amigos ó parientes fuera el reo delatado por Monteblanco.

Pronuncia el nombre del traidor, dijo en voz alta la Reina; i si no estuviese aqui, se le hará venir al momento para que responda á estos cargos.

Su nombre es poderoso, replicó Monteblanco.

No lo será tanto como mi voluntad, contestó noblemente Isabel.

A esta misma sazon los estrepitosos aplau-

sos del pueblo anunciaron la entrada triunfal del victorioso español, i el nombre de Gomez Arias era repetido por miles de voces en la entusiástica efusion de la agradecida muchedumbre.

¿Cual es su nombre? preguntó impacientemente la Reina.

¡Viva! ¡viva Gomez Arias! resonó otra vez en los oídos de la corte, i Monteblanco esclamó con amargo énfasis, oid, oid su nombre, honrado con los encomios del triunfo; oid el nombre del que ha sido la causa de mi desgracia i deshonor, i que está ahora recibiendo la gloriosa recompensa de sus heroicas proezas; ¡que lástima que mi brazo esté vacilante! ¡dónde está la fuerza de mi juventud? ¡i dónde están mis hijos para vengar tanto ultraje?

¡Gomez Arias! esclamaron la Reina i los cortesanos con un grito simultáneo de admiracion; ¡Gomez Arias!

¡El es! contestó Monteblanco con firmeza é indignacion.

Un profundo silencio fué el primer efecto que produjo el descubrimiento de aquel misterioso suceso, i se notó en el aspecto de la Reina la mas viva i penosa emocion: conocia que en la persona de un triunfante conquistador iba á recibir á un criminal, i que la recompensa debida á sus servicios no podia libertarle del castigo en que habia incurrido por su delito. Los cortesanos que rodeaban á la Reina se quedaron mirándola con el mayor pasmo i estupor: conocian bien la rígida imparcialidad que habia distinguido su reinado, i que la mediacion de las personas mas influyentes no podria detener el curso de la justicia.

Gomez Arias entraba á este tiempo en el salon con todo el engreimiento de la victoria, acompañado por sus principales oficiales, i precedido por Mohabed i demas caudillos cautivos. Se adelantaba ácia el trono con las mas halagüeñas esperanzas, cuando se paró de repente quedando atónito al divisar el grupo que se hallaba al lado de la Reina; una

palidez mortal ocupó sucesivamente el lugar que iban dejando en su semblante las mas animadas tintas del regocijo. No pudo disimular su confusion, con lo que se aumentaron las sospechas de los circunstantes. Levantó sin embargo sus ojos ácia su Soberana; mas nada favorable pudo presagiar de su torvo ceño.

El convencimiento de su culpa acobardó completamente su ánimo, sin que de nada pudiera servirle en esta ocasion todo su artificio i disimulo: su alegre comitiva se sorprendió de ver tan repentina é inesperada consternacion, i cesaron en el acto los acantos del placer i del triunfo. Todos, pues, quedaron sumidos en el mas fiero pasmo i en la mas inquieta suspension: procuró finalmente Gomez Arias ocultar su agitacion, i revistiéndose de atrevida serenidad i franqueza, que se avenia mui mal con el verdadero estado de su corazon, dijo: »Eseelsa Isabel, aqui teneis á vuestros Reales pies al rebelde Mchabed; aceptad las bumildes congratulaciones i la mas perfecta adhesion de vuestro fiel vasallo».

Don Lope Gomez Arias, contestó la Reina con dignidad i firmeza: «antes que yo pueda recibir tus congratulaciones, i recompensar tus servicios; antes que pueda considerarte con la distincion debida al glorioso carácter de un soldado victorioso, debes justificarte de ciertas acusaciones que ha presentado hoi contra tí el noble i respetable individuo que se halla delante del trono. Contesta á esos sérios cargos antes de reclamar título alguno á mi gratitud i aprecio, porque todo el esplendor de la victoria no podrá servir de velo para encubrir al verdadero delincuente. Acércate i contempla á esas personas, á quienes has ultrajado; considera el estado á que has reducido á una noble familia, i espon lo que te se ocurra en tu justificacion.»

Don Lope dirigió una mirada ácia aquel grupo; pero cuando divisó á su escudero Roque, cuya presencia le privaba del único medio que se le ofrecia para una nueva prevaricacion, le abandonó la esperanza, i no

supo ya sacar ningun partido de su presencia de ánimo que le habia libertado tantas veces de los mayores apuros. Conoció que iba á ser tan inútil como peligrosa toda tentativa de disculpa; continuó por lo tanto en mudo silencio como un reo convicto. Poco á poco, sin embargo, se fue animando su semblante como si le hubiera inspirado de repente algun rayo vivificador. Conociendo la necesidad imperiosa de tomar alguna resolucion, fue adquiriendo serenidad i compostura; pero en medio de estos esfuerzos salió de su pecho un profundo suspiro, que era el último testimonio del sentimiento que anunciaba el malogro de sus ambiciosos planes. Ya no vió alternativa alguna; debia abandonar toda idea sobre Leonor, é ir preparando su ánimo para recibir sumisamente las órdenes que eran de esperar de parte de la Reina justiciera.

Gomez Arias, dijo Isabel pasado algun tiempo; ese silencio demuestra evidentemente la conviccion de tu culpa; ha sido man-

cillado el honor de una noble familia ; resta pues , que lo repares por todos los medios que esten en tu poder , i esto debe ser en el acto ; ni dejaré yo este sitio , ni tu saldrás de mi presencia hasta que vuelvas el honor , i felicidad que has quitado á esa víctima de tu fiereza i crueldad.

Oyó Gomez Arias estas palabras con aparente respeto i humildad : malogradas completamente sus primeras esperanzas deseaba todavia conservar el favor de la Reina , lo que no podia efectuarse sino conjuraba la tempestad que su conducta habia suscitado. Asumió , por lo tanto , todas las apariencias del arrepentimiento sin ningun resabio de temor ó de envilecimiento , i arrojándose á los pies del trono , dijo , »no sería digno de Gomez Arias oponerse en ningun caso á la voluntad de su Soberana , mucho menos en una ocasion en que su honor le induce á seguir sus dictados.»

Lástima es , contestó Isabel irónicamente , que esta consideracion no te haya he-

cho adoptar antes tan justo partido , pues que se habrian ahorrado infinitos males; mas ya éstos están hechos , i deben por lo tanto remediarse instantáneamente. En este mismo momento vas á dar tu mano i fe á Teodora de Monteblanco ; no dudo que conocerás la justicia de tal providencia ; i quiero por lo tanto que se celebre en mi presencia esta ceremonia.

Fue llamado al momento uno de los capellanes de la Reina , i la desgraciada Teodora quedó hecha esposa de Gomez Arias delante de la corte reunida , que con sus miradas hacía ver la admiracion que le causaba tan extraordinario suceso. Teodora trémula i sostenida por su padre se adelantó á los pies del trono. Don Lope se acercó á ella , no con síntomas de desafecto sino con aparente ternura i cariño , cuya sinceridad , sin embargo , era mui dudosa ; ni podia de modo alguno inspirar confianza una conversion efectuada con tanta rapidez. La misma Teodora , por obcecada que estuviese en su pasion , no po-

dia recibir con tranquilidad los especiosos obsequios de su esposo; pero la idea de restituir la paz del ánimo á su padre, i el honor á sí misma, se hizo superior á toda otra consideracion. Entre las lágrimas que humedecian sus ojos, i entre los rasgos del dolor que estaban retratados en su aspecto se descubrian todavia algunas señales de contento, del mismo modo que se divisan los risueños rayos del sol por entre las densas nubes.

Recibió, pues, la mano de Gomez Arias, con una sensacion mezclada de placer i de temor: este último se aumentó con la frialdad de su tacto que le comunicó un inesplicable estremecimiento.

Luego que hubo concluido aquella ceremonia se levantó la Reina, i con un aire firme é imponente que llenó de terror á los circunstantes, dijo, »don Lope, ya has reparado en cuanto ha sido posible la afrenta hecha á la hija de Monteblanco; ahora debes responder á tu Reina por la traicion contra el Estado.

Quedó aterrado Gomez Arias, no tanto por el remordimiento de su culpa como por el modo severo con que se le hacia tan inesperado cargo. Sin embargo, luego que volvió de su sorpresa exclamó con altanera indignacion. » ¡Cómo! Gomez Arias acusado de traicion cuando viene á ofrecer las pruebas mas irrefragables de su adhesion i fidelidad? ¿donde, donde está el maldado que se atreve á arrojar tan asquerosa mancha sobre el nombre de Gomez Arias? ¿donde está? que se presente para que pueda yo confundirle i castigar su insolencia; mirando luego al rededor de sí con arrogancia, añadió, ¿quién se atreve á acusarme de traicion?

Yo, prorrumpió cierta voz; i al momento el renegado, que habia permanecido hasta entonces oculto, se hizo adelante con osadía, i fijando fieramente sus ojos en Gomez Arias, «yo, le repitió, os acuso de traicion á la faz de España, i lo probaré.»

Gomez Arias se desconcertó á su vista; su repentina é inesperada aparicion le tras-

tornó de tal modo, que no pudo contenerse, i exclamó con voz vacilante i confusa, « cómo? el moro aquí! »

¡El moro! repitió la Reina; luego conoces al moro.

He visto antes á ese miserable, contestó Gomez Arias: ¿pero cómo se atreve á acriminarme tan atrozmente? Dirigió entonces una mirada de diabólica furia contra el renegado, i éste le correspondió con una amarga sonrisa.

Hombre altivo, exclamó, vuestra rabia no me asusta; la humildad os estaria mejor que la arrogancia; no sois hombre para intimidarme, i os va á ser bien difícil contradecir la veracidad de mi aserto. Reina de España, gritó entonces en un tono de fria intrepidez, i vosotros, nobles de Granada, ved en mí uno de los rebeldes que han depuesto las armas i aceptado la amnistía. Un vivo deseo de quitar la máscara á ese hombre sobervio me ha hecho abandonar mis compañeros, i presentarme dentro de las mu-

rallas de esta ciudad cristiana. Pronto se descubrirán las causas que me impelen á obrar contra don Lope; pero establézcase primeramente su culpa; su convencimiento i castigo deben seguir necesariamente, si es verdad que la corte de Isabel puede gloriarse de aquella imparcial justicia que tiene tan acreditada por todo el mundo.

Fueron pronunciadas estas palabras con tal firmeza i desembarazo, que los amigos de Gomez Arias empezaron á mirarle con lástima i terror: éste sin embargo dirigió al redor de sí una mirada de despecho, i perseveró en un profundo silencio sin hacer el menor esfuerzo para contradecir á su acusador.

¿Qué respondes á ese cargo? preguntó la Reina extrañando su silencio.

¿Qué respondo! replicó don Lope con estrema indignacion, «nada. Gomez Arias no se dignará responder á las acusaciones de un vil rebelde, ni ofrecerá á su Reina, ni á sus compañeros de armas la satisfaccion de ver el

bien acreditado carácter de un noble cristiano puesto en competencia con los infames.

Aunque la Reina se ofendió por la arrogancia é insolencia que encerraban estas palabras, reprimió sin embargo su orgullo. No, don Lope, le dijo, tu Reina es agradecida; mas ejerce en ella mayor imperio la justicia. Te se acusa de traicion; pero la sola deposicion de ese moro no será suficiente para condenar á uno de los primeros caballeros de España. Antes que se pronuncie la sentencia se han de presentar pruebas evidentes é irrefragables del crimen que se alega.

¡Pruebas! exclamó el renegado con una risa sardónica; es mui justo i razonable, ¿i quién sería el loco presumido que se atreviese á acusar á Gomez Arias sin pruebas? En primer lugar la Reina no pondrá en duda la fuerza de ésta, i sacando una sortija de su dedo i acercándose al trono, añadió: «vuestra Alteza no puede haber olvidado esta prenda de su soberana consideracion ácia Gomez

Arias, aunque parece que ese caballero se ha olvidado enteramente del don cuando zahiere vuestra gratitud.

Un gozo ominoso animó el aspecto del renegado al pronunciar estas palabras que hacían traslucir la satisfacción de su triunfo infernal.

La Reina se estremeció involuntariamente al recibir la sortija, mientras que Gomez Arias permanecía en una muda suspensión, i que una palidez mortal ahuyentaba el fuego de su cólera.

Moro, ¿cómo ha llegado á tus manos esta sortija? preguntó la Reina.

Fue una recompensa por los servicios que presté á don Lope Gomez Arias. Cuando este esforzado caballero quiso desembarazarse de esa señorita, fui yo el agente de tamaña transacion, i le proporcioné asimismo una entrevista con Cañerí.

¡Cañerí! se oyeron varias voces llenas de consternación.

Cañerí, sí, Cañerí, contestó el renegado

sin inmutarse, ¿ Podia el noble Gomez Arias entrar en relaciones con los rebeldes á menos que no fuera con alguno de sus gefes? Yo fuí quien hizo la presentacion de ambos, i por tan importante servicio no debia esperar menos que una sortija de gran valor por sí misma, mas apreciable todavía por haber pertenecido á un personage tan ilustre, é infinitamente mas preciosa porque puedo ahora devolverla á su augusto dueño.

La estudiada ironía de esta arenga fue interrumpida al momento por la Reina, diciendo con visibles rasgos de cólera i enfado, «calla, tú has venido aqui á sostener una acusacion, i no á abusar de nuestra paciencia con tales reparos.

Volviéndose en seguida á Gomez Arias, continuó con un tono de severidad i compasion, «don Lope, ¿diste esta sortija al moro?

La di, respondió Gomez Arias tristemente, pero con fiereza.

Un juramento, añadió el renegado, debe ser cosa mui sagrada entre los cristianos. Que

se tome, pues, uno á ese hombre señalando á Roque, quien hacia los posibles esfuerzos por escabullirse al ver el sério giro que tomaba el negocio, i asimismo porque le repugnaba acriminar á su antiguo amo, por el cual conservaba todavia el mayor respeto.

Que se asegure ese hombre, continuó Bermudo, i se verán justificadas mis declaraciones.

Silencio, exclamó de nuevo la Reina sintiendo interiormente la evidencia que iba resultando contra don Lope. Silencio, moro; no necesitamos de tus instrucciones.

Una mezcla de compasión i estupor prevaleció en toda la asamblea. Los principales personajes de la corte se habian reunido para felicitar al vencedor, i tenian que considerarle en su vez como un malvado que habia ultrajado las leyes con el designio de llevar á cabo un detestable crimen. Parecía á algunos imposible un lance tan extraordinario i contradictorio; pero de todo son capaces las pa-

siones cuando no se las sabe contener á tiempo su curso.

La infeliz Teodora se hallaba en un estado que daba compasion. Se veia precisada á presenciar la acusacion de su esposo, á quien ella misma habia reducido á aquel estremado apuro; pero se aumentó doblemente su dolor cuando vió levantarse á la Reina i decir con tono grave i magestuoso á toda su corte, « cristianos, siento amargamente este melancólico suceso que ha emponzoñado el placer del triunfo que nos proponiamos celebrar en este dia: Gobernador de Granada, añadió volviéndose al conde de Tendilla, á tí confio la persona de don Lope Gomez Arias acusado de traicion al Estado. Que esté bien asegurado; pero que se le trate con respeto, i tú don Lope, prepárate á sufrir un juicio que ha de decidir de tu vida.

« ¿Qué ha de decidir de su vida! » exclamó Teodora con horror fijando su vista en la Reina en acto suplicatorio.

Gomez Arias oyó la decision de su Soberana con mas indignacion que temor, i arrebatado de su ponzoñosa cólera dijo volviéndose á sus secuaces: «amigos míos, sed celosos en defender á vuestra pátria, pues ya veis la recompensa i el aliento que os espera en un dia de triunfo.»

Don Lope, replicó la Reina con calor, no atribuyas á tu pátria lo que ha sido efecto de tus incorregibles pasiones é imprudencia, ni llesves tu insolencia hasta el estremo de imaginar ó insinuar que pueda yo jugar bárbaramente con la vida del mas miserable de mis vasallos, mucho menos con gentes de tu clase. Serás juzgado por los grandes, quienes no perdonarán medio alguno para favorecerte, i el decreto de la justicia no será pronunciado hasta que pueda fundarse sobre la irresistible evidencia.

Hizo entonces una señal á la asamblea para que se disolviese, i todos se retiraron sumidos en el mas profundo dolor. Reinaba un mortal silencio al salir de esta reunion, i

en vez de los alborozados ecos del aplauso popular que se habia oido antes, se percibia un sordo murmullo de admiracion i terror.

Como se temia que los amigos de Gomez Arias pudieran intentar alguna violencia, se tomaron las debidas precauciones para que la pública tranquilidad no pudiera alterarse. Mohabed i los demas prisioneros fueron confinados en calabozos, i Monteblanco i su desgraciada hija permanecieron en palacio por invitacion de la Reina hasta que se hubiera decidido la suerte de Gomez Arias.



CAPITULO X.

Gomez Arias condenado á muerte. Malogro de toda tentativa para obtener su perdon.

Desolacion de Teodora , llevada á su colmo cuando vió que la Reina firmaba la sentencia fatal. Serenidad del reo cuando esta le fue notificada. Se rehusa á ver á Teodora; no asi al escudero Roque á quien hace espléndidos regalos.

Llegó el dia fatal de verse la causa , se oyeron los testigos , quedaron plenamente sustanciados los hechos , Gomez Arias resultó convicto de traicion , i condenado á perder la cabeza en un patíbulo. Esta sentencia llenó de horror á los habitantes de Granada. El hombre , que pocos dias antes habia sido el objeto de la general admiracion ; el que volvia vic-

torioso, conducido por las alas de la fortuna, i elevado al último pináculo de la gloria, quedaba ahora despojado de toda su dignidad i esplendor, i condenado á sufrir el martirio de una muerte ignominiosa. Aquel, que por tanto tiempo habia escitado los celos de los grandes, era ahora el objeto de la compasion general.

Aunque Teodora se habia amaestrado en la escuela de la afliccion, i se hallaba perfectamente familiarizada con los quebrantos, sin embargo, cuando supo el resultado de la causa, no conoció límites su dolor. Se consideraba como la primária, aunque inocente causa de la prematura muerte de su marido; olvidó entonces la ingratitud, la crueldad, i la pérfida conducta que habia observado con ella; su viva imaginacion, escitada por la gravedad del peligro, no vió ya mas que sus brillantes cualidades i su desastrado fin; asi es que le amó con mayor entusiasmo cuando le vió en la orilla de su destruccion. No habia llegado á perder todavía la esperanza de salvarle, aun-

que la aciaga voz del dolor que resonaba por todas partes fuera bastante para desvanecer su encantadora ilusion. La sentencia habia sido pronunciada, i solo la Reina podia mitigar su rigor haciendo uso de sus Reales prerrogativas.

Isb A esta única áncora se agarró Teodora con ciega confianza. Isabel era humana, i era muger; es verdad que habia adquirido una gran celebridad por su rígida é inexorable justicia; pero ¿podia enviar al patíbulo á un jóven i bizarro caballero, á quien debia una brillante victoria, sin infringir los sagrados principios de aquella misma justicia? Era muger, i aunque heroína i de elevados pensamientos, se debía presumir que la naturaleza hubiese plantado en su pecho los atributos propios de su sexo. La compasion, la humanidad, la generosidad deberian sofocar la terrible voz del deber, i ella no podria rechazar de su trono á tan nobles é influyentes empeños. Fiaba asi mismo una parte de su triunfo á sus mismas lágrimas, con las que

esperaba ablandar el corazón de la Reina, é impedir que llegase su rigor hasta el extremo de dejar viuda con una palabra á la que con otra habia dado el título de esposa. Tenia tambien confianza en las enérgicas representaciones i súplicas de muchos de sus amigos que pertenecian á las primeras familias del reino, las que debia presumirse que no fueran desatendidas en consideracion á los importantes servicios que acababan de prestar al Estado.

Estas halagüeñas ideas calmaron en algun modo las aprensiones de Teodora, i la indujeron á creer que la seria posible salvar la vida de su marido. ¡ Infeliz muger ! mui pronto vió la falacia de sus cálculos. Se habian hecho ya las mas vigorosas reclamaciones á favor de Gomez Arias; los primeros personajes de Granada se habian interesado fuertemente en su favor; pero todo fue en vano, ni la Reina podia ser tildada de ingratitud i dureza, quando ofrecia poderosas razones para hacer ver á los suplicantes la imposibilidad de com-

placerlos á menos de dar á sus vasallos un ejemplo de censurable parcialidad. Todavía no hacia ocho dias que habian sido ahorcados seis hombres en la plaza de Vivarrambla por la misma causa por la que habia sido condenado don Lope. Con estos melancólicos antecedentes empezaron á decaer aun los mas confiados, i ya la muerte de Gomez Arias fué considerada como una inevitable calamidad.

Oyó Teodora la opinion general con el mas horrible dolor; en vano se echó á los pies de la Reina é imploró su Real clemencia con toda la animada elocuencia del dolor. Isabel la recibió con ternura, pero no la dió la menor esperanza; el ánimo de Teodora se hallaba en el último acceso de la angustia i de la desesperacion; se tiró violentamente por el suelo, i con todos los estrémos de la afliccion pidió ardientemente la vida de su marido, la vida tan solo, aunque fuera luego enviado á un destierro perpetuo para no volverle á ver mas; caian profusamente sus lágrimas; estendia juntas sus manos con el mayor frenesí;

temblaba i daba todas las señales de la desesperacion, presentando en su figura un retrato vivo de la mas fiera desgracia. La Reina la miró con compasion, i quedó pasmada de ver aquel esceso de afliccion en una muger tan ultrajada como Teodora; pero no podia aliviar sus penas sin incurrir en una parcialidad que habia procurado evitar siempre cuidadosamente, i que habia formado el timbre mas orgulloso de su reinado.

Afectada, sin embargo, con tan interesante escena, dijo cariñosamente á Teodora que se levantase, i pronunció con noble dignidad estas memorables palabras: «como muger, »perdonaria una traicion contra el amor; como Reina, no puedo disimular las que se »cometen contra mí corona.» Se dió entonces orden á Teodora de que se retirase, mas no pudo esta infeliz obedecer aquel mandato: se asió fuertementé á los pies del trono figurándose que mientras estuviese á la vista de Isabel, no debia perder las esperanzas. Se la intimó por segunda vez que se retirase, pues

que la Reina deseaba por compasion ácia ella que cesara la terrible lucha en que estaba sumida su sensibilidad ; pero Teodora no penetraba el cariñoso objeto de esta disposicion. Entrando en este momento un ayudante del gobernador, puso un legajo de papeles en las manos de la reina. Pareció que Isabel se habia agitado en el acto de recibir aquellos despachos, i partiendo al mismo tiempo un rayo de tan aciaga luz al ánimo de la hija de Monteblanco, exclamó en su furioso arretrato. ¡Oh por caridad! no firmeis. En nombre del cielo no firmeis todavía; pero era ya demasiado tarde: habia ya sido puesta la rúbrica Real en la sentencia que condenaba á Gomez Arias; i su infeliz esposa cayó al suelo sin sentido.

En tan lamentable estado fue llevada á su padre, quien no pudo ofrecerla el menor consuelo, porque estaba devorado asi mismo por el mas amargo dolor.

Se iba pasando el dia lugubrementemente, i los habitantes de Granada veian con horror el

alto patíbulo que se iba disponiendo en la plaza de Vivarrambla. Todo era luto en aquella ciudad; todos se interesaban, i todos sentían la próxima egecucion, aunque nadie se atreviese á impugnar lo justo de la sentencia en virtud de la cual iba á morir aquel noble reo.

Por particular encargo de la Reina, habia sido tratado Gomez Arias con la mayor deferencia i respeto durante su confinacion en casa del conde de Tendilla; i hasta que fue firmada la sentencia de muerte, estuvo en comunicacion con sus amigos i parientes, de modo que su prision parecia mas bien la corte de un personage influyente, que la mansion de un desgraciado reo á quien sus amigos afligidos fueran á visitar para exhortarle á sufrir la muerte con resignacion. Todos sus compañeros de armas habian estado mui finos i espresivos, i el testimonio de su adhesion le llenaba de la mas orgullosa complacencia. Como era la soberbia la que habia conducido á Gomez Arias á este horroroso paso, recibia

aquella nuevo pábulo con el interés general que se manifestaba á su favor.

No habia perdido don Lope todas sus esperanzas, pues le parecia imposible que la Reina se determinase á sancionar la sentencia. Recordaba con complacencia el elevado aprecio en que habia sido tenido hasta entonces por Isabel, las diferentes muestras de consideracion que habia recibido de su Real mano, las muchas entrevistas i conversaciones familiares con las que habia sido honrado. A estos halagüenos recuerdos se debia añadir la intercesion de tantos i tan poderosos patrocinadores, solícitos todos por interesar la Real clemencia.

Asi, pues, todo conspiraba á esplayar el ánimo del prisionero, i á prolongar una ilusion que iba á disiparse muy pronto, i con demasiada violencia. Estaba conversando sosegadamente con dos ó tres amigos, quando entró el conde de Tendilla acompañado por los oficiales de justicia, i le dijo con tono melancólico. «Don Lope, siento sobre manera

verme precisado á ser el mensajero de funestas noticias; pero la parte de dolor que experimento en tan desagradable deber, se mitiga cuando considero que las comunico á Gomez Arias que abunda en fortaleza i valor para sobrellevar la desgracia.

Proseguid, conde, contestó don Lope con una amarga sonrisa, decidme lo peor, pues me atrevo á asegurar que tendré esa fortaleza que quereis suponerme.

Don Lope, añadió gravemente el conde; vuestra sentencia ha sido confirmada, i debéis prepararos para sufrir la muerte.

¡La muerte! exclamó Gomez Arias sobresaltado; ¡la muerte! pero serenándose de repente, continuó con un tono de indignacion: «conde, debo confesaros que me ha conmovido vuestra intimacion; yo no estaba por cierto preparado para tanto; esperaba á lo mas el destierro i la confiscacion; mas veo que he calculado erróneamente sobre el favor de nuestra Soberana; su generosidad sobrepuja mis mas ardientes esperanzas.

Sin hacer caso, el conde de Tendilla de esta irónica invectiva, continuó: en consideración á vuestros servicios, la Reina quiere concederos cualquiera gracia que le pidais, i os promete cumplirla religiosamente.

Esto i mui agradecido á la Reina, contestó Gomez Arias con amargura; pero á fé mia que debo ya bastante á su Alteza, i no quiero abusar de su indulgencia.

Don Lope, replicó Tendilla con calor, injurias á la Reina: en este mismo momento, está ella sintiendo mas que nadie el haberse visto en la dura precision de firmar vuestra sentencia de muerte. Si hubiese habido algun medio honroso de salvaros, no dudeis que lo hubiera aprovechado; me consta que perderia con gusto el mayor tesoro de su reino por libertaros del suplicio; sí, todo lo sacrificaria por vuestra existencia, todo, menos el deber.

I cuando debe llevarse á efecto esta sentencia? pregunto Gomez Arias.

Mañana, contestó el gobernador; mas si

quereis valeros de su favor, se os concederán dos dias mas de tiempo.

No, replicó altivamente Gomez Arias, sentiria mucho dar ese chasco al público, el cual no dudo está al presente mirando ansiosamente los preparativos del próximo espectáculo: no; que se despache mañana esta ceremonia; yo estoi pronto. Volviéndose entonces al jóven Garcilasó que le habia acompañado en la expedición contra Mohabed: mi buen amigo, tu eres un bizarro soldado que prometes ser hombre insignè; pero ten mucho cuidado en el modo de usar de los favores de las damas; porque cuantos servicios prestes á una Reina no compensarán la menor desatencion que hagas á una muger; i sobre todo sé mui cauto en el manejo de sortijas.

El conde de Tendilla no juzgó oportuno manifestar su resentimiento por estas observaciones, por que la afflictiva situacion de Gomez Arias podia dar un motivo de disculpa

á la imprudente efusion de su cólera. Don Lope, le dijo, debeis perdonarme la desagradable precision en que me constituye mi responsabilidad de poner una guardia dentro de vuestro aposento.

La presencia de los soldados, señor conde, respondió Gomez Arias, nunca me fue desagradable; tendré por el contrario la mayor satisfaccion en ello. Estos contribuirán á dissipar el velo que encubre mi alma trayendo á la memoria mi primera gloria; i adquirirán así mismo nuevo estímulo para servir á su Reina presenciando la animadora recompensa que su Alteza reserva para los que la sirven bien.

Cruzó entonces sus brazos, i empezó á pasearse por el cuarto con afectada indiferencia; pero la pena que sufría interiormente, era superior á las facultades de su elevado espíritu. Nadie puede estar sosegado é indiferente en tales momentos. Seria contrariar la naturaleza; la altivéz i el temor de dar pruebas de debilidad, pueden hacer que se tome una

aparente calma de dignidad; la fiereza ó la insensibilidad, pueden adoptar una insolente conducta ó una lúgubre tranquilidad; pero la verdadera i filosófica igualdad de ánimo existe mas en la teórica, que en la práctica. Gomez Arias sin embargo, no manifestó síntoma alguno de flaqueza, i sus exclamaciones denotaban mas bien su irritacion contra la Reina, que el temor de perder la vida en medio de su brillante carrera. Parecia estar absorto en sus ideas, i el gobernador se preparaba ya á despedirse de él cuando rompió el silencio diciendo: «deteneos, he pensado que seria mas respetuoso aceptar la cariñosa oferta de mi Soberana; haré por lo tanto una súplica.

Decid cuál, i os será concedida.

Que para salir al patíbulo se me permita ir á caballo á la cabeza de mis valientes soldados, i adornado con todos los honores militares.

El conde de Tendilla dió un involuntario estremecimiento con tan estraña demanda,

i miró fijamente á Gomez Arias, en aire de manifestar su recelo, de que esta condescendencia pudiera tener algun resultado peligroso. La petición podia encerrar el secreto de algun acto desesperado, ó tal vez el proyecto de dar el último desahogo á su noble soberbia; el gobernador, sin embargo, se creyó obligado á conceder esta gracia.

Vuestros deseos serán satisfechos, cualesquiera que sean las ideas que os animan, don Lope, para hacer esta súplica; yo i mi guardia os acompañaremos igualmente. Pronunció estas palabras de un modo tan significante, que Gomez Arias debió convencerse de que el gobernador estaba preparado para precaver todo lance que pudiera turbar la tranquilidad pública.

Ahora pues, añadió Tendilla, debo traer una visita, don Lope, una persona que desea vivamente despedirse por la última vez.

¿I quién es ese sér caritativo? porque sinó me engaño, todos mis amigos i parientes han cumplido ya con este deber.

Es vuestra esposa, la amable é infeliz Teodora.

Gomez Arias hizo una señal de impaciente desagrado, i añadió luego con frialdad i desasosiego, restimo mucho su ternura i afecto; pero no puedo consentir en verla; i lo que pido en su vez, i deseo vivamente es que renuncie á una entrevista, á la que ya he dado mi absoluta negativa.

Era cierto que Gomez Arias se habia rehusado tenazmente á ver á su antes idolatrada Teodora, sin que las súplicas i lamentos de esta infeliz muger, fortalecidas por los buenos oficios de sus amigos, hubieran podido conmovertle.

Esta cruel resolución podia proceder del horror que habia de inspirarle la que era causa de su muerte, ó mas bien de un sentimiento de compasion por los tormentos que suponía estaba sufriendo, i que deberian llegar á su colmo con su presencia: de todos modos deseaba evitar una escena que no po-

dia producirle sino terribles i melancólicos recuerdos.

No manifestó igual desagrado en ver á su escudero Roque: este pobre mozo solicitaba ansiosamente la entrada; porque si bien eran débiles los títulos de gratitud que su amo podia pretender de él, sin embargo, penetrado de afliccion i horror, por haber sido, aunque inocentemente, uno de los instrumentos que habian preparado aquella catástrofe, tenia el mas vivo empeño de arrojarse á los pies de Gomez Arias.

Entró temblando el pobre criado, i al ver con la mayor serenidad en medio del aposento la noble figura de don Lope, no pudo contener sus lágrimas, i exclamó lleno de desconsuelo: »; Oh don Lope! ¡mi querido i venerado amo! ¡que hayan llegado las cosas á este extremo! ¡que viva yo para ver sufrir tan severa sentencia al caballero mas esforzado de Granada! i abrazando las rodillas de Gomez Arias, continuó en tono del mas fiero pesar, ¡pobre amo mio! no me levantaré dal

suelo hasta que no me concedais un amplio perdón por la parte que haya podido tener en vuestra muerte. Sabe el cielo con qué repugnancia he obrado, i cuán amargamente me arrepiento de las aciagas circunstancias que me redujeron á tan crítica alternativa.

Levántate, mi buen Roque, dijo Gomez Arias; te perdono, no solo el melancólico apuro á que te has visto reducido, sino tambien todas las demas trasgresiones de que te has hecho culpable en mi servicio, que no son pocas: no obstante, como debo emprender mañana un viaje tan largo, al que supongo no tienes inclinacion de acompañarme...

¡Virgen de las angustias! le interrumpió Roque, ¿cómo podeis hablar con esa frescura de cosas tan horrosas?

Ahora pues, Roque, prosiguió don Lope, debes oirme con atención, es ya tiempo de que liquidemos nuestras cuentas. Ya sabes que soi tu deudor.

¡Valgame Dios! exclamó el criado, señor don Lope ¿para qué pensar ahora en eso?

Esta es la mejor ocasion, porque de otro modo corres mucho riesgo de no ser pagado nunca.

Ni tampoco quiero yo que se me pague, dijo Roque sollozando; pensariais mui bajamente de mí si supusiérais que hubiera venido á veros con tal intencion.

No, Roque, conozco demasiado tu fidelidad, i no trato de ofenderte; pero no debes rehusar el último legado de tu amo: toma esto, le dijo entregándole un gran bolsillo, que el escudero no pudo menos de aceptar. I sacándose una sortija del dedo, recibe, añadió, esta memoria; i como Roque no se atreviese á tomarla, le dijo sonriéndose: tómala, porque ya puedo dar ahora sortijas sin ningun peligro.

Gracias, mi buen amo; pero no teneis alguna prenda que demuestre vuestro afecto i que sirva de último recuerdo para aquella persona?

¡Cómo! contestó Gomez Arias con indiferencia; Teodora no me olvidará nunca, ade-

mas de eso yo no tengo nada que sea digno de ella; dala mis buenos deseos, i pídelas que me perdone con la misma franqueza que yo la perdono.

Al decir esto quiso retirarse; pero Roque se interpuso de nuevo, i con tono lamentable exclamó, » ¡ah don Lope! acordaos de lo que os dije en Guadix; no me han engañado mis vaticinios, pues los veo por desgracia bien cumplidos.

Poco á poco, mi buen Roque, le interrumpió Gomez Arias, poco apoco; tu has venido aqui como un humilde pecador á pedir que te perdonase, i ya vuelves á tus antiguos sermones; deja ese cuidado á las personas que lo ejercen por obligacion, éa pues vete, por que ya me siento mui pesado i no me vendrá mal una hora de sueño.

Al decir esto se despidió tiernamente de su criado, i se retiró á su gabinete, seguido por dos centinelas.

Roque quedó fuera de si, porque si bien habia tenido varias ocasiones para formar un

justo aprecio del caracter i temple de Gomez Arias, no podia sin embargo comprender como un hombre podia en la víspera de su muerte entregarse al sueño con la calma i serenidad que manifestaba su amo.

! Virgen Santa! ¿cuando hombre alguno pensó dormir en tales momentos? Dios le ayude, i le de lo que mas le convenga. Al decir esto se retiró el pobre Roque lleno de admiracion, derramando lágrimas, é implorando el patrocinio de todos los santos para su desgraciado amo.



Y se había perdido toda esperanza; llegó la terrible mañana. Teodora, la infeliz Teodora,

CAPITULO XI.

Horrorosa angustia de Teodora. Su padre la obliga á ir á visitar á don Antonio de Leiva de quien recibe una prenda, á cuya presentacion la Reina no podia negar cualesquiera gracia que se le pidiese. Vuela Teodora con este precioso hallazgo á los pies de Isabel. Salida de Gomez Arias para el patíbulo. Estupor general. Teodora llega con el perdon á tiempo de salvar la vida de su marido. Presentacion de ambos á la Reina. Asesinato de Gomez Arias en el momento de besar los Reales pies. Feroicidad de Bermudo el renegado. Resignacion de Gomez Arias á su fatal destino. Desesperacion de Teodora.

Ya se habia perdido toda esperanza; llegó la terrible mañana. Teodora, la infeliz Teodora,

contra la que parecè que el hado habia agotado toda su ponzoña, despues de una noche la mas inquieta i dolorida, habia dejado su cama i estaba sentada detras de la celosia con sus manos juntas en ademan suplicatorio, i fijando su vista vagamente en los grupos que empezaban á formarse por las calles. Se abrió la puerta, i entró su padre llevando retratada en su semblante toda la fiereza del pesar. Hija mia, la dijo tiernamente, mi querida hija, debes salir de este sitio. Nunca, contéstó la meláncolica Teodora, á menos que no sea para ir al sepulcro. Oh padre mio! prontot habreis de cumplir este triste deber con vuestra hija desvalida.

No hables asi, Teodora; tus palabras son tantos puñales que atraviesan mi corazon; debemos someternos á la voluntad de la providencia, levanta tus llorosos ojos al cielo, i alégrate con la halagüena esperanza de que esta vida miserable nos puede servir de mérito para grangearnos la eternidad de la verdadera dicha. Echate en los brazos de la re-

ligion, i tus males te se harán mas llevaderos.

Si, padre mio, ahora mi único amigo, contestó Teodora en el esceso de su angustia: «consideraré mis desgracias como una justa espiacion de mis ofensas al cielo, i de la ingratitud de que he sido culpable ácia el mejor de los padres.

Dios te bendiga, Teodora, replicó el afectuoso Monteblanco, i te restituya la paz i la tranquilidad; pero ahora debes complacerme, debes venir conmigo.

¿A dónde? ¿yo no puedo, ni quiero salir de Granada hasta que lo vea en el sepulcro; ya soi su muger, i debo cumplir religiosamente con las obligaciones que me incumben como tal; por cruel que haya sido, añadió desconsoladamente, en negarme el permiso de verle vivo, no podrá impedir que le manifieste mi pasion despues de muerto.

Teodora, dijo Monteblanco, no es mi intencion sacarte de Granada; tan solo deseo que me acompañes á ver á nuestro pariente

don Antonio de Leiva, quien varias veces ha solicitado verte, i tú siempre te has opuesto á ello ¿le aborreces acaso?

¡Padre! ¡padre! dijo Teodora con aire de reconvencion i tristeza; ¿á qué fin ese empeño por renovar relaciones con un hombre á quien he injuriado? ¿i creéis que Teodora pueda sobrellevar sus quejas?

No, hija mia, tales ideas son ajenas de don Antonio i de tu padre; el valiente jóven está postrado en la cama; las heridas que recibio en la desastrosa accion de Sierra Bermeja lo han reducido al ultimo grado de debilidad. En este momento ha enviado á decir que tenia necesidad de verte para anunciarte alguna cosa que puede interesar á todos.

No contestó Teodora; pero levantándose en el acto manifestó su aquiescencia, i apoyada por su padre se dirigió á casa de don Antonio. Era general el desaliento i la confusion de toda la ciudad; á cada paso hallaba Teodora algun objeto que la recordaba con mayor viveza la dura calamidad que se iba

preparando. Las gentes que corrían en todas direcciones no hablaban mas que de este melancólico suceso. Vió las tropas formadas que iban marchando á ocupar los puntos mas interesantes á fin de asegurar la pública tranquilidad, i al figurarse el terrible conflicto en que debia hallarse su marido se le despedazaba el corazon.

¡Con que desconsuelo resonaron en sus oidos las trompas i clarines! de alli á poco la pesada campana de la catedral hizo sentir sus atronadores ecos, i resonó en el alma de Teodora como si la indicara su último fatal destino. Dieron las ocho, i se acordó que dentro de dos horas cesaria de existir Gomez Arias. Un frio temblor se apoderó de esta infeliz muger, i como si su terror no hubiese sido suficientemente escitado, otras cien campanas con sus lamentables voces le repetian el funesto i triste suceso.

Vió en seguida á los ministros de la religion, que armados de caridad cristiana ofrecian sus oraciones por el alma del paciente, i

presentaban el próximo suplicio como un doloroso escarmiento para los jóvenes inespertos.

Teodora se estremecía con cuantos objetos veía, i con cada sonido que llegaba á sus oídos, i en tal estado llegó á la habitacion de don Antonio de Leiva, que estaba situada felizmente á poca distancia. Se puso á temblar como la hoja del árbol apenas se vió en presencia del joven Leiva, quien tampoco dejó de dar pruebas de su turbacion. Ambos se hallaban sumamente desmejorados: aquella por sus inmensos padecimientos morales, i éste por los fisicos. Aunque don Antonio estaba mui débil, trató sin embargo de levantarse del sofá sobre el que estaba reclinado, cuando vió entrar á Monteblanco; mas éste se lo impidió.

El semblante del joven guerrero tomó de repente un brillo inesperado, i dirigiéndose á Teodora, la dijo cariñosamente: «no tembleis, Teodora, pues que estais en la presencia de un amigo, de un verdadero ami-

go, de uno que se lamenta amargamente de haber sido instrumento, aunque inocente de vuestras desgracias. ¡ Ahí de mí! amada señorita; si os hubiera merecido mayor confianza, tal vez no habriais estado envuelta en tantos trabajos; mas no son estos momentos para reconvenciones; el tiempo vuela i no podemos desaprovecharle. Sino hubierais llegado tan pronto, débil i herido como me hallo, estaba para ser conducido á vuestra casa, aunque este esceso hubiera podido costarme caro.

Teodora, miradme como á un amigo, como á un sincero i apreciable amigo, i recibid la mayor prueba que pueda dar un hombre de puro i desinteresado afecto. Aquí teneis, añadió presentándole una cajita; aquí teneis esta preciosa prenda: miradla, es el retrato de nuestra Reina, que recibí de sus reales manos, cuando la fortuna favoreció mis esfuerzos en el último torneo. El portador de esta alhaja tiene derecho de pedir cualquiera gracia sin distincion; daos priesa, presentad á

Isabel esta hermosa cópia de sí misma; reclamad la promesa, i pedid la vida de Gomez Arias, que os será concedida.

¡Dios misericordioso! exclamó llena de confusion: ¿será posible? cayendo entonces á los pies del jóven Leiva, añadió: «generoso don Antonio, ¿es este el modo que teneis de pagar una injuria?»

Podia, replicó don Antonio noblemente, satisfacer los estímulos de una ignoble venganza dejando á mi rival perecer ignominiosamente, cuando está en mi mano salvarle; pero no, mi corazon se estremece con la sola idea de tales represalías, i no halla placer sino en contribuir á la felicidad de Teodora.

Atónita esta desgraciada por tan sublime i heróica conducta, cogió la mano del caballero don Antonio, i habria impreso en ella miles de besos de gratitud sino lo hubiera impedido la modestia i la necesidad de salir á salvar á su marido.

Mi querida Teodora, idos pronto, no se debe perder tiempo; pensad que la menor

dilación pudiera ser sumamente fatal.

Estas palabras tuvieron un mágico influjo en el ánimo de Teodora; la idea del peligro de su esposo absorbió toda otra consideración; se dirigió impetuosamente al palacio apretando con firmeza convulsiva la rica prenda sobre la que estribaban todas sus esperanzas. Al llegar á la entrada se conmovieron los guardias de ver el frenesí de la pobre Teodora, i compadeciéndose de sus desgracias le abrieron paso inmediatamente que dijo, aunque atolondrada i fuera de sí, la necesidad que tenia de ver á la Reina.

La plaza de Vivarrambra estaba en el entretanto ostruida por inmenso gentío; la novedad i lo egemplar del castigo habia puesto al pueblo en la mayor fermentación. Hacia mucho tiempo que no se veia tal espectáculo de parte de un noble, i no se recordaba caso alguno de que un conquistador hubiera sido conducido del carro de la victoria al tablado del patíbulo.

Todos lamentaban la suerte de Gomez

Arias, aunque algunos de las clases ínfimas, en medio de los sentimientos de compasion, experimentaban una cierta complacencia al ver que un personaje tan elevado iba á sufrir la misma suerte que el mas miserable de ellos. En el centro de la plaza se habia conztruido un alto patíbulo cubierto con rico terciopelo negro, i muchas de las casas inmediatas estaban asímismo colgadas con símbolos de luto que espresaban la afliccion de sus dueños. Un fuerte cuerpo de veteranos estaba formado sobre la plaza, i varias partidas destacadas de caballería recorrían las avenidas principales para impedir todo alboroto de parte de la muchedumbre.

La bulla i la agitacion del pueblo era estrema; pero cuando finalmente la tremenda campana de la catedral dió la lúgubre señal para que Gomez Arias saliera de la cárcel á terminar su mortal carrera, se levantó de todas partes un simultáneo murmullo de horror. Los tristes toques de las campanillas interrumpidas de tiempo en tiempo por los lamentables

i huecos sonidos de las trompetas anunciaron que la procesion estaba ya para emprender su marcha.

Gomez Arias habia bajado de su habitacion con la mayor serenidad; ni se descubria en sus facciones otro sentimiento sino el de una fiera soberbia i rencor. Se dirigió con firme paso ácia el melancólico cuadro que le esperaba; i como al montar á caballo divisase á la condesa de Tendilla, que anegada en lágrimas se dirigia á despedirse de él, le espresó su gratitud por todas la atenciones que le habia usado durante el tiempo que habia permanecido en su casa, i dándole el último á Dios saltó sobre su favorito alazan. El fogoso animal empezó á dar corbetas como si sintiese una verdadera altivez en llevar tan ilustre carga.

Poco á poco, Babiaca, le dijo su amo acariciándole, no tengas tanta priesa, porque esta es la última vez que vas á llevarme sobre tus lomos.

Miró entonces al rededor, i cuando vió

que una parte de sus tropas victoriosas habia sido escogida para su escolta, en conformidad con sus deseos, trató de disipar la afliccion de que todos estaban penetrados, dirigiéndoles las mas cordiales i animosas expresiones.

Empeñado don Lope en desterrar de su semblante toda apariencia de tristeza habia tomado forzosamente un aire de dignidad, i todo el porte marcial: su hermosa figura jamas se presentó tan brillante como en este momento desastroso. Estaba vestido con el traje mas suntuoso, al paso que iban de riguroso luto todos los amigos i parientes que le acompañaban. La procesion se movió lentamente enmedio del confuso murmullo del pueblo, lamentándose amargamente de la suerte de Gomez Arias, i admirando su firmeza: era éste auxiliado por un gran número de sacerdotes; pero dos religiosos de la órden de san Francisco eran los que le asistian mas de cerca i que parecian mas interesados en su persona.

El conjunto de aquel cuadro contrastado era lo mas vistoso i edificante; los trofeos de la guerra iban mezclados con solemnes emblemas de la religion; aquellos elevaban el alma á proezas militares, i éstos la escitaban á abandonar la pompa del mundo i á fijar la imaginacion en la eternidad. Guerreros i eclesiásticos, banderas i cruces se desplegaban promiscuamente, mientras que el lastimoso eco de los clarines aumentaba las tristes sensaciones, producidas por los lúgubres cánticos de la religion.

Asi llegó la procesion á la plaza de Vivarrambla. Al divisar el patíbulo se estremeció Gomez Arias, sin que le fuera posible disimular la impresion que le hizo el aparato de aquel horroroso sitio. Muy pronto sin embargo recobró su acostumbrada serenidad, i dirigió una mirada de curiosidad i de orgullo á la reunida muchedumbre. Prevalencia por todas partes el dolor i la consternacion; pero no se observaba el menor alboroto. Ya en este momento desapareció del corazon de Go-

mez Arias hasta la mas remota esperanza, i pareció perfectamente resignado con la suerte que le habia sido decretada. El murmullo de la gente se convirtió en mortal silencio; se apeó don Lope, subió al patíbulo, i volviéndose á sus soldados dijo: «á Dios mis valientes compañeros; esta es la última expedicion en que nos hallamos juntos; pero tanto en ella como en las anteriores podreis decir que Gomez Arias ha desplegado la serenidad i el valor que conviene á un soldado. Entonces con igual resolucion iba á ofrecer su cuello para recibir el golpe fatal cuando se oyó un grito penetrante, aunque lejano, entre aquel inmenso gentío, i se vió correr una muger ácia el patíbulo.

«Perdon, perdon», repitieron varias voces; i la gente abrió paso gozosamente á la azorada Teodora, que caminaba con una frenética precipitacion hasta que llegó ya sin fuerzas al pie del tablado, espresando en el desorden de su persona i en la fiera espresion de su semblante los vivos efectos del terror, de la

ansiedad i de la alegría. Todos enmudecieron i la apasionada Teodora subió sin detenerse la escalera del tablado llevando un papel en su trémula mano: arrojándose entonces á los brazos de su marido, gritó con entusiasmo, gracias á Dios que no es tarde; os traigo vuestro perdon; aqui está, vedlo, estais salvo, este es el sello de la Reina.

El conde de Tendilla tomó el papel de su mano, i leyó en voz alta i satisfactoria el perdon de Gomez Arias. Teodora miró furiosamente al rededor de sí, sus ojos se llenaron de terror al observar aquel triste cuadro, como si temiese todavia que no habia de suspenderse la ejecucion.

¡Leed, leed! repitió vehementemente, dirijiéndose al conde de Tendilla: esta es la orden de la Reina; luego vendrá un ayudante de la plaza á comunicárosla; pero yo me he anticipado á él con la idea de llegar á tiempo de salvar á mi marido.

Estas pocas pero eléctricas palabras fueron contestadas con un torrente de tumultuosos

aplausos del pueblo. Llegó por fin el ayudante. Teodora dió un agudo chillido de alegría, i no pudiendo ya sostener los esfuerzos que habia hecho, cayó desmayada en los brazos de su esposo.

El mismo Gomez Arias, ese hombre tan encallecido é insensible á las tiernas pasiones, se rindió por fin. Al contemplar á la infeliz Teodora que habia correspondido á su frialdad con el mas puro afecto, i á su crueldad con la mas viva ternura; al considerar exámine en sus brazos á aquel milagro de amor i bondad, se asomó una trémula lágrima á sus ojos, una sola lágrima; mas aquel testimonio de sensibilidad de parte de Gomez Arias, valia mas que un año de lamentos en otros hombres. Apretó tiernamente á su pecho á aquella angélica muger, que fue vuelta á la vida con el ardor de tan cariñoso abrazo: i al abrir sus lánguidos ojos, se tuvo por la mas feliz de las criaturas, por que vió el vivo interés que tomaba por su vida el objeto de todo su cuidado i predileccion.

— ¡Oh Teodora! exclamó don Lope con una voz que su misma turbacion no le dejaba articular; soy indigno de tí. ¿Cómo podré espiar tantas injurias? ¿Qué noble venganza la que has tomado!

Había mandado la Reina que Gomez Arias fuera conducido al momento á su presencia; i en su conformidad se encaminó ácia la residencia Real, acompañado por la ya feliz Teodora, i seguido por la inmensa muchedumbre que rasgaba el aire con alborozadas aclamaciones. Cuando llegaron á palacio, hallaron á la escelsa Isabel sentada en el gran salon público, i preparada para recibirlos. Su semblante brillaba con el placer de haber podido salvar á don Lope de su prematura muerte.

Gomez Arias, le dijo, vuestra vida se ha salvado por el mas feliz é inesperado incidente. Nobles de Granada, añadió volviéndose á su corte, no podreis acusar á vuestra Reina de parcialidad en la distribucion de la justicia: en el momento en que don Lope

se iba acercando al fin de su carrera mortal, se me trajo una prenda, i se me reclamó el galardón prometido: yo la habia dado á don Antonio de Leiva en premio de su bizarra conducta en el último torneo, con la sagrada palabra de que seria conferida al portador de ella cualquiera gracia que solicitase. Me la presentó Teodora, i no me ha sido posible faltar á mi Real empeño. Gomez Arias, debeis vuestra vida al guerrero don Antonio de Leiva, i á vuestra muger. Que vuestra futura conducta acredite que no sois insensible á la grandeza del servicio. Nada debeis á la Reina, porque sin esta feliz circunstancia ya estariais ahora en el número de los muertos. Id á regocijaros con vuestros amigos sobre este afortunado suceso, i luego os recibiré como corresponde á un vencedor.

Resonaron por todas partes los gritos de la mas sincera aprobacion: Teodora estaba embriagada con su dicha; miraba á Gomez Arias, i en aquellas facciones que tan fuertemente habian sabido aprisionar su alma, des-

cubria todavía rasgos de ternura que la prometian recompensar su pasion. Olvidaba ya todos sus trabajos, se habia vaciado la copa de la desgracia, i ya no se pensaba mas que en disfrutar de una ilimitada i no interrumpida felicidad. Movido Gomez Arias por tiernas i generosas sensaciones, á las que se habia resistido su pecho hasta entonces, no habia podido desahogar todavia el peso de su gratitud.

Se desasíó entonces de las manos de Teodora, i se arrojó á los pies de la Reina. La vista de todos estaba placenteramente vuelta ácia don Lope, cuando uno de los religiosos que le habian acompañado al patíbulo trepó de repente por el medio del círculo haciendo brillar un puñal en la mano, i antes que nadie pudiese detener el golpe, sumergió el fatal acero en el pecho de Gomez Arias quien vaciló por un momento, i cayó en seguida al pie del trono. Todo se convirtió en horrible confusion. Dando Teodora un agudo chillido, se arrojó sobre su asesinado ma-

rido en tanto que varios cirujanos volaban en su socorro.

Solo la Reina conservó su presencia de ánimo en medio de aquel alboroto. Prended al asesino, exclamó, i los guardias al instante se apoderaron de su persona: era éste uno de los franciscanos que habian acompañado á Gomez Arias al suplicio; tenia todavía en su mano infernal el ensangrentado puñal, i con la bárbara sonrisa del mas encarnizado enemigo, se estaba gozando en su atentado.

¡Gracias á Dios! exclamó el cirujano que habia examinado la herida de Gomez Arias; sino me engaña mi práctica en la facultad, este caballero podrá vivir todavía.

¡No, nunca! gritó el fingido religioso con una voz que heló las esperanzas que todos empezaban á concebir: ¡nunca! vuestra habilidad de nada puede servir; el puñal estaba envenenado. Toda la córte se estremeció. Hombre diabólico, exclamó el conde de Tendilla, espíritu infernal encubierto bajo el sagrado hábito de la religion; ¿qué cosa

pudo inducirte á cometer tal crimen? ¿No te he visto poco ha que ibas administrando á la víctima los consuelos espirituales?

—Sí, replicó el asesino fieramente, sí, le acompañé al lugar de su desesperacion i de mi gloria: sí, estaba yo detrás de la víctima como el buitre que acecha el momento de despedazar el corazon.

—No fui á infundirle esperanza ó á exhortarle á que confiase en la misericordia divina, le hablé en su vez palabras de horror i de despecho, i le mostraba el camino del infierno al que no tardaré yo mucho en seguirle. Mi alma estaba embriagada de alegría, mi corazon rebosaba de placer; con gusto habria comprado con toda la existencia de mi desgracia i del crimen aquellos pocos i encantadores momentos en los que observaba los furiosos tormentos que sufría mi enemigo cuándo resonaban en sus oidos los últimos acentos de mi ominosa voz, que debian preceder á su muerte.

—¡Calla, malvado! exclamó la Reina, no

blasfemes; tiembla por tales profanaciones, i tiembla por el castigo que te espera.

Yo no tiemblo de modo alguno, contestó el reo con firmeza; yo no soi religioso, sino un hombre ultrajado hasta el extremo, pero vengado ya ámpliamente. Miradme, prosiguió con un tono feroz arrojando á un lado su disfraz, yo soi Bermudo el renegado.

Todos se estremecieron al oír aquel nombre tan conocido; pero creció su admiracion cuando en la persona del apóstata fue reconocido el moro que habia tenido una parte tan activa en la condena de Gomez Arias.

Mírame, continuó el renegado, mírame, Gomez Arias; vé al hombre que has condenado á una eterna miseria i deshonor; yo soi Bermudo el proscrito, el furioso amante de la desgraciada Anselma. Detén por un momento tu último aliento para que puedas fijar tu imaginacion en tus propios delitos i en mis desgracias; acuérdate de Anselma, acuérdate de su horrorosa suerte, de las ofensas que me has hecho, i de la desesperacion á que

me has conducido. Por causa tuya, hombre altivo, he dejado de ser un héroe, i he sido en su vez un traidor i un renegado; pero ¡ah! ya te veo espirante, sin que la fortuna ni el favor Real te hayan podido salvar de las manos de un hombre desesperado. Muere, pues, muere con todos los horrores del despecho; el golpe ha sido dado en el momento de tu mas deliciosa satisfaccion; muere de rabia al saber que ha sido Bermudo tu asesino. ¡Anselma, ya estás vengada!

Una feroz sonrisa puso fin á este apóstrofe, i se quedó el renegado contemplando á su victima con la espresion de la mas bárbara alegría; sus negras facciones brillaban con el placer de su infernal venganza, i toda su máquina parecia embelesada con el sacrificio que acababa de consumir.

Gomez Arias se iba acercando á su fin; ya la sangre corria densa i coagulada por sus venas, i el velo de la muerte le iba cerrando la vista; pero sus nobles facciones sin embargo no dieron la menor señal de turbacion

ó debilidad, i tan solo dijo fijando su vista en el renegado. «Bermudo, tu diabólico deseo no se ha cumplido sino en parte; no muero desesperado; la desesperacion es el atributo de los cobardes, i no de Gomez Arias; siento que tu veneno me quema las venas, i con todo mi alma vá á separarse del cuerpo con calma i tranquilidad. ¡ Miserable! que el cielo te perdone como yo te perdono: i tú, amado i último objeto de mi cariño, dijo dirigiéndose ya desfallecido á la desconsolada Teodora que estaba arrodillada detrás de él con todo el exceso del dolor; Teodora, jóven injuriada é infeliz, conozco tarde lo que vales, i tarde me lamento de mi culpa. ¡ Abi de mi! si siento perder la vida es porque no puedo darte pruebas de mi amor i gratitud. Perdóname, Teodora, perdona al arrepentido Gomez Arias. Se fijaron sus ojos tiernamente sobre el desesperado semblante de su esposa, i apretando sus ardientes manos exhaló el postrer aliento. Los penetrantes gritos i quejidos de Teodora afectaron horriblemente á

los espectadores de aquella trágica escena : se mesó el cabello aquella desgraciada muger, hizo todas las demostraciones del mas fiero dolor ; i cayendo sobre el yerto cadáver parecia que en el acceso de su frenesí buscaba la muerte con ansiedad.

El mismo renegado se mostró conmovido ; pero ya habia sido consumado el horrible delito ; su enemigo habia muerto , i ya poco le importaba la vida.

Iban los soldados á sacar de aquel lugar al reo , cuando un ministro de la religion se dirigió á él exclamando : *¡*pecador, contempla tu aleve crimen , i arrepíentete ; arrepíentete antes que sea tarde ; tu carrera mortal va á ser mui corta , empléala en calmar la ira del cielo.

Fraile , le dijo fieramente el renegado , mi conciencia está encallecida ; mi alma no se mueve ya por los sentimientos humanos ; no puedo , ni quiero arrepentirme de un atentado que ha sido el único objeto de mi existencia. Llevadme al tormento , i cuando despedaceis

esta carne, i cuando la doliente naturaleza no pueda sufrir ya el horroroso martirio, entonces mis ojos, fieles intérpretes de mi alma, os dirán: «no me horrorizo de mi suerte; el puñal que clavé en el pecho de mi enemigo podia tambien haberle empapado en mi sangre; pero tuve por debilidad evadirme del castigo. Conducidme á la muerte, i no me importuneis con palabras de penitencia.

¡Oh horror! ¿Eres hombre, i hablas de este modo? añadió el sacerdote.

Fui hombre; pero no sé lo que ahora soi; haced que vuelva al polvo de donde salí, i ocultad de la faz de la tierra al mónstruo que os estremece.

Calló, i su semblante quedó sumergido en una horrible tranquilidad; dirigió ferozmente su última mirada ácia el postrado enemigo, i con firme paso se adelantó á recibir el castigo debido á sus crímenes.

La infeliz Teodora no pudo ser arrancada de los sangrientos restos mortales de su adorado Gomez Arias hasta que el escudo de su

dolor la hizo caer en la insensibilidad ; de este modo la sacaron de aquel sitio funesto, quedando penetrados de la mas negra tristeza i viva compasion todos los que habian presenciado tan desastroso suceso.



CAPITULO XII.

CONCLUSION.

Consolidacion de los triunfos de las armas cristianas. Traslacion de Monteblanco i Teodora á Guadix. Estado infeliz de esta malograda jóven. Su muerte causada por la fuerza de su pasion.

Habian ya trascurrido tres meses desde la muerte de Gomez Arias, i el pueblo de Granada se habia entregado á toda clase de regocijos, por las victorias de las armas cristianas. La insurreccion de los moros se habia apagado completamente; la sábia i prudente conducta de la Reina habia salvado el pais de los horrores, consiguientes á una guerra fanáti-

ca. Las personas admitidas en el supremo consejo de Isabel, eran por lo general hombres de entendimiento ilustrado, i de filantrópico carácter; i aunque algunos, arrebatados por su celo i por la intolerancia religiosa se oponian á las medidas suaves, sus objeciones, sin embargo, no fueron atendidas, i se adoptó la clemencia por sistema. Se dió un ámplio perdon á los rebeldes, con promesa de que disfrutarian de los mismos privilegios que los españoles, i que no se les haria violencia alguna para abrazar la religion cristiana; se concedieron al mismo tiempo pasaportes á todos los que prefiriesen trasladarse á Africa, sin que recibiesen la menor molestia en sus personas ni en sus propiedades.

Estas juiciosas providencias surtieron el deseado efecto. Los moros aceptaron con gusto las ofertas de la Reina, i la mayor parte vino al momento á deponer sus armas á los pies del Alcaide de los Donceles i de otros gefes que les estaban haciendo la guerra. Sin embargo, algunos de los mas distinguidos

que no quisieron someterse al dominio de los cristianos se retiraron á Africa, i entre ellos debemos contar al magnánimo el Feri de Benastepar; porque como no se supiese que hubiera muerto, se dió por supuesto, que habia salido de España.

Asi, pues, se restableció la paz, i la ciudad de Granada, volvió á ser el centro de la alegría i de la felicidad, á lo que contribuyó no poco el enlace de Leonor de Aguilar, con el esforzado don Antonio de Leiva, que se verificó así que hubo pasado el tiempo destinado para reverenciar la memoria del noble don Alonso.

Ya á este tiempo se hallaban en Guadix don Manuel de Monteblanco i su desgraciada hija. Luego que los mortales restos de Gomez Arias habian sido sepultados, logró don Manuel que Teodora abandonase aquella ciudad que no podia presentarle mas que espantosos recuerdos; Teodora condescendió sumisamente con los deseos de su tierno padre; pero la pena que devoraba lentamente su corazon ne

podia desvanecerse con la mudanza de sitio; la amable víctima llevaba detras de sí el mortal veneno que debia consignarla bien pronto á la eternidad. El cariñoso cuidado de sus amigos i las tiernas amonestaciones de su padre podian distraer momentáneamente su imaginacion del objeto de sus constantes meditaciones; las muestras de afecto i compasion, las caricias i los halagos podian hacer que se asomase á su semblante alguna pasagera sonrisa; pero ¡ah! su alma volvia mui pronto á ser devorada por su demasiado profunda i arraigada melancolía.

Durante el dia daba vueltas por toda la casa como un espíritu inquieto que no aspira sino á huir de esta vida miserable. Cogia algunas veces su manucordio, i con voz triste i lamentable cantaba aquellos romances que Gomez Arias habia gustado de oir; luego recorria el jardin i visitaba los lugares que mas podian recordarle sus antiguas escenas de amor. Algunas veces tambien daba un penetrante chillido en el silencio de la noche, i

hacia levantar al desgraciado Monteblanco de su cama para calmar la delirante imaginacion de su hija, hostigada de continuo con la imagen de su asesinado esposo.

Por cada dia observaba el desconsolado padre los progresos que hacia la enfermedad. Teodora se fué desmejorando gradualmente, i hasta sus facultades intelectuales, parece que sufrían el mismo detrimento que las físicas. Nada era capaz de disipar la lúgubre monotonía de sus ideas; pasaba las horas en silenciosa tristeza, i muchas noches se la veia á la luz de la luna pasearse por el jardin como alguna fugaz fantasma.

Asi continuó la infeliz Teodora por algun tiempo, cuando una mañana quedó Monteblanco agradablemente sorprendido de ver á su hija mucho mas alegre i placentera de lo acostumbrado.

La tristeza que habia fijado su residencia habitual en su aspecto habia desaparecido, i se asomaba á sus labios una plácida sonrisa. El venerable anciano se enagenó de gozo al

ver tan favorable cambio, i llegó á esperar ansiosamente que irian en aumento aquellos benignos síntomas de salud. Teodora dijo á su padre, « que habia tenido aquella noche un sueño extraordinario, i que habia visto á su marido, no como hasta entonces envuelto en horribles escenas de violencia i sangre, sino con los ojos brillantes de luz celestial, i haciendo votos por su felicidad.

Era este el aniversario del dia en que Teodora habia abandonado su casa. Llegó la noche, i Monteblanco no vió á su hija; aguardó algun tiempo con impaciencia, i observando que tardaba se dirigió al jardin, que era el único sitio en el que hallaba algun placer aquella desgraciada jóven.

El fiel Roque, que desde la muerte de su amo habia entrado al servicio de Monteblanco, tomó una hacha i acompañó al respetable anciano. Llamó éste á su hija; mas nadie contestaba á su voz sino los tristes ecos de aquel lugar; se alarmó i se dirigió precipitadamente ácia el cenador; allí halló á Teo-

dora recostada sobre un banco de mármol, de modo que parecia dormida; se acercó á ella, i empezó á reconvenirla cariñosamente por su ausencia.

Despierta, hija, despierta, la dijo; tu delicada salud debe resentirse necesariamente del aire frio de la noche. Levantó entonces suavemente su brazo. Roque, acerca esa luz; Roque obedeció; Teodora dormia con efecto; pero era el sueño de la muerte.

Aterrado i fuera de sí el venerable anciano cogió el yerto cadáver en sus manos, i llamó azoradamente á su hija con los mas tiernos nombres, ; pero oh! era ya tarde: el aliento vital habia desaparecido para siempre i la opaca luz del blandón que cayó sobre su semblante confirmó pronto esta lúgubre verdad: sus mejillas estaban pálidas, i frios sus hermosos miembros. El ángel de la muerte habia esparcido sus negras álas sobre su frente, i habia cerrado sus ojos para siempre. Mientras que el desconsolado padre se esforzaba en levantar á su hija en sus brazos se

desprendió cierto objeto de su enervada mano; lo cogió Roque, i profirió el mas triste lamento al presentarlo á don Manuel : era el retrato de Gomez Arias. Aquel melancólico testimonio anunció que el espíritu de Teodora habia dejado poco antes su morada terrestre, porque todavia estaba humedecido con sus lágrimas, último esfuerzo de su alma, i última aunque triste prueba del amor de una muger.

FIN DEL TOMO TERCERO I ULTIMO.



FE DE ERRATAS

DE LOS TRES TOMOS.

TOMO PRIMERO.

<i>Folios.</i>	<i>Líneas.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
11	23	<i>seducido</i>	secundado
19	11	<i>autoridad</i>	austeridad
40	1. ^a	<i>color de sus res- pectivos dueños</i>	color de las di- visas de sus res- pectivos dueños
61	20	<i>generoso</i>	guerrero
100	14	<i>amistad</i>	ansiedad
130	7	<i>constancia</i>	arrogancia
170	7	<i>cariñosate</i>	cariñosamente
184	19	<i>conde de Leiva</i>	conde de Lerin
228	5	<i>glorioso bre</i>	glorioso nom- bre
230	1. ^a	<i>ausentarse</i>	aumentarse
247	10	<i>entretando</i>	entretanto
Tomo III.			16

TOMO II.

<i>Folios.</i>	<i>Líneas.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
15	19	<i>ardin</i>	<i>jardin</i>
16	1 ^a	<i>que que</i>	<i>que</i>
24	2	<i>dudó</i>	<i>pudo</i>
37	17	<i>oposicion</i>	<i>opinion</i>
74	12	<i>mayor</i>	<i>mejor</i>
85	15	<i>al que</i>	<i>que</i>
93	5	<i>inseparable</i>	<i>insuperable</i>
95	3	<i>manifetar</i>	<i>manifestar</i>
114	21	<i>podero</i>	<i>poderoso</i>
159	23	<i>fue que pasar ya</i>	<i>sin pasar ya</i>
163	7	<i>fracmentos</i>	<i>fragmentos</i>
182	17	<i>armado</i>	<i>armada</i>
204	1	<i>Agnilar</i>	<i>Aguilar</i>
209	13	<i>considera</i>	<i>considerad</i>
233	8	<i>si de</i>	<i>pide</i>
id.	13	<i>sacó</i>	<i>saco</i>
265	22	<i>figurase</i>	<i>figurarse</i>
282	19	<i>contenibo</i>	<i>contenido</i>

TOMO III.

<i>Folios.</i>	<i>Líneas.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
8	1	<i>inetervenir</i>	intervenir.
3	23	<i>Grannada</i>	Granada
52	16	<i>cantiva</i>	cautiva
55	19	<i>que</i>	cuando
61	17	<i>vuestra</i>	vuestro
64	19	<i>que no os veais</i>	sin que os veais
103	1	<i>de la suerte</i>	i de la suerte
124	14	<i>cabeza</i>	cara
142	23	<i>dfiriese</i>	difiriese
143	8	<i>caza</i>	cara
170	13	<i>pare</i>	para
194	16	<i>eontinuó</i>	continuó

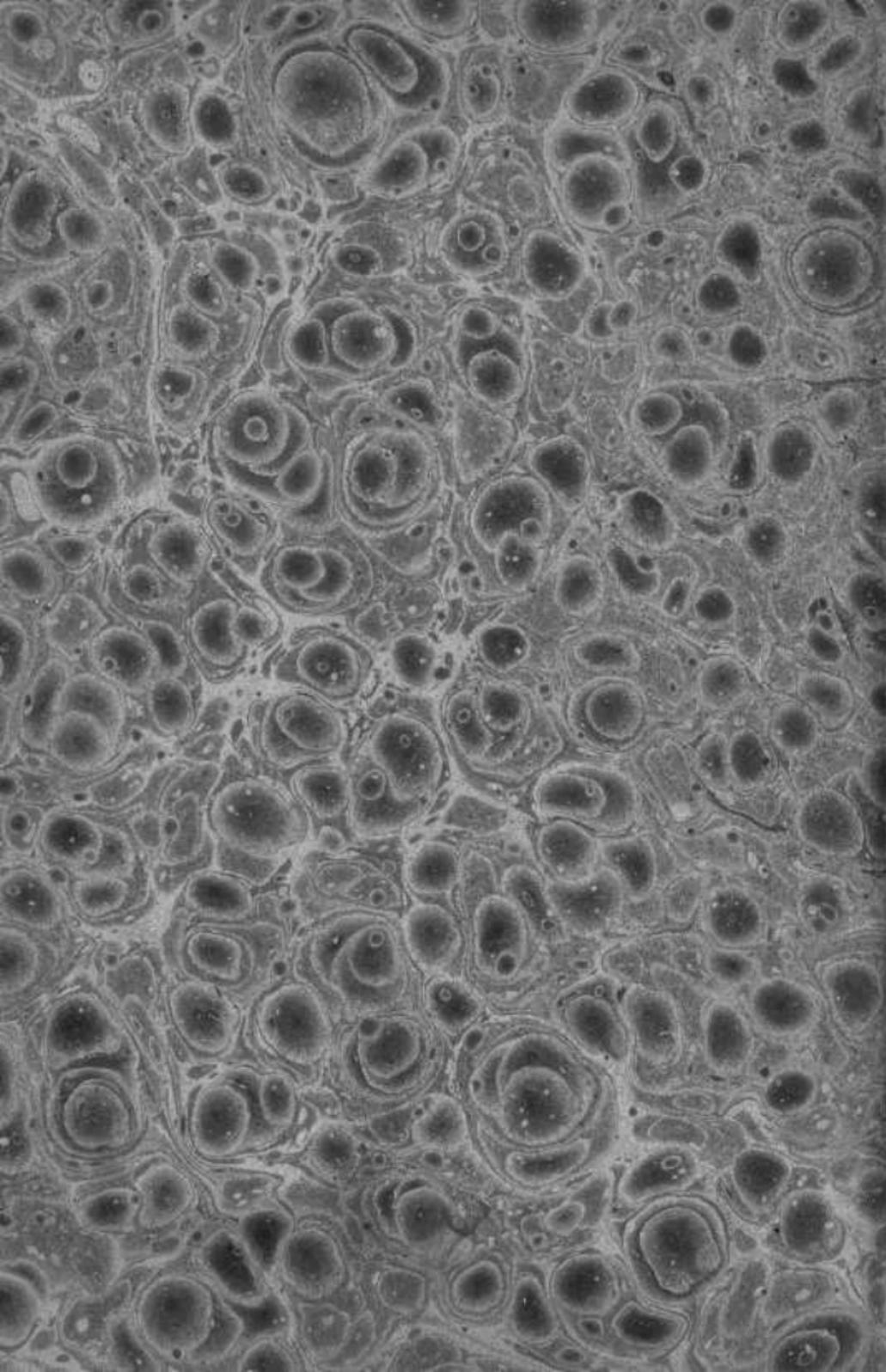


TOMO III.

Poliss. Linnæus.	Diction.	Poliss. Linnæus.
8	interuenit	interuenit
3	Grannada	Grannada
52	cautiva	cautiva
55	quando	quando
61	uestro	uestro
64	que no os venis	que no os venis
103	de la muerte	de la muerte
124	causa	causa
142	distincion	distincion
143	causa	causa
150	para	para
194	continua	continua







Biblioteca Pública de Soria



71665779 DR 10108 (V.3)

1
10

GOMEZ
ARIAS



DR

10108